THOMAS DE HARTMANN

NUESTRA VIDA CON EL SR. GURDJIEFF

ÍNDICE

EDITOR.....3

PREFACIO.....4

INTRODUCCIÓN.....5

I.....7

II.....18

III.....25

IV.....35

V.....48

VI.....67

VII.....77

CONTINUACIÓN DEL LIBRO DE THOMAS DE HARTMANN.81

EDITOR

Cuando Thomas De Harmann conoció al Sr. Gurdjieff en 1917, él era ya un afamado compositor en San Petersburgo.
Su ballet en cuatro actriz "La Flor Rosada" —su segunda obra para la escena— con Pavova, Fokine, Nijinsky en la distribución, fue presentado en 1907 en la Ópera en presencia del Zar.
Sus composiciones para voces y piano eran ejecutadas y publicadas.
La guerra le obligó a volver a su regimiento que había dejado con permiso especial del Zar, el cual había comprendido su deseo de quedar exento del servicio militar. Sin ese permiso él se hubiera visto obligado a quedarse dos años más.
Su padre murió cuando él tenia nueve años y su madre tuvo que inscribirle en una escuela, militar, sin darse cuenta de que eso lo obligarla a permanecer diez años en el servicio militar. Sin embargo, él pudo al mismo tiempo graduarse en el Conservatorio y tomar parte activa en la vida musical de San Petersburgo.
Nació en la propiedad de sus padres en Ucrania, y recibió de ellos y de profesores privados una educación sobresaliente.
Manifestó su inclinación para la música a la edad de cuatro años cuando le gustaba expresarse por medio de improvisaciones musicales. Los cuentos de hadas lo obsesionaron desde la infancia. De su tío abuelo, Eduardo von Hartmann —quien escribió "La Filosofía de lo Desconocido"— tal vez heredo el anhelo para, algo desconocido en la vida. Un anhelo que lo llevó hacia el Sr. Gurdjieff.

EL EDITOR

PREFACIO

Escribo esto para Uds. a fin de que no olviden.

Mi mayor deseo es que aquellos que lean este libro olviden de una vez la época en la que están viviendo y traten de sumergirse en otra, de hace 50 años atrás, época con condiciones de vida completamente diferentes, que parecen del todo increíbles hoy en día.
Rusia en 1917 estaba desgarrada por la guerra y la revolución. El Sr. Gurdjieff era un desconocido, un misterio.
Nadie sabia de su enseñanza, nadie conocía su origen ni por qué apareció en Moscú y San Petersburgo.
Pero quienquiera que entrara en contacto con él, deseaba seguirlo, y así lo hicimos, Thomas De Hartmann y yo.

OLGA DE HARTMANN

INTRODUCCIÓN

NUESTRA VIDA CON EL SR. GURDJIEFF

Por mucho tiempo deseé escribir referente a los años que pasé con el Sr. Gurdjieff, viéndolo no sólo de vez en cuando, sino viviendo con él día tras día y noche tras noche, desde 1917 hasta 1929. Después de eso, no lo volví a ver, pero él siguió siempre siendo mi Maestro.
No podía escribir; temía que resultara demasiado personal. Ahora me veo obligado a hacerlo, especialmente porque de los primeros años de ese período del Trabajo del Sr. Gurdjieff, mi esposa y yo, somos unos de los pocos que quedan, y porque todo lo que le concierne, por pequeño que sea, es de tremendo valor.
Tal vez algunas personas no comprenderán la razón que tengo para escribir, pero eso no importa; si no se escribe ahora, quedará perdido para siempre.
Pensando especialmente en aquellos que no lo conocieron trataré, tan fielmente como me sea posible, de hacer un retrato vivido de Georgi Ivanovitch Gurdjieff.
De inmediato surge una dificultad mayor: "¿cómo hacerlo? El comportamiento exterior del Sr. Gurdjieff era tan diferente en .diferentes oportunidades, dependiendo de la persona concernida y del nivel en el cual esa persona se hallaba y a cual lado de ella el Sr. Gurdjieff deseaba acercarse en un momento dado, que parecía como si el Sr. Gurdjieff fuera muy cambiante. Pero no era así —él permanecía siempre igual— solamente la impresión que él creaba deliberadamente era diferente.
El Sr. Gurdjieff deseaba —tal vez era esa su tarea más eminente— despertar en el hombre ordinario "algo", de lo cual es actualmente inconsciente.
La forma como él lo hizo, la podemos comprender solamente a través de su Trabajo, acerca del cual hablaré luego. Mientras tanto, deseo recalcar el hecho de que en su "divino actuar" con la gente, el Sr. Gurdjieff siguió persistentemente la misma línea de trabajo desde el tiempo en que lo conocimos en 1917, aunque siempre la revestía, por así decirlo, diferentemente. ¿Cómo, entonces, puedo describirlo? Me parece que la única solución es no describir al mismo Georgi Ivanovitch Gurdjieff, sino contar la manera como trabajaba con nosotros, ya que sólo hablando de nuestras propias experiencias con el, es posible dar alguna idea del Trabajo de Georgi Ivanovitch, y de la relación de este Trabajo con la humanidad. — Y tal es el propósito de este relato.
Mirando atrás a nuestra vida con él, poco a poco todo lo que dijo e hizo vuelve a mi mente. Al juntar estos recuerdos como las partes de un rompecabezas, y ahora a menudo con una comprensión nueva, sus ideas emergen claramente, una tras otra, hasta que por último todo el formidable cuadro aparece.
Pero las ideas del Sr. Gurdjieff, cuando son consideradas por personas que no trabajan activamente sobre sí mismas, son como la verdad expresada por Cristo en las palabras: "La fe sin las obras es muerta".

Creo que la palabra "fe" aquí, debe ser comprendida como algo racional, no como ciega aceptación. Y en cuanto a la palabra "obras" no se refiere a "buenas obras" como de costumbre se entiende. Esta palabra tiene más bien el significado de un Trabajo activo, evolutivo y creador, en relación con ideas. Con el Sr. Gurdjieff todo era viviente y activo, y sus ideas no podían ser separadas de la vida.
Él mismo es vida, evolución. Él es su Trabajo. Y para mí, sus ideas fueron ilustradas en su Trabajo con la gente.
Sólo después de todos estos años es cuando empiezo a comprender lo que su Trabajo como un Todo significaba y qué enorme esfuerzo tuvo que hacer para inculcar en nosotros el germen de una comprensión nueva y de un nuevo acercamiento a la vida.
Si mi propia interpretación es absolutamente correcta, o no, no lo sé, ni nadie puede saberlo; pues sólo un hombre del mismo nivel de ser que el Sr. Gurdjieff puede real y completamente comprender el significado de su Trabajo.
Georgi Ivanovitch ya no está con nosotros, pero su Trabajo con nosotros continúa mientras no olvidemos sus palabras "Recuerden por qué han venido aquí".

I

Empezaré con algunas pocas palabras acerca de mi propia vida hasta el día en que conocí al Sr. Gurdjieff.
Soy compositor. La música ha sido siempre para mí el "talento" del Nuevo Testamento, que me fue dado por Dios y que me exige que lo desarrolle y trabaje sobre él sin cesar. Era claro para mí mucho antes de conocer al Sr. Gurdjieff, sin embargo, que para ser capaz de progresar en mi trabajo creativo algo era necesario, algo más grande, o más alto, a lo cual no podía dar un nombre. Sólo si pudiera poseer este "algo", sería capaz de progresar más aún y esperar derivar alguna satisfacción real de mi propia creación, y no sentirme avergonzado de mí mismo. Las palabras de Beethoven a menudo acudían a mi mente: "La música es una revolución superior a la filosofía o a la ciencia", y siempre recordaba, cuando componía, las maravillosas palabras de un cuento de hadas Ruso:
"Ve — sin saber adonde; trae — sin saber qué; el sendero es largo, el camino, desconocido; el héroe no sabe cómo llegar allí solo por sí mismo; él tiene que buscar la orientación y la ayuda de Fuerzas Superiores. . ."
Así pues mi vida era una búsqueda,
No voy a hablar de los pormenores de los primeros años de mi búsqueda, excepto para decir que me relacioné con muchos "caminos" y conocí algunas personas excepcionales, pero nunca parecían ser lo que yo andaba buscando. Sin embargo, por intermedio de una de ellas conocí a A. A. Zaharoff quien me llevó al Sr. Gurdjieff.
Zaharoff era un hombre sumamente agradable y muy culto, y se hizo gran amigo de nosotros. Su profesión era la de matemático. Nuestras conversaciones, sin embargo, se referían siempre a aquello que para nosotros era la cosa más importante en la vida: la búsqueda.
Era en 1916, durante la guerra. Él vino a visitarnos a mi esposa y a mí en Tzarskoye Selo donde, como oficial de la guardia de reserva, me encontraba destacado por el ejército. Fue entonces en el otoño de 1916 que me dijo que había encontrado a un maestro, un verdadero maestro, pero no reveló su nombre, ni cómo lo había encontrado.
Un día, cuando lo llevaba a la estación, empezó a hablar acerca de esta enseñanza que, dijo, podría ser una contestación a nuestra gran pregunta. "La substancia", dijo, "es la siguiente: el hombre, en su actual nivel de ser, no posee un alma inmortal e indestructible; pero con determinado trabajo sobre sí mismo, *puede formar* un alma inmortal; entonces, esta recién formada alma-cuerpo no estará más subordinada a las leyes del cuerpo y después de la muerte del cuerpo físico seguirá existiendo". Después de una larga pausa a continuación de tal declaración, Zaharoff añadió: "pero hay algo que tal vez lo va a confundir. Ve Ud., se supone generalmente que un conocimiento elevado es dado gratuitamente; pero en este caso, si Ud. y su esposa desearan incorporarse a este Trabajo, tendrían que pagar cierta suma de dinero". E indicó la cantidad. Aunque era bastante grande (1.000 dólares) nos era posible en aquel tiempo pagarla.
Como a menudo había sido decepcionado, y noté que mi esposa no

escuchaba con mucha atención ni seriedad lo que él estaba diciendo, empecé a hablar con Zaharoff a solas. Y como ella no sabía nada acerca del maestro que Zaharoff había encontrado, decidí no decirle nada sobre él, mientras no lo hubiera visto yo mismo. Varias veces le pregunté a Zaharoff cuándo me presentaría a este hombre, pero él contestaba siempre: "Le prometí a Ud. que cuando llegue el momento, se lo diré."
A mediados de diciembre, Zaharoff me dijo que si todavía deseaba conocer a "este hombre", tendría que estar en el restaurante Palkin el domingo siguiente, entre las seis y las siete de la noche. Era un restaurante muy grande en la esquina de la Perspectiva Nevsky, la calle principal de San Petersburgo, pero -uno de aquellos, al cual nunca iría ningún oficial de la guardia. Zaharoff iría allá para llevarme a ver al señor Gurdjieff.
Yo fui. Finalmente Zaharoff apareció y salimos hacia la gran "Nicolaevsky Voksal", la estación de ferrocarril, en la misma Perspectiva Nevsky. De repente, se detuvo frente a una casa y subió hasta el segundo piso, donde había un café.
Lo menos que se puede decir, es que era un café para una muchedumbre sumamente mezclada, que paseaba por la Nevsky día y noche; y si alguien llegara a descubrir que yo había estado allí, tendría que abandonar mi regimiento.
Entramos, pedimos caté y esperamos.
Al cabo de un momento, vi que venían hacia nosotros el Dr. S., a quien había encontrado antes en círculos sociales, y dos hombres de abrigos negros, ambos Caucasianos muy típicos, de ojos negros y bigotes negros. Iban muy bien vestidos, pero tan Caucasianos... Me pregunté: ¿cuál será él? Y debo decir que mi primera reacción no fue en absoluto de encanto ni de veneración...
¿Cuál de los dos era? Mi duda fue rápidamente disipada por los ojos de uno de los hombres. Los tres se acercaron y nos dimos un apretón de manos. El hombre con "aquellos ojos" se sentó a la cabeza de la mesa, a su derecha se sentó el Dr. S. con el otro hombre, y a su izquierda yo y Zaharoff. Hubo un momento de silencio pesado. Mis ojos no podían evitar de notar los puños postizos, que no estaban muy limpios. Entonces pensé: "Tienes que hablar..." Hice un gran esfuerzo y me obligué a decirle que deseaba ser admitido en su Trabajo.
El Sr. Gurdjieff me preguntó la razón de mi solicitud: ¿Tal vez no me sentía feliz en la vida? ¿O había otra razón especial? Contesté que me sentía perfectamente feliz, que estaba felizmente casado, que tenía dinero suficiente como para vivir sin tener que ganarme la vida, y que tenía mi música que constituía el centro de mi vida. Pero añadí, que todo esto no era suficiente. "Sin crecimiento interior", dije, "no hay vida alguna para mí; mi esposa y yo estamos buscando ambos el camino de nuestro desarrollo".
Fue entonces que me di cuenta de que los ojos del Sr. Gurdjieff eran de una excepcional profundidad y penetración. La palabra "hermosos" sería apenas apropiada, pero debo decir que hasta ese momento nunca había visto ojos semejantes ni sentido tal mirada.
El Sr. Gurdjieff escuchó y dijo que hablaríamos más tarde del asunto que me interesaba. "Mientras tanto" dijo él al Dr. S. "que Ouspensky le

transmita todo lo que se ha dicho hasta ahora, y también que él lea el relato "Destellos de Verdad".
Decidí preguntarle al Sr. Gurdjieff si podría tal vez traer algún dinero para su trabajo. Contestó: "Llegará el tiempo, cuando, si yo le pidiera darme todo lo que le pertenece, Ud. lo hará con gusto. Pero por el momento, no es necesario.
Esto terminó la conversación y Zaharoff y yo nos marchamos. Durante largo rato no pude hablar. Sólo cuando llegamos a la calle Liteinaia hable con Zaharoff de mi fuerte impresión y de los ojos del Sr. Gurdjieff. "Sí", dijo, "comprendo, y ciertamente no volverá Ud. nunca a ver ojos semejantes".
Después de hacer este breve relato de mi primer encuentro con el Sr. Gurdjieff quisiera ahora decirles algo más al respecto— seguramente fue lodo planeado por el mismo Sr. Gurdjieff. Y lo hizo todo para crear condiciones desfavorables para mí, empezando por el hecho de ir al restaurante Palkin y luego al cate donde, en un momento dado, el Sr. Gurdjieff dijo: "Generalmente hay más prostitutas aquí." Todo, inclusive esta ruda observación, buscaba deliberadamente no atraer, sino más bien alejar al recién llegado. O si no alejarlo, por lo menos hacer que capeara las dificultades, agarrándose Firme a su propósito a despecho de todo.
Después de este encuentro, mi vida se convirtió en una especie de cuento de hadas. Desde mi primera infancia había leído cuentos de hadas y su significado permanecía siempre conmigo. Seguir adelante sin nunca olvidar el verdadero propósito, vencer los obstáculos, esperar que venga la ayuda de fuentes desconocidas si la aspiración de uno era verdadera. Parece ser que si se sostiene la lucha por un gran propósito, se ganarán cosas nunca soñadas. Pero desdichado sea, si se permite desviarse, si se deja tentar por algo barato.
El deseo de estar con el Sr. Gurdjieff se convirtió entonces en la única realidad. La vida ordinaria, lo que había sido la realidad, continuaba, pero parecía casi irreal. Así yo había dado el primer paso.
Después de este encuentro tenía que hallar a Ouspensky. Él vivía en la calle Troitskaia, no lejos de la Nevsky. Cuando toqué el timbre, un hombre con quevedos abrió la puerta.
Era P. D. Ouspensky. Había sido movilizado por el ejército pero le habían dado de baja por causa de su miopía. Y no reñía que usar más el uniforme sino por muy poco tiempo.
Desde el principio, me hizo una muy fuerte impresión; era sencillo, cortés, accesible e inteligente. Sin perder tiempo, empezó a contarme lo que luego escribiría en su libro *En Busca de lo Milagroso.* En una forma asombrosamente sencilla y clara, sabía explicar el complicado esquema de los mundos, planetas, cosmos y demás, de manera que todo aquello pudiera ser asimilado por cualquiera que se interesara seriamente en estos aspectos de la enseñanza del Sr. Gurdjieff.
Al término de nuestra conversación, me dio los apuntes mecanografiados del primer encuentro del Sr. Gurdjieff con "alguien", tomados por uno de sus discípulos.
Tan pronto como regresé a Zarskoye Selo, di estos apuntes a mi esposa para que los leyera. Cuando ella terminó, dijo:
"Un hombre así, ¡quisiera conocerlo!" Pero cuando le conté que yo lo

había encontrado ya. . . bueno. . . se puso bravísima. Le expliqué la razón — que ya habíamos encontrado a tantas personas que no nos gustaron, que esta vez había decidido ver por mí mismo primero, para ahorrarle una decepción. No hace falta decirlo, su deseo de encontrar a este maestro fue más fuerte que cualquier otra emoción, y esperamos con impaciencia el día en que el Sr. Gurdjieff regresara a San Petersburgo a fin de poder ir juntos hacia él.

A principios de febrero, el Sr. Gurdjieff no había regresado todavía de Moscú y yo debía marcharme para el frente a fines de mes. La revolución avanzaba lenta pero seguramente. Todos a quienes conocíamos en la ciudad, aún vivían como de costumbre, pero en los suburbios habían empezado los motines.

Por fin, el Sr. Gurdjieff llegó. Fuimos convocados para asistir a una reunión que se efectuó en el apartamiento del Sr. y la Sra. Ouspensky. Había comparativamente pocas personas en esta reunión. Ocupaban sillas frente a un sofá en el cual, luego, se sentó el Sr. Gurdjieff. La mayoría de estas personas estaban ya familiarizadas con las ideas ahora accesibles en el libro: *"En busca de lo Milagroso".* Esta reunión no era una conferencia, y muy poco fue dicho, pero mi esposa y yo sentimos ambos un fuerte ambiente de interrogación interna. De vez en cuando, alguien rompía el silencio con una breve pregunta. La actitud no era la de gente tibiamente interesada en las enseñanzas ocultas, de moda en aquel tiempo. Estas eran personas para las cuales el encontrar la respuesta a preguntas interiores, y el descubrir un camino hacia un trabajo real y activo sobre ellas mismas, constituía verdaderamente el centro de sus vidas.

Puedo darles la impresión que esta reunión hizo sobre mi esposa, en sus propias palabras:

> "En febrero de 1917, vivíamos en Zarskoye Selo, la residencia del Zar, porque mi esposo había sido llamado de nuevo a su regimiento como oficial de reserva y debía marcharse para el frente a fines de mes. Era un frío día de invierno y estábamos sentados en nuestro estudio ocupados con nuestro trabajo individual. Mi esposo me pasó un papel escrito a máquina y me preguntó si me gustaría leerlo. Me puse a leer en seguida, y cuando llegué al punto donde decía que nadie puede iniciarle a uno, excepto uno mismo, me detuve y le dije a mi esposo: "Si pudiéramos encontrar al hombre que dijo esto, seguiría su enseñanza con gusto."
>
> "Durante varios años mi esposo estuvo buscando a alguien que pudiera ayudarle a descubrir un camino hacia una mejor comprensión de la vida, pero una y otra vez había tropezado con falsa "ayuda", o hasta peor. En contestación, mi esposo me dijo que no solamente lo había encontrado, sino que se había entrevistado con él. En vez de alegrarme me enfurecí, reprochándole no habérmelo dicho. Fue nuestra primera pelea... Pero mi deseo de saber más acerca de este hombre fue más fuerte que mi disgusto, y cuando me calmé me enteré de que pronto él debía regresar de Moscú, que mi esposo podría verle y llevarme consigo.
>
> "Por fin llegó el día. Ocurrió que era el cumpleaños de mi hermana

mayor y mis padres daban un baile para ella, al cual por supuesto tenía que asistir.
"La reunión estaba prevista para las ocho y media de la noche en el apartamiento del Sr. y Sra. Ouspensky a quienes no conocía todavía. El salón no era muy grande. Frente a un sofá turco, unas quince personas estaban sentadas.
"El hombre a quien tanto anhelábamos ver no estaba en el cuarto. Me parecía todo muy extraño y me impresionó la manera sincera y sencilla como la gente hablaba. El Dr. S. que, al parecer, encabezaba el grupo, preguntó a la gente lo que podían decir en contestación a la pregunta que se les había planteado la última vez. La pregunta era: "¿Cuál es el principal factor que impide a un hombre avanzar hacia su propio desarrollo?" Hubo varias respuestas diferentes. Uno dijo que era el dinero, otro la fama, un tercero el amor y así sucesivamente.
"Como recién llegados, estábamos sentados cerca de la ventana frente al sofá. De manera completamente imprevista, un hombre, como nunca había visto antes, entró. Se dirigió al sofá y se sentó con las piernas cruzadas al estilo oriental. Preguntó de qué hablaban y el Dr. S. le comunicó la pregunta y las respuestas.
"Cuando mencionó el amor, el Sr. Gurdjieff lo interrumpió. "Sí, es verdad, el amor es el obstáculo más fuerte al desarrollo del hombre."
"En ese momento, pensé: "Otra vez lo mismo, siempre tenemos que separarnos, no podemos pensar en el desarrollo de sí mismo y permanecer juntos"; y me sentí muy trastornada.
"Y el Sr. Gurdjieff proseguía: "Pero ¿qué clase de amor? Hay distintas clases. Cuando se trata de amor de sí mismo, amor egoísta, o atracción transitoria, entonces obstaculiza, ya que sujeta al hombre, y él no es libre. Pero si se trata del verdadero amor, en que cada uno desea ayudar al otro, entonces es distinto y siempre me alegro cuando ambos esposos se interesan en estas ideas, porque pueden ayudarse mutuamente."
"Apenas si podía levantar la vista. No obstante, tenía la sensación clara de que el Sr. Gurdjieff me estaba mirando. Hoy estoy convencida de que él dijo eso especialmente para mí. Me encontraba en un estado muy extraño, tan feliz me sentía. Tuvimos entonces que marcharnos e ir al baile. Al entrar al salón de baile en la casa de mis padres, de repente experimenté una sensación tuerte como si algo me hubiera golpeado en el pecho: las personas que bailaban parecían ser títeres.
"Unos días más tarde pude ver al Sr. Gurdjieff a solas. La primera cosa que me preguntó fue qué había sentido al llegar a casa después de la reunión. No sabia cómo expresar mi experiencia, ni siquiera me daba cuenta de que era una experiencia, pero le conté la extraña sensación que había experimentado al entrar al salón de baile. Contestó que eso estaba bien, o que él estaba contento, no recuerdo exactamente, excepto que estaba satisfecho y que (lijo que si así lo deseábamos, mi esposo y yo siempre podíamos venir a verlo cada vez que se encontrara en San Petersburgo. Le dije que mi

esposo teñí? que irse al frente y que ninguno de los dos estaríamos allí por mucho más tiempo, siendo que yo quería seguir a mi esposo tan lejos como se me permitiera. Le pregunté también si no era posible evitar que mi esposo fuera al frente. ''No", dijo, "cuando uno vive entre lobos, uno tiene que aullar como un lobo;
pero ustedes no deberían dejarse tomar por la psicosis de la guerra, e interiormente deberían tratar de quedar muy alejados de todo esto".
"Aunque habíamos visto al Sr. Gurdjieff solamente dos veces, yo coincidí con mi esposo en su decisión de aferramos a cualquier oportunidad para volver a verlo."

Ahora continuo mi propio relato: vimos al Sr. Gurdjieff una vez más en San Petersburgo, algunos días antes de nuestra salida para Kiev; desde allá seguiríamos hasta el frente. [1]
Antes de separarnos del Sr. Gurdjieff, le pedí un consejo acerca de mi servicio militar. Me dijo: "Ud. es un oficia), y debe ir al frente, pero nunca se deje agarrar por la psicosis de guerra. Recuérdese de si mismo. . . No se olvide de recordarse de sí mismo. Ud. verá que la revolución estallará totalmente un día de estos y todo se acabará. Quedarse en el frente no tendrá ya sentido desde el punto de vista militar. Trate de escapar entonces y venga donde yo esté." Después de una breve pausa, añadió, volviéndose al Dr. S. quien estaba allí:
"Él tiene que ser "enredado". "Enrédelo, doctor." Entonces dirigiéndose a mí de nuevo dijo: "Recuérdese de sí mismo, ¡no se olvide de recordarse de sí mismo!"
El recuerdo de sí es la idea central de la Enseñanza del Sr. Gurdjieff. En cuanto al "enredo", está relacionado con otras de sus ideas, o sea: en su enseñanza no se requiere la fe. De hecho es exactamente lo opuesto. El maestro, mientras dirige y observa constantemente al discípulo, al mismo tiempo lo cambia de rumbo, lo divierte, hasta lo provoca con contradicciones aparentes, a fin de obligarlo a descubrir por sí mismo lo que es verdadero. Esto es posible sólo si el alumno tiene una fortísima necesidad de perseverar, un deseo ardiente que no le permita ser detenido por ningún obstáculo.
Y no fue sino el 28 de agosto de 1917 cuando encontramos de nuevo al Sr. Gurdjieff, en Essentuki, en el Cáucaso.
Tomaría demasiado tiempo narrar lo que sucedió durante aquellos meses desde febrero hasta agosto; pero a través de cada suceso corrían, como un hilo rojo, mis esfuerzos para llegar hasta el Sr. Gurdjieff. Hubo toda suerte de tropiezos; en realidad, fue precisamente por causa de las dificultades que mi esposa y yo pudimos finalmente reunimos con el Sr. Gurdjieff en el Cáucaso.
Un motín de soldados, que amenazó mi vida, hi/o que me mandaran a Petrogrado, pero como ya Petrogrado se había convertido en el centro de la revolución, tuve que encontrar los medios para escapar de esa ciudad.
Dado que mi único pensamiento era ir donde se encontraba el Sr.

[1] Tomamos el último tren que salió de Petrogrado cuando todavía reinaba el Zar. Nos quedamos en Kiev cinco días ignorando lo que pasaba. Luego supimos que el Zar había abdicado y que funcionaba un Gobierno provisional.

Gurdjieff, al Cáucaso, se me ocurrió pedir un permiso para ir a Rostov, cerca del Mar Negro, porque la revolución no había alcanzado todavía el Sur de Rusia. Allí podría seguir trabajando en mis inventos militares, URO de los cuales había sido aceptado por el Ejército. Pero ser transferido :i este preciso lugar parecía del todo improbable. Entonces el destino, o la casualidad, me ayudó; fue como un cuento de liadas. Encontré uno de mis parientes por la calle. Al preguntarme él lo eme yo estaba haciendo en Petrogrado, le conté mi historia, y como él era ayudante de uno de los Grandes Duques encargado de la Artillería, obtuve los papeles necesarios en la misma mañana siguiente. Nos marchamos en seguida, pero en vez de ir a Rostov, nos fuimos directamente a Essentuki. ¡El día después de nuestra salida de Petrogrado. unos soldados vinieron a arrestarme a la casa de los [ladres de mi esposa!

Retrocediendo un poco en mi historia, me gustaría con lar cómo "el recuerdo de mí mismo" me salvó una vez la vida.

Yo estaba destacado al estado mayor de nuestro regimiento. y estábamos en las trincheras. Un día, a eso de las cuatro de la tarde, me mandaron con un comunicado al Cuartel General. Monté mi caballo y cabalgué a lo largo de una meseta plana desde la cual la carretera bajaba hacia un valle. De pronto oí disparos intermitentes de artillería, que se repetían cada tres minutos. Encontré a un soldado que me dijo que los Alemanes los estaban "echando" al valle, a lo largo de la carretera que yo debía tomar. Era imposible regresar sin entregar mi informe, así que seguí mi camino.

Las palabras del Sr. Gurdjieff "Recuérdese de sí mismo" me vinieron a la mente. Aunque las había oído una sola vez y en ese entonces sin explicación, comprendí su significado a mi manera y me encontré en un nuevo estado de profunda calma apenas empecé a repetirlas, y asirme de ellas.

En la carretera delante de mí se veían cráteres abiertos por unos obuses recién explotados. Mientras proseguía mi cabalgata, yo me decía "yo me recuerdo de mí mismo". Esto no me impedía en absoluto ver lo que sucedía a mi alrededor. De repente, oí el crescendo de un obús de artillería silbando en mi dirección. Estalló muy cerca, pero precisamente a causa de su proximidad, mi caballo y yo no resultamos heridos. La dirección inicial de una astilla de obús de tipo austríaco, en un lugar parejo, es muy alta; allí el porqué las astillas no alcanzan a los que están muy cerca. Pero mi caballo respingó y cayó en una zanja poco profunda. Me bajé de un salto, repitiendo todo el tiempo "yo me recuerdo de mí mismo". El caballo se levantó, corrió una corta distancia y se detuvo. Me sentía tranquilo interiormente, pero tenía que decidir rápidamente en qué dirección correr, ya que otra bomba estallaría en menos de tres minutos. Hay una teoría según la cual las bombas nunca caen dos veces en el mismo sitio. ¿Debía yo entonces ir a echarme en el cráter donde la bomba acababa de caer? No. ¿Debía tratar de agarrar al caballo? Si lo pudiera, me alejaría de este lugar peligroso; y eso fue lo que hice. La siguiente bomba no se hizo esperar, y estalló cerca del último cráter. "El recuerdo de mí mismo" me había mantenido en calma y permitido tomar la decisión correcta en el momento crucial.

Ya era de noche, alrededor de las ocho, cuando llegamos a Essentuki y

nos dirigimos a una casita, con nuestro equipaje en dos carretas, acompañados por nuestra camarera, Marfusha. Tocamos el timbre del portal. Lo abrió un hombre que parecía un peón, sin afeitar, oliendo a sudor, sencillamente vestido con una camisa rusa de cinturón, y una chaqueta usada. Costaba trabajo reconocer en él al invariablemente distinguido y elegante Zaharoff.
Mi esposa miró hacia adentro por la ventana y vio sobre una mesa sin mantel, unos vasos de té vacíos y una lámpara de aceite —no había electricidad a causa de la guerra. Hombres y mujeres estaban sentados alrededor de ella, las mujeres con bufandas atadas alrededor de sus cabezas como las campesinas. Más tarde me dijo ella que eso le había recordado una escena del "Hampa" de Gorky.
El Sr. Gurdjieff salió, y en forma muy bondadosa nos pidió que entráramos. Luego dijo a su esposa que nos diera algo de comer. Volviéndose hacia Zaharoff, con voz especialmente suave dijo: "Y ahora, Andréitch, el samovartchick." [2]
Cuando todos hubieron terminado de tomar el verdadero té de China el Sr. Gurdjieff, para nuestro gran asombro, ordenó:
"Quiten la mesa de ahí y formen una fila." En un segundo la mesa desapareció y todos formaron una fila en el medio del cuarto. "¡Marchen!" ordenó el Sr. Gurdjieff, y todos empezaron a marchar, dar vuelta, correr y hacer toda clase de ejercicios. Esto duró bastante tiempo. Cuando aquellos que tomaban parte en ello se cansaron, el Sr. Gurdjieff les dijo que se sentaran y descansaran.
El Sr. Gurdjieff había observado durante el té, que yo había tomado el mío con dos cubitos de azúcar, y entonces dijo: "Ud. no debe comer dulces, o sino tendrá la enfermedad del azúcar". Él, seguramente, no hablaba de diabetes, aunque es verdad que yo era más bien corpulento y los dulces, que me encantaban, no eran buenos para mí. Pero su razón para que yo no los comiera era la de producir una lucha interior contra un fuerte hábito. El Sr. Gurdjieff daba con frecuencia el ejercicio de luchar contra los hábitos, a aquellos que empezaban a trabajar sobre sí mismos.
Al día siguiente, cansados por el viaje, nos levantamos tarde. Durante largo rato, discutimos nuestras impresiones de la noche anterior y a pesar de que nada extraordinario había ocurrido, y todavía comprendíamos muy poco de todo eso, ambos sentimos que habíamos tenido verdadera evidencia del Trabajo interior.
Por la tarde, el Sr. Gurdjieff nos llevó a mi esposa y a mi a dar un paseo. Caminamos un buen trecho en la ciudad para comprar un "Kulitch" —una torta—. Al regreso, el Sr. Gurdjieff empezó a apurar el paso, acelerándolo continuamente. Al final iba prácticamente corriendo. Tratábamos de no quedarnos atrás y corrimos alguna distancia de este modo. Sabíamos que nos estaba poniendo a prueba, para ver lo que podíamos aguantar y cómo lo tomaríamos.
De vuelta a la casa, el Sr. Gurdjieff nos mandó a todos a copiar los gestos

[2] Supe más tarde que Zaharoff tenía que preparar el "samovartchick" varias veces al día y que era un asunto muy trabajoso. Los pedacitos de leña y carbón que se ponen debajo no arden fácilmente; hay que soplar y si uno se aleja un momento, la llama se apaga y hay que volver a empezarlo todo.

y las muecas que él hacia. De repente, gritó:
"¡Stop!" y cada uno se congeló con la mueca que hacía en ese momento. Mi esposa y yo no conocíamos entonces este ejercicio de "stop" ni otros de esta clase, pero nos inmovilizamos también, y el Sr. Gurdjieff me llamó para que observara cómo mi esposa mantenía la expresión en su cara sin pensar en lo fea que se veía.
Durante la tarde, se habló de que el Sr. Gurdjieff se iría para Persia, y de cómo ganaría el dinero necesario picando piedras en la carretera. Esto nos puso en un estado de angustia. ¿Persia? ¿Cómo podría yo, un oficial, ir allá en tiempo de guerra? Significaría convertirme en desertor. . . A la mañana siguiente, el tercer día después de nuestra llegada a Essentuki, el Sr. Gurdjieff anunció que salía esa noche para Persia. ¡Ni una palabra acerca de cómo ni de ningún otro detalle!
Habíamos venido con el fin de estar con el Sr. Gurdjieff sin hacer caso de las dificultades. Ahora la ansiedad, las dudas, la inseguridad acerca del porvenir hacían surgir muchas preguntas. ¿Qué debíamos hacer? Por añadidura, teníamos que pensar en nuestra fiel Marfusha y su marido, mi ordenanza, a quien había dicho que se reuniera con nosotros en Essentuki después de poner nuestros objetos de valor a salvo en Moscú, lo cual suponíamos que era aún posible.
Al cabo de unas horas, sin embargo, nos enteramos de que el Sr. Gurdjieff, su esposa y Zaharoff se marchaban, a la mañana siguiente solamente hasta Tuapsey en el Cáucaso. Él nos dijo que si lo deseábamos, podríamos ir también. Sin vacilar un momento, decidimos ir y quedarnos con él tanto como hiera posible. Más tarde, nos dimos cuenta de que esto era lo que debíamos hacer. Ir a Tuapsey era el primer "hito", según dijo el Sr. Gurdjieff.
Así, pues, al día siguiente tomamos el tren para Tuapsey, y a la mañana siguiente fuimos a ver el Sr. Gurdjieff a su hotel. Lo encontramos acostado en una cama. cubierto con una alfombra. En su cuarto había su esposa, la hija de la Sra. O. y Zaharoff. Nadie habló. Silenciosos, nos sentamos. Sentía la pesada atmósfera que agobia a uno cuando uno no sabe qué hacer. El Sr. Gurdjieff sabía, por cierto, crear tal atmósfera. Al fin no lo pude soportar más y le pregunté acerca de sus planes con respecto a Persia, y de cómo podríamos arreglarnos para seguirle allá.
"Como no tengo dinero para ir allá de la manera habitual", contestó, "haré un contrato para picar piedras en la carretera. Como ya se lo dije, es un trabajo sumamente repugnante. No es posible para Uds., porque al final de la jornada las mujeres tienen que lavarles los pies a los obreros, y los pies de Z. por ejemplo tendrán muy mal olor. Lénotchka, sí, puede lavar unos pies, pero la esposa de Ud. no lo puede". De nuevo cayó el pesado silencio, y casi todo el día esta presión continuó. Mi esposa estaba desesperada. Me acusó de no hablar al Sr. Gurdjieff en la forma correcta, de no darme cuenta de nuestra peligrosa situación, ya que mis papeles militares no estaban en orden, por no habernos detenido en Rostov sino haber venido directamente a Essentuki. Al día siguiente se quedó en nuestro hotel, diciendo que no deseaba ir otra vez conmigo a ver al Sr. Gurdjieff.
Entonces la tensión comenzó a ceder, porque el Sr. Gurdjieff me dijo: "Yo sé que Ud. tiene que ir a Rostov por sus papeles, y tal vez cuando Ud.

regrese todavía no me haya marchado para Persia".
Así que mi mujer v yo fuimos a Rostov en el primer tren. Ocurrió que el comandante en jefe de la guarnición militar de allá era mi ex-tutor, el cual me quería muchísimo. Sin demora, mandó a firmar mis papeles, dándome permiso por dos semanas más y al día siguiente, regresamos.
Durante nuestra ausencia, el Sr. Gurdjieff había comprado una carreta, de las llamadas "shooting brake" v dos caballos jóvenes. En la tarde fuimos a las colinas con el Sr. Gurdjieff, su esposa y Zaharoff, con el fin de probarlos. El Sr. Gurdjieff dijo entonces que si deseábamos irnos con él, podíamos cargar la carreta —con las cosas más indispensables puestas en una maleta por persona— y que debíamos estar listos para salir el domingo siguiente. De inmediato nos decidimos a ir, dejando a nuestra camarera Marfusha en el hotel, con el resto de nuestras pertenencias. Se amontonó todo el equipaje en la carreta y pronto alcanzó un metro de altura, de modo que no había puesto para nadie excepto el conductor, el mismo Sr. Gurdjieff.
Cuando llegó el domingo, el Sr. Gurdjieff nos dijo que almorzaríamos en un restaurante y luego saldríamos en dirección a Sotchi, en el Mar Negro. Debíamos atravesar directamente las montañas por un atajo, porque la carretera principal era demasiado sinuosa. Y entonces debíamos esperar al Sr. Gurdjieff donde el atajo cruzaba la carretera principal. Ya que la esposa del Sr. Gurdjieff caminaba con nosotros, mi esposa se sintió segura de que él no nos "abandonaría" en la carretera. Al Sr. Gurdjieff no le tenía todavía plena confianza, pero sin embargo deseaba seguirlo por tanto tiempo como le fuera posible, porque todo lo que había oído en sus conversaciones le interesaba intensamente.
La distancia por el atajo era mucho mayor de la que habíamos esperado. La subida era tuerte y hacía mucho calor. Ni mi esposa ni yo estábamos preparados para semejante viaje y los vestidos inadecuados lo hacían aún más difícil.
Finalmente, en la encrucijada con la carretera, encontramos una posada, vieja y lejos de estar limpia. Como estábamos cansados y sedientos, entramos a tomar té. Ya era de noche y el Sr. Gurdjieff no había llegado. Afortunadamente teníamos dinero, de manera que pensamos que, si fuera necesario, nos quedaríamos a pasar la noche.
Pero por fin llegó el Sr. Gurdjieff. Y todos comimos algo, esperando dormir luego, pero el Sr. Gurdjieff dijo: "La noche está tan maravillosa, la luna brilla. ¿No sería mejor continuar?" Así que seguimos adelante. Entonces empezó el verdadero esfuerzo. El Sr. Gurdjieff nos dijo tan sólo que deseaba recorrer una buena distancia, pero en cuanto a dónde y cuan lejos, no dijo palabra alguna.
Mis pies empezaron a hincharse y a doler. Mi esposa llevaba puestos zapatos de tacón alto y aún anees de llegar a la posada le dolían los pies terriblemente. Sin embargo, deseábamos proseguir.
Atravesamos lugares de una belleza extraordinaria. La carretera serpenteaba en las pendientes de la montaña cubiertas de viejos árboles. Era luna llena, y en algunas curvas del camino podíamos entrever el mar, resplandeciendo bajo la luz de la luna. Caminábamos y caminábamos, siguiendo de cerca a la carreta.
La luna se estaba ocultando. Eran entonces cerca de las dos de la

madrugada, y habíamos salido a las dos de la tarde. Cuando por fin dijo el Sr. Gurdjieff: "Busquemos ahora un lugar para descansar". Pero cada vez que aparecía un lugar adecuado para un descanso, él hacía correr los caballos un poco más rápido, y teníamos que emparejarnos con la carreta. Mucho más tarde, llegamos a un pequeño sitio escarpado donde montones de piedras estaban rodeados por matorrales achaparrados. Y fue finalmente ahí que el Sr. Gurdjieff se detuvo y nos dijo que desenganchárамos los caballos. En un manantial, a orilla del camino, llenamos un cubo de agua para ellos, y una olla para hacer té para nosotros. Necesitábamos fuego para el té, y leña para el fuego. Una llovizna había comenzado a caer, y para encontrar astillas secas tuvimos que luchar entre los matorrales espinosos en la oscuridad. Fue una verdadera prueba de resistencia. Pero al fin el fuego ardió, el té estuvo listo, del cual cada uno de nosotros tuvo una taza, con un pedazo de pan. Pero tuve que tomar el mío sin azúcar ... A mí que me gustaba siempre muy dulce.

Después del té, el Sr. Gurdjieff nos dijo que fuéramos a dormir. ¿Pero dónde acostarnos? No había más lugar que en las piedras. "Y usted" dijo dirigiéndose a mí "estará de guardia durante la noche". De manera que nunca cerré los ojos. De toda manera, lo que quedaba de la noche era poco. Al amanecer, el Sr. Gurdjieff se levantó y llamó: "¡Levántense! Todavía tenemos que hacer un gran recorrido hoy".

Empacamos el equipaje en parte abierto, enganchamos los caballos y nos pusimos de nuevo a caminar. A mi esposa le resultó imposible ponerse los zapatos porque sus pies sangraban y estaban hinchados. Juntó pedazos de cartón para que hicieran las veces de sandalias, pero por supuesto, no duraron mucho y tuvo que caminar descalza.

Me esperaba otra sorpresa: ya que no había dormido en toda la noche, el Sr. Gurdjieff me hizo subir y como favor especial, sentarme encima del equipaje. El día era caluroso, el sol empezó a quemar y después de una noche sin dormir, apenas podía mantener los ojos abiertos. Pero si los dejaba cerrarse un solo momento, tenía el peligro de caerme de la carreta. Caminando hubiera sido más fácil luchar contra el deseo de dormir. El Sr. Gurdjieff lo sabía muy bien y me pedía un super-esfuerzo. Y traté de hacer dicho esfuerzo. Yo sentía que todo lo ocurrido y por ocurrir era otra vez como un cuento de hadas, en el que es preciso hacer lo casi imposible con el fin de alcanzar su meta. Pero esas cosas podían suceder así sólo en un grupo pequeño de personas guiadas por el señor Gurdjieff, o sea, por un verdadero maestro.

Y ahora ¿hacia dónde íbamos? Hacia Persia se dijo.. . y así lo tomamos.

Finalmente el Sr. Gurdjieff se apiadó de mí y me dijo que caminara. Mi pantalón militar ya me había lastimado las piernas, dejándolas casi despellejadas por el roce, y me dolían los pies en mis zapatos inadecuados.

Era mediodía y estábamos atravesando un pueblo grande. El Sr. Gurdjieff dijo a su esposa y a Zaharoff que tomaran la gran olla con su tapa y fueran a la posada a conseguir comida y dijo al resto del grupo que siguiéramos mientras tanto. Pronto nos alcanzaron y nos detuvimos en una maravillosa y pequeña pradera cubierta de un verde césped muy sedoso, con árboles sombreados y con un manantial de montaña cercano.

Desenganchamos los caballos, les dimos agua y comida, y nosotros también bebimos el agua del manantial con mucho placer, sentados sobre las mantas. En seguida llegó la comida en la olla. Era cordero con habichuelas, del cual comimos tanto como quisimos.
Después el Sr. Gurdjieff nos dijo que podíamos descansar. Nos acostamos, durmiéndonos inmediatamente. ¡Y qué dormida! No sentimos el cansancio de todo el recorrido de ese día.
Nos detuvimos para pasar la noche no lejos de una pequeña aldea, en un vallecito con árboles grandes, y matorrales impenetrables por los tres costados. Vimos que entre ellos también había manzanos, vestigios del asentamiento de las antiguas tribus Tcherkessas.
De inmediato hicimos una fogata y recogimos suficiente leña para mantenerla encendida toda la noche, ya que en los bosques alrededor había lobos, chacales y osos; durante la noche vimos el brillo de sus ojos y oímos sus aullidos. Al no tener fuego, hubieran podido matar fácilmente a nuestros caballos. En la mañana supimos que unos lobos habían matado una vaca de la aldea esa misma noche, cuando el animal se aventuró en los campos.
Después de beber té y comer algo, convinimos en vigilar el fuego por turnos, y todo el mundo se preparó para dormir, excepto Zaharoff a quien le tocaba la primera guardia.
Tomamos nuestras delgadas colchonetas, las extendimos debajo de los árboles y nos acostamos. ¡Que noche tan hermosa! En esa oscuridad como ocurre sólo en el sur, las estrellas brillaban como nunca. El Cáucaso, los lobos, los chacales aullando, el no saber nada de lo que traería el día siguiente, y sin embargo nos sentíamos felices en una forma hasta ahora desconocida por nosotros.
Le tocaba a mi esposa hacer guardia antes de apuntar el alba, y después de ella, al mismo Sr. Gurdjieff. Ya me había levantado, y aún recuerdo la bondad de su voz cuando él la saludó: "Buenos días, DJAN" ("querida" en Armenio). Evidentemente quería tranquilizarla en esta situación terriblemente extraña.
Al salir el sol, estábamos listos para partir. Esta vez el señor Gurdjieff nos mandó a todos a sentarnos a horcajadas encima del equipaje, y proseguimos lentamente. Alrededor de las doce, llegamos a un paradero abandonado. Era una agradable casa de campesino con un establo para los caballos. Los árboles del jardín estaban cargados de higos maduros. Allí permanecimos dos días y tuvimos un verdadero descanso.
Aquí yo quisiera de nuevo hacer hincapié sobre ciertos puntos. El Sr. Gurdjieff requería de nosotros un esfuerzo muy grande, especialmente difícil porque no sabíamos cuándo terminaría. Sufríamos y nos hubiera gustado sobremanera descansar, pero no había protesta en nosotros, porque la única cosa que deseábamos verdaderamente era seguir al señor Gurdjieff. Todo el resto parecía sin importancia comparado con aquello.
Esta repentina sumersión del hombre entero en el Trabajo, era muy característica del Sr. Gurdjieff. Durante nuestra permanencia en el paradero dormimos bien, incluyendo una siesta después del almuerzo, y tuvimos excelente comida y vino, que compramos en una hacienda cercana.
Yo fui allí una vez con el Sr. Gurdjieff. Al regreso nos sentamos a la orilla

del camino y él dijo: "Cuando estoy trabajando con mis alumnos, soy un cochero. Si el caballo va hacia la izquierda, tiro de la rienda derecha, y si va a la derecha, tiro de rienda izquierda."
Le di gran significado e importancia a estas palabras porque parecían esenciales en su enseñanza.
Después de dos días de descanso, nos pusimos de nuevo en camino. La carretera se volvía cada vez más montañosa y el Sr. Gurdjieff nos pidió varias veces a Zaharoff y a mí que empujáramos la carreta y al mismo tiempo que contáramos uno, dos, tres, cuatro, contando después al revés. En otras palabras, nos pidió que dividiéramos nuestra atención.
Caminamos el día entero, pero lo extraño es que no hubo señal del cansancio de los primeros días. Parece como si con el esfuerzo inicial, el Sr. Gurdjieff hubiera destruido una resistencia nuestra, de tal manera que el esfuerzo físico había dejado de asustar.
El tiempo comenzó a cambiar: era muy húmedo y resbaladizo en el bosque. De manera que se agregó otra tensión física. Entonces el Sr. Gurdjieff dijo que tenía intención de alcanzar un determinado sitio, un aserradero que pertenecía a su cuñado. Finalmente, muy avanzada la noche, llegamos allá y pasamos la noche en pequeñas cabañas, probablemente destinadas a almacenar madera. Nos levantamos temprano; seguía lloviendo. Alrededor de las doce, llegamos a un sitio muy hermoso cerca de Sotchi, en una colina rodeada de montañas que bajaban, a nuestra derecha, hacia el Mar Negro. Me recordaba a Cannes o a Niza. Había algunas casas de campo con rosaledas, y las rosas eran las más grandes que yo haya visto. Todo era tan bello como el Paraíso.
Pasamos frente a una pequeña tienda, y como no habíamos comido nada desde la madrugada, compramos pan y sardinas. Mientras estábamos comiendo, el Sr. Gurdjieff entró en la tienda, donde se quedó bastante tiempo. Cuando al fin salió, nos dijo que abriéramos un gran portón de madera, frente a la tienda. Desde allí un camino conducía a una casa de campo con un cobertizo, y una pendiente bajaba al Mar Negro. Trascendió que el Sr. Gurdjieff había alquilado esta casa, la cual quedaba en un pueblo llamado "Utch-Dary". Según parecía, habíamos llegado a... Persia.
Pienso que el Sr. Gurdjieff es el único hombre sobre la tierra que haya hecho alguna vez, con pocas personas, una expedición que, vista desde el exterior, parecía ser tan innecesaria y terminaba en "nada". Pero estaba llena de significado y valor para aquellos que tomaron parte en ella y que "recordaban a qué habían venido".
Después de una corta sesión preliminar de trabajo sobre la atención, la observación de sí y el "descubrimiento de América", como el Sr. Gurdjieff llamaba los descubrimientos que hacíamos en nosotros mismos, nos dio otra clase de trabajo.
Al hablar de ir a Persia, al fomentar toda clase de dificultades físicas y emocionales, él creaba, en un ambiente extraño, una escalera de obstáculos que teníamos que franquear para llegar a determinado pequeño *"do"* en nosotros mismos: el *"do"* en la escala de nuestro desarrollo general.
Estas eran las "escalas dentro de las escalas" de las cuales el Sr. Gurdjieff hablaba con tanta frecuencia. Si buscamos literalmente a las "escalas" no

las encontramos nunca. Nuestra vida entera sobre la tierra no es tal vez ni una escala completa, sino solamente parte de una, formada de gran número de pequeñas escalas con semi-tonos, mi-fa, que debemos superar.
Así que, al completar una pequeña escala, nuestro grupo llegó a otra escala, de la cual hablaré en el siguiente capítulo.
Esta primera expedición fue, para nosotros, un anticipo en miniatura de otra que tendría lugar un año más tarde.

II

Así es como en Utch-Dary abrimos el portón y nos encontramos en el Paraíso. Pero no se nos concedió mucho tiempo para admirarlo, porque el Sr. Gurdjieff nos arrojó en seguida en un torbellino de nuevas actividades.

Después de depositar nuestro equipaje en los cuartos que nos fueron asignados, el Sr. Gurdjieff dio a Zaharoff y a mí la tarea de limpiar los cobertizos: había uno para caballos y otro lleno de heno. Tuvimos que almacenar este heno en el desván. Estaba lleno de espinas pero tuvimos que hundir nuestros brazos profundo en él. Sin embargo no hacíamos caso a los rasguños porque la intensidad y el ritmo del trabajo habían sido establecidos. Antes de la puesta del sol, el heno había sido mudado. Regresando a la casa, vi un árbol de hermosas ciruelas de Hungría, que son muy dulces, con un hueso que se desprende fácilmente. Pocos días antes, el señor Gurdjieff nos había puesto sobre aviso a propósito de comer frutas, recomendando que comiéramos peras y no ciruelas. Yo estaba seguro que él había querido decir que debíamos evitar las frutas compradas en el mercado, porque podían estar contaminadas por la manipulación ya que había una grave epidemia de fiebre tifoidea en la región, pero creí que la fruta caída de un árbol no ofrecía peligro.

Al día siguiente, recorrimos cerca de diez millas con el señor Gurdjieff para comprar pollos vivos, y al regreso tuve que llevarlos en mis manos, ya que no había cesta. Nueva y tremenda tarea que requería una atención constante, porque siempre uno u otro de los pollos estaba luchando para escapar, y entonces... ¡alcáncelos!

Los sostenía por las patas y pronto mis manos estuvieron cubiertas por sus frescos excrementos. No era nada agradable, y para añadir a mi incomodidad, una debilidad física me estaba invadiendo. Al llegar a la casa, el mismo Sr. Gurdjieff mató y preparó los pollos. Yo estaba cerca, listo para ayudarle en caso de necesidad, pues yo aprovechaba cualquier oportunidad para estar con él.

Durante la noche empecé a sentirme muy enfermo, con un dolor de cabeza martilleante y una especie de disentería, pero al día siguiente el Sr. Gurdjieff me obligó a hacer caso omiso de mi enfermedad, a permanecer de pie y estar activo. Mucho más tarde, cuando ya me había recuperado, me dijo que gracias a esta actividad, había acumulado ciertas fuerzas que me ayudaron a combatir mi grave enfermedad. Con él fui a buscar frutas a Sotchi aquel día, y nos quedamos allá a almorzar. Durante el regreso, iba acostado en la carreta; la enfermedad iba progresando. El Sr. Gurdjieff me preguntó lo que me pasaba y le conté cómo me sentía, y que estaba tratando de conectarme con él en mis pensamientos. "Bien, Tomás, bien", dijo.

Al día siguiente, después de una noche de desvelo y como mi cabeza ardía por la fiebre, mi esposa vio que era absolutamente necesario encontrar en la proximidad otra casa para mí. Era verdaderamente imposible para alguien tan enfermo como yo estaba, el permanecer en una habitación que tenía sólo una gran cama y ninguna clase de comodidades; además

así podríamos tener con nosotros a nuestra camarera Marfusha, quien seguía en Tuapsey.
Afortunadamente, mi esposa encontró precisamente al otro lado de la carretera, una casa vacía que pertenecía al famoso médico, el profesor Botkin. Era una casita encantadora, literalmente sumergida entre rosas enormes, con peldaños cubiertos de musgo verde conduciendo al mar, y un sendero bordeado con cipreses. Yo estaba casi inconsciente cuando nos mudamos, pero vi a esas maravillosas rosas, y para mí, desde entonces, ese paraíso de belleza sigue asociado con un dolor de cabeza insoportable. Había un guardián en la propiedad, y pronto llegó nuestra camarera. Empecé a perder conciencia, así que de lo que siguió me enteré por mi esposa cuando recobré pleno conocimiento, tres semanas después.
A la mañana siguiente, el Sr. Gurdjieff vino a visitarnos y viendo que yo estaba mucho peor, le dijo a mi esposa que fuera, acompañada por Marfusha, a comprar algún abasto, mientras él se quedaba conmigo.
Cuando regresaron, el Sr. Gurdjieff estaba sentado en la galería con el rostro tan blanco como su traje, y a las angustiadas preguntas de mi esposa, contestó: "Actualmente él está durmiendo. Ya no temo por su mente pero tenemos que llevarle a un hospital, porque no tenemos absolutamente nada aquí, ni siquiera un termómetro. Más tarde, Ud. verá que es importante por otras razones también." Dijo que iría en seguida a Sotchi para buscar un hospital, y que luego él me llevaría allá.

El Sr. Gurdjieff se fue. Yo desperté... y entonces empezó. En mi delirio, quería escaparme. Traté de matar a mi esposa con una botella de vino, llena de agua caliente. Cuando ella me sostuvo en mi cama, le agarré la muñeca y casi se la rompí. En un momento en que ella había ido a buscar algo en la habitación al lado, casi me salí por la ventana baja y ella tuvo literalmente que arrastrarme hacia mi cama.
Por la tarde, las cosas fueron de mal en peor, y ni siquiera Zaharoff con el guardián, mi esposa y Marfusha, pudieron mantenerme en cama. Mi esposa se sentía desesperada, sin saber qué hacer, y el Sr. Gurdjieff no llegaba y no llegaba. Zaharoff se la pasaba saliendo a la carretera a ver si aparecía, y por fin, cerca de medianoche, él regresó. Yo estaba dormido, pero cuando el Sr. Gurdjieff entró en mi habitación, desperté de inmediato y me abalancé sobre él con una violencia tan repentina que volqué una mesa con velas y el Sr. Gurdjieff por poco se cayó. Pero en el instante en que puso su mano en mi frente, me apacigüé y a pesar de que no volví a dormir estuve tranquilo.
El Sr. Gurdjieff decidió que apenas saliera el sol, me llevarían a Sotchi, y que él mismo manejaría, andando muy lentamente para evitar las sacudidas. Se alquiló otra carreta para nuestra camarera y el equipaje.
Mi esposa y la camarera empacaron, me vistieron, y a las cinco de la mañana, llegó el Sr. Gurdjieff con la carreta, en la cual puso un colchón para que yo pudiera quedar completamente acostado. Me transportó hasta ella y me ató con una cuerda de colgar ropa, con mi cabeza en la dirección de los caballos. Él manejaba, y mi esposa estaba sentada a mis pies. Cuando me movía, el Sr. Gurdjieff, poniendo una mano en mi frente, sólo decía "Tomás, Tomás", y yo me tranquilizaba. Pero en un momento

dado, estuve tan repentinamente agitado, que rompí la cuerda, Lentamente, recorrimos las veintidós millas hasta Sotchi; algunos de los transeúntes lanzaban flores sobre mí, creyendo que yo estaba muerto, ya que mis labios estaban azulados y se me veía muy rígido en mi uniforme militar.
En Sotchi, no había un solo hospital con una cama desocupada, debido a la violenta epidemia de fiebre tifoidea, y el Sr. Gurdjieff solamente había logrado encontrar una habitación en una residencia para oficiales convalecientes. Todavía no sabíamos que yo tenía fiebre tifoidea. Pasamos la noche allí, y en la mañana vinieron los médicos a visitar a los enfermos. Después de examinarme, dijeron a mi esposa que no podían hospedarme ni un momento más, porque tenía fiebre tifoidea, la cual es muy contagiosa. Mi esposa tuvo que buscar otro sitio, pero no había ninguno. La situación era desesperada hasta que por fin, uno de los médicos localizó una cama disponible en un pequeño hospital aldeano a varias millas de Sotchi, y tuvimos que tomarla. Era un hospital muy chiquito y mi cama estaba en un cuarto junto con otras tres.
El Sr. Gurdjieff nos dejó, tan pronto estuve instalado, y mi esposa se quedó conmigo. Me dieron un baño inmediatamente para bajarme la temperatura y me atendieron como lo requería el caso.
El médico dijo que no le daría a mi esposa autorización para que se quedara en el hospital, y preguntó dónde la podría localizar en caso de emergencia. Insistió en que no había sitio para ella, ni siquiera donde sentarse, y que en ningún caso podría permitirle permanecer en un hospital para enfermedades contagiosas. Pero ella estaba tan decidida que él la dejó en paz e inclusive puso un taburete al lado de mi cama. El Sr. Gurdjieff le había recomendado previamente que fuera a un hotel, donde él había reservado una habitación para ella, y que durmiera algo, ya que no había descansado nada durante cuatro noches, pero ella se quedó en el hospital. Mucho tiempo después, el Sr. Gurdjieff dijo que desde entonces empezó a considerarla en forma distinta.
Después de la medicación, me dormí profundamente. Alrededor de las once de la noche, el asistente del médico dijo a mi esposa que yo tenía el pulso demasiado lento y que necesitaba una inyección de alcanfor, pero que no podía encontrar al médico, a pesar de que había telefoneado a todas partes. De nuevo la situación era desesperada. El asistente dijo que podría ponerme la inyección él mismo, si tuviera alcanfor. Señaló hacia una débil luz a lo lejos entre los árboles, y dijo que era un hospital militar donde seguramente tenían alcanfor. En vista de que él no tenía derecho a abandonar el hospital, ¿quizás mi esposa podría ir a buscarlo? La noche era oscura como solamente en el sur suelen serlo, pero ella corrió. En el hospital militar, la escucharon, pero se negaron a tratar a cualquier persona que se encontrara bajo el cuidado de otro médico. Finalmente, después de tratar frenéticamente de persuadirlos ellos comprendieron que era un asunto de vida o muerte, y una de las enfermeras consintió en ir y administrar la inyección, si veía que era realmente necesario. Por supuesto, se dio cuenta que así era, y yo fui salvado.
En la mañana, cuando el médico entró, mi esposa le preguntó cómo había podido irse sin dar instrucciones al asistente. Él contestó que había pensado que yo no iba a vivir más de algunas horas, y era la razón por la

cual finalmente le había concedido permiso para quedarse conmigo. Mas, en lo sucesivo el se convirtió en amigo nuestro e hizo todo cuanto pudo por nosotros.
Mi esposa se las arregló para persuadir a uno de los enfermos convalecientes que se mudara a un hotel, donde pagó una semana de anticipo por un cuarto, con el fin de que pudiéramos tener un lugar para ambos en el hospital, y traer a nuestra camarera con nosotros. Era importante mudarme, porque de los tres que compartían mi cuarto, uno tenía difteria, otro escarlatina y el tercero fiebre tifoidea como yo. Era en tiempo de guerra y había pocas precauciones sanitarias en un hospital tan pequeño. Ni siquiera había sábanas para cubrir los colchones de heno, y era casi imposible comprar algo. Después de una larga búsqueda, mi esposa compró un poco de seda a un comerciante ambulante chino e hizo sábanas y fundas; no necesitábamos cobijas, debido al gran calor.
El Sr. Gurdjieff, el Dr. S., y M., unos de los alumnos que habían venido de San Petersburgo, me vinieron a visitar. M. pasó la noche en nuestro cuarto, porque el Sr. Gurdjieff insistió nuevamente en que mi esposa durmiera un poco, después de trece noches de vigilia.
Yo estaba sólo medio consciente y me la pasaba preguntando si era de día o de noche, la hora, y cosas por el estilo, pues no podía dormir. El Sr. Gurdjieff pidió al Dr. S. que escribiera una receta bajo su dictado, y luego mandó a mi esposa a la farmacia para que ella misma fuera a buscar la medicina. Cuando ella entregó la receta al farmacéutico, él la miró sorprendido y dijo que no especificaba ningún remedio sino solamente la capa de azúcar que se usaba para cubrir las píldoras. Ella le dijo que hiciera las píldoras de todo modo. Ella comprendió la intención del Sr. Gurdjieff, y éste se rió cuando ella le contó el comentario del farmacéutico.
Pero las píldoras me ayudaron maravillosamente.
Tenía pesadillas continuamente. Una de ellas era que unas notas de música rojas corrían por el cuarto y no me dejaban en paz. Mi esposa trataba de persuadirme de que no había nada en el cuarto, pero sin éxito. De repente, nuestra camarera Marfusha, le dijo a mi esposa con tono de gran reproche:
"¿Cómo es posible que Ud. no las vea, mientras que la habitación está llena de ellas?" Mi esposa pensó: "¡Dios mío! Ahora Marfusha se vuelve loca." Pero Marfusha tomó su delantal en una mano y con la otra recogió algunas cosas imaginarias alrededor del cuarto; luego salió y regresó diciéndome que había botado todas las notas rojas, así que ahora podía dormir apaciblemente. Me dormí, y no las volví a ver. Una simple campesina, quien apenas sabía leer, había comprendido el problema mejor que mi esposa.
Es interesante experimentar el estado de división del delirio. En cierta forma, yo sabía que no había notas rojas, y que Marfusha fingía que estaban allí, pero su inteligente actuación me tranquilizó completamente.
Todo lo que recuerdo de aquel período, es por supuesto como un sueño y sólo determinados momentos vuelven a mi memoria. Pero recuerdo claramente cuan feliz me sentía cuando el Sr. Gurdjieff venía a visitarme. Le pedía siempre que pusiera su mano en mi frente.

Poco tiempo después, el Sr. Gurdjieff se fue a una propiedad cerca de Tuapsey, y fue muy duro para mi esposa quedarse sola conmigo, aún tan enfermo.
Un día que ella regresaba de las compras, le pregunté con voz diferente: "¿Dónde estoy?" y a partir de este momento empecé a reponerme. Estaba tremendamente delgado y débil, tanto así que ella inclusive tenía que ayudarme a moverme en mi cama, y decía que era como sostener un pollito sin más que pellejo y huesos. Como era difícil comprar cualquier cosa alimenticia, mi energía volvía muy lentamente pero, en la mañana, té con azúcar y dos galletas tenían un sabor maravilloso, y nos sentíamos felices de que, por fin, volviera a ser yo mismo.
Otras dificultades se asomaban.
Un día, recibimos una carta del administrador de mis propiedades, diciendo que la Revolución Bolchevique había estallado y que él nos estaba mandando por última vez el dinero que recibíamos mensualmente, ya que el partido Bolchevique lo confiscaba todo.
El mismo correo me trajo una carta de la Administración de la Ingeniería del Ejército Blanco, preguntándome lo que quería recibir en pago de una invención mía que había sido ya aceptada y utilizada por el Ejército. ¡Qué ironía! En el momento en que recibí dicha carta, el Ejército Blanco ya había dejado de existir y seguramente no recibiría un centavo de los Bolcheviques.
Mi esposa y yo estábamos solos y hastiados en un pequeño hospital aldeano, sin saber qué hacer ni cuándo estaría yo en condiciones de moverme ¿y el futuro? Nos aferramos a una idea: la de tarde o temprano volver a reunimos con el Sr. Gurdjieff, lo que significaba ir a Tuapsey tan pronto como yo pudiera caminar.
Un día, que todavía podía apenas sostenerme de pie, mi esposa regresó de la oficina de correo con la noticia de que el último tren de Sotchi para Tuapsey saldría dentro de tres días, ya que después de la temporada de verano, las caídas de piedras y los aludes obstruirían la línea.
El médico me recomendó que tuviera mucho cuidado y que no me moviera rápidamente, porque estaba aún tremendamente débil, pero decidimos coger ese último tren; Mi esposa fue a comprar ¡os boletos y a reservar los asientos, con el fin de que yo pudiera acostarme, pero no fue posible. Finalmente, los empleados del correo le prometieron hacerme un lecho con los sacos de la correspondencia en el vagón del correo, con tal de que estuviéramos allí a las cinco de la mañana, antes de que llegaran los viajeros a la estación. Por supuesto estuvimos a la hora y los mismos carteros me llevaron al coche, donde pude acostarme. Ellos se contaban entre las numerosas personas buenas que encontramos, y que nos ayudaron.

En Tuapsey, fuimos a un hotel y afortunadamente conseguimos la última habitación, pero no tenía más que una cama. ¡Qué sensación maravillosa era para mí la de acostarme en una verdadera cama y una cama limpia! Aunque mi esposa con Marfusha tuvieron que dormir en el suelo, ambas se sintieron también como en un palacio.
Al día siguiente localizamos al Sr. Gurdjieff y él nos aconsejó que fuéramos a Essentuki apenas yo pudiera viajar. Allá teníamos amigos, y

encontraríamos los médicos y los remedios que necesitaba. Así que al cabo de unos días, nos marchamos para Essentuki. Aquel viaje fue una pesadilla. Tuvimos que cambiar de tren dos veces. En Tuapsey, pudimos ocupar un compartimiento espacioso pero cuando nuestro tren llegó a Armavir, nuestra primera estación de trasbordo, nos enteramos de que el tren para Mineralnye Vody estaba atestado con soldados; no había vagón de primera clase y todo estaba hecho un caos. Pensé que el hecho de que yo fuera oficial, no podía sino hacer las cosas peores para nosotros, pero afortunadamente, había una muy bondadosa mujer-soldado en la muchedumbre, quien ayudó, ordenando a algunos soldados levantarse y dejar un asiento para el "camarada" enfermo. Éramos nueve en el compartimiento, y mi esposa y Marfusha tuvieron que permanecer de pie en el pasillo, repleto con pasajeros y equipaje. Llegamos a Mineralnye Vody después de caer la noche y allí tuvimos que esperar tres horas el tren para Essentuki. Mi esposa y Marfusha se las arreglaron para prepararme una cama en un banco de la estación, cubriéndome con el abrigo de visón de mi esposa, pues las noches eran frías ahora. Cuando por fin llegamos a Essentuki en la mañana, nos enfrentamos con un problema conocido: ninguna habitación en ningún hotel, ya que todos los que podían venían allí desde Petrogrado. De alguna manera, nos arreglamos para encontrar un cuarto en una casa privada. Mi permiso militar había vencido hacia tiempo, y los oficiales podían pedir ver mis papeles, y fue entonces que nos dimos cuenta de cuan prudente había sido el señor Gurdjieff al insistir que yo fuera a un hospital. Yo tenía papeles del hospital declarando que después de una fiebre tifoidea, tenía el corazón debilitado y necesitaba un descanso de seis meses. Un año más tarde, con estos mismos papeles, una comisión, en Essentuki, me liberó del servicio militar. Pude entonces quemar mi uniforme y convertirme de nuevo en un paisano y un músico. Sólo conservé mi espada.

Mi esposa y Marfusha encontraron finalmente una casita, en el jardín de atrás de una propiedad, cuya casa principal estaba ocupada por el dueño. Más allá de nuestra casa, en el jardín, había establos vacíos, y aún más atrás, una casa típicamente caucasiana de dos pisos, sin terminar, con todas las piezas mirando hacia un patio, pero esta casa no tenía ni ventanas ni puertas. Parecía ser como si hubiera estado esperándonos, y no solamente a nosotros, porque cuando el señor Gurdjieff vino a Essentuki, fue en esta casa que él fundó el "Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre".
Mientras tanto, empezamos a llevar una vida apacible después de tantos meses difíciles. Siempre pensábamos en el Sr. Gurdjieff y en sus planes: ¿iría él a Persia? o ¿se quedaría en el Cáucaso? Pocas semanas después llegó una tarjeta postal de él, diciendo que le gustaría venir a Essentuki, y preguntando si podíamos encontrar un sitio para él. Un día o dos más tarde, recibimos una carta de él con mil rublos, una buena suma todavía, dado que la inflación no se había establecido, diciendo que mandaba el dinero por si acaso lo necesitábamos. Nos conmovió profundamente su consideración. Más tarde ese mismo día, fuimos gratamente sorprendidos al ver al Sr. Gurdjieff ante nuestra puerta. Y durmió en el sofá de nuestra

pequeña sala las pocas noches siguientes.
Le gustó el sitio; el dueño le dio una habitación grande en su propia casa, con derecho a la cocina. Varios días después, llegó la esposa del Sr. Gurdjieff y poco después el doctor S.
Pensé que ahora comenzarían más conversaciones filosóficas interesantes, pero nada por el estilo ocurrió. ¡Nos limitábamos a dar cada día un paseo con el Sr. Gurdjieff, hasta el centro de Essentuki! Él compraba semillas de girasol, dándome siempre un puñado, y solía escupir las conchas frente a los transeúntes. Ni una palabra se decía acerca de filosofía y yo, impaciente, caminaba a su lado sin saber cómo hacer una pregunta.
Él venía con frecuencia a vernos de noche, a veces acompañado por el Dr. S. y entonces, por fin, las conversaciones se volvían interesantes. Una noche, habló detenidamente de la falta de precisión de nuestro lenguaje, cuan incapaces éramos de trasmitir con exactitud una idea o un concepto filosófico y cómo apenas, en realidad, éramos capaces de comunicamos los unos con los otros. Más tarde el Sr. Ouspensky desarrolló esta idea maravillosamente, subrayando el hecho de que nuestro lenguaje está basado en el pensamiento asociativo, cada palabra matizada por toda clase de imágenes, sensaciones, y pensamientos, individuales y subjetivos. Su exacta transmisión de las ideas del Sr. Gurdjieff es tanto más admirable cuanto que en el período de Moscú y Petrogrado nos estaba terminantemente prohibido tomar apuntes de cualquier índole.
Más tarde en Essentuki y Tiflis, sin embargo, el Sr. Gurdjieff nos dijo que escribiéramos lo que él decía, o que lleváramos a cabo una tarea escrita que nos daría, como por ejemplo, la de encontrar un nombre apropiado para el Instituto, y definir su meta. Esta era realmente una labor como para romperse la cabeza, y las conversaciones que tuvimos con él acerca de la inexactitud de nuestro lenguaje, nos quedaron clara y cabalmente demostradas. La cosa más interesante era que, durante esta larga investigación de posibles definiciones, nuestro trabajo interior iba creando en nosotros un gusto por el lenguaje exacto. Aunque no pudimos con nuestra tarea, por lo menos adquirimos una comprensión de que hay ideas, pensamientos y sensaciones que son casi imposibles de poner en palabras.

Una noche, inmediatamente antes de dejar nuestra casita, el Sr. Gurdjieff dijo como por casualidad: "Esta es la última noche que vengo a su casa porque pronto voy a empezar a trabajar con el Dr. S." ¡Sólo Dios sabe cuánto me hirieron estas palabras! Pensé que él estaba a punto de comenzar un trabajo esotérico sumamente importante con el Dr. S. y que yo no estaría incluido, por estar todavía muy "nuevo" en el Trabajo. Durante todo el día siguiente, no tuve paz, y cuando no pude aguantarme más, le dije al Sr. Gurdjieff cuan triste me sentía de no poder tomar parte en el nuevo Trabajo. "¿Por qué triste? Ud. tiene que ponerse al día", fue su respuesta.
Cuando una confrontación vivida, tal como ésta, sucedía, la máscara caía de su cara y yo sentía el profundo nexo interno ya establecido con él, nexo que se hacía más fuerte con los años. No era nunca un vínculo hipnótico, porque toda la enseñanza del Sr. Gurdjieff conduce los

hombres a que queden libres de la sugestión. Este vínculo interno (vamos a llamarlo magnético) era un nexo invisible con el Sr. Gurdjieff, quien era entonces la persona más cercana a uno, en el verdadero sentido de la palabra. Sucedía entonces como si uno viera al Sr. Gurdjieff real, con el cual uno deseaba permanecer para siempre, y no al Sr. Gurdjieff "de cada día", quien era a veces agradable, otras veces muy desagradable, un hombre del cual uno deseaba con frecuencia huir, y con el cual uno se quedaba únicamente porque su propio Trabajo dependía de ello.
Recuerdo que el Sr. Gurdjieff dijo una vez que el alma que hay que despertar en nosotros, estaría conectada con el cuerpo físico por un nexo magnético. A través de su Trabajo con nosotros, él tomaba provisionalmente el sitio de nuestra alma, de manera que un nexo magnético tenía que formarse con él, el cual reconocíamos, y que producía esa sensación de proximidad.

Una mañana al pasar por el centro de Essentuki, vi un cartel anunciando una noche especial en el Club Social y me provocó sentarme tranquilamente en un rincón viendo la gente bailar. Más tarde, en el curso del día, mientras caminaba con el Sr. Gurdjieff y el Dr. S. hablé de ello sin darle importancia.
"Doctor, ¿está oyendo? Nos invita al Club esta noche. ¿Qué? ¿Quiere invitarnos a cenar? ¿Por qué no ir, doctor? ¡Gracias por su invitación!"
La cosa andaba mal. Una cena durante la inflación costaba una tremenda cantidad de dinero, y yo no tenía ya ninguna entrada mensual. Pero no había otro remedio sino el de seguir adelante con este plan, porque no tenía el valor de decir que no. Aquella noche tomé 500 rublos (en otros tiempos una cena en el mejor restaurante no ascendería a más de dos rublos v medio) y fui al club. Estaba casi vacío, no había baile y sólo el restaurante estaba abierto. Al instante empezó mi infierno. El Sr. Gurdjieff jugaba conmigo como si yo fuera un niño a quien quería darle una lección. "Bueno, doctor, ya que él quiere agasajarnos, vamos: sería sabroso empezar con vodka y entremeses. Y luego. .." Y la cosa siguió... Hasta hoy recuerdo en forma vivida las naranjas que pidió, porque en ese momento supe que mis 500 rublos nunca alcanzarían a pagar la cuenta. Me faltaba valor para decirle al Sr. Gurdjieff que yo no tenía bastante dinero, y pedirle que me prestara algo hasta llegar a casa. ¿Cómo podría salir del paso? La cosa se hacía angustiosa. Al fin decidí darle una propina al mozo y mandarlo pedir más dinero a mi esposa. Ella se asustó cuando un desconocido tocó a nuestra puerta de noche, pero al fin el dinero llegó y pagué por todo. La cuenta ascendió a más o menos mil rublos, lo suficiente para cubrir nuestros gastos durante quince días.
A la mañana siguiente, el Sr. Gurdjieff vino a vernos, y me dio el dinero que yo había gastado en la cena. Este fue otro momento sumamente doloroso, no desde el punto de vista ordinario, sino porque me di cuenta de que yo no sabía comportarme como un adulto. El Sr. Gurdjieff me lo había dicho varias veces, pero fue sólo entonces cuando lo creí. Esa mañana, el Sr. Gurdjieff no actuó en absoluto como había actuado la noche anterior; no me reprochó nada, ni se burló de mí. Todo lo que dijo fue que lo que había sucedido había sido hecho por mi bien.

La vida continuó. El dueño terminó la casa en el fondo del jardín; empezaron a llegar los muebles. Pronto la casa fue habitable.
El Sr. Gurdjieff había escrito a su gente que todavía estaba en Petrogrado y Moscú, diciéndoles que el que quisiera trabajar podía venir donde él, en Essentuki.

III

Un día me encontré en la ciudad, con mi amigo Z. y algunas olías personas quienes, me enteré entonces, formaban parte del grupo del Sr. Gurdjieff en Moscú.
Esa noche nos reunimos todos en una de las habitaciones de la nueva casa y el Sr. Gurdjieff dijo: "Nikanoritch, denos una conferencia", y P., sin ninguna preparación, habló sobre el tema de que uno tiene que entrar con todo su ser en el Trabajo. Él era un maravilloso conferencista, de voz clara y distinta, tan efectiva en un salón grande como en una sala pequeña, y su palabra fluía lógicamente, sin vacilación.
Para la mañana, se fijó un horario: nos levantábamos temprano y tomábamos té; cada uno recibía una libra de pan diaria. Alrededor de la una, almorzábamos; había mesitas en la terraza, con cuatro sillas para cada uno. El menú era borsch o alguna otra sopa espesa de vegetales, un pedazo grande de carne para cada uno con papas o fríjoles u otra legumbre. En la tarde tomábamos té con el pan sobrante. Más tarde, la comida para cada mesa se servia en una fuente grande, de la cual cuatro personas tenían que comer, con cucharas de madera.
Aunque mi esposa y yo vivíamos para aquel entonces en nuestra casita, el Sr. Gurdjieff nos pidió que comiéramos con los demás. Era dificilísimo para mi esposa, quien de ninguna manera podía comer de la misma fuente que los demás. No sé cómo se las arregló, pero el caso es que el Sr. Gurdjieff le permitió tener su propio plato. Probablemente no quería presionarle demasiado, ya que había dificultades en reserva.
Un día empecé a comer "lenta y conscientemente", tal como se describía en algunos libros que había leído antes de conocer al Sr. Gurdjieff. El reflexionar sobre el proceso físico de la transformación de la comida y como no puede, en general, servir su más elevado fin, y en lo que se dice acerca de la evolución, me había persuadido de la necesidad del comer consciente. En muchas religiones las oraciones antes de las comidas son para recordarnos dicha necesidad. Había tomado sólo cuatro cucharadas, lenta y conscientemente, que ya estaba vacía la fuente común. El Sr. Gurdjieff paseaba usualmente entre las mesas mientras comíamos, observándolo todo. En esa oportunidad se paró a mi lado y sólo dijo: "Así, Tomás, así."
Apenas después de la llegada del grupo de Moscú, el señor Gurdjieff empezó a imponer fuertes exigencias a algunos de ellos. Muchas veces, no comprendíamos el porqué pero la explicación se puede hallar en el principio fundamental del Trabajo de ese segundo período: tratar de permanecer con él, a pesar de todos los obstáculos, y recordar por qué vinimos a él.
El Sr. Gurdjieff requería siempre que recordáramos nuestra meta fundamental —la de despertar— aprendiendo a vencer obstáculos. Pero cuanto más adelantaba el hombre, tanto más demandaba de él el Sr. Gurdjieff.

Aún antes de la llegada de la gente de Moscú, el Sr. Gurdjieff había

empezado a desenredar una gran cantidad de hilo de seda que había comprado y que representaba una verdadera inversión en la moneda de inflación.
Después de llegar la gente de Moscú y Petrogrado, el trabajo se hizo más rápido, y pronto numerosas madejas estuvieron listas. Había que enrollar la seda de estas madejas sobre pequeños carretes de papel. Se pidió a todos que trajeran todo el papel blanco y los lápices que pudieran encontrar. Dije tímidamente que tenía papel de música de tamaño poco corriente, que tenía pensado utilizar para la orquestación de mi ballet. (Había dado una mano de dicho papel, a Prokofieff quien vino especialmente de Kislovodsk para conseguirlo de mí). "Bueno, entonces, ¿por qué no lo decía? tráigalo aquí", dijo el Sr. Gurdjieff. Y este valioso papel fue cortado de inmediato en pedacitos, enrollados sobre los lápices y la seda se devanó en tomo de ellos. Era una tarea fastidiosa, la de enrollar y enrollar. Los demás eran muy pacientes, pero yo no lo aguantaba. Pensaría yo, entonces, en el modo de ser del hombre "astuto", no sé, pero decidí inventar una devanadera sin decirle nada al Sr. Gurdjieff. En el momento en que yo empezaba a utilizarla, llegó el Sr. Gurdjieff, la miró y dijo: "Ud. siempre tiene que inventar algo..." Lo cierto es que la máquina funcionaba bien y pronto los carretes estuvieron listos.
Una noche, el Sr. Gurdjieff trajo una caja grande con muchos compartimientos y me dijo: "Así pues, Tomás, vaya mañana a Kislovodsk y trate de vender esta seda." "Pero señor Gurdjieff, contesté, "Kislovodsk está lleno de mis amistades de Petrogrado, yo no puedo ir a vender allí."
"Todo lo contrario, mucho mejor. Con tantas amistades, Ud. venderá la seda más rápidamente."
De manera que al día siguiente tomé el tren para Kislovodsk. Llegué al anochecer, pero no fui donde mis amigos, quienes no necesitaban hilo de seda, porque no quería desatar los chismes. Al amparo de la oscuridad, recorrí las tiendecitas y finalmente entré en una gran tienda. Pertenecía a nuestro arrendatario, y para mi gran sorpresa vi al Sr. Gurdjieff parado allí. El arrendatario compró una gran cantidad de seda, y seguidamente el Sr. Gurdjieff dijo: "Vamonos a casa ahora." ¡Qué alivio!
Nunca olvidaré esa experiencia, a través de la cual el señor Gurdjieff dio en otra de mis debilidades: nunca antes me había dado cuenta de mi casi insuperable orgullo de clase, lo que me hizo avergonzar de vender la seda. En aquel entonces, nadie se daba cuenta todavía de que todo en Rusia se volvía patas arriba. Comprendí qué maravillosa lección el Sr. Gurdjieff me había dado; muchas personas de mi clase social se veían obligadas por las circunstancias de hacer cosas violentas de esa índole, pero yo tuve que aceptarlo como una tarea, y no bajo la presión de las circunstancias. Y el Sr. Gurdjieff nunca más me mandó a vender seda en Kislovodsk.

Al extenderse la revolución, el Sr. Gurdjieff nos dijo que sería sensato mandar a Marfusha y a su esposo a nuestra propiedad en Ucrania, donde habían dejado a sus dos hijos y a su madre, ya que más tarde podría llegar a ser imposible. Con gran tristeza los mandamos de vuelta, dándoles tanto dinero como pudimos.
Entonces el Sr. Gurdjieff nos sugirió que sería mejor venir a vivir en la

casa grande. A él le cedimos nuestra casita, pero ahora estaba claro para nosotros que lo que él deseaba no era nuestra casa, sino que participáramos completamente en la vida de la casa grande. Lo aceptamos y nos mudamos a una habitación del piso superior.
El Sr. Gurdjieff cambiaba el arreglo de los cuartos con mucha frecuencia, y entonces todos los muebles y alfombras se transportaban de arriba abajo... y tanto peor para aquel que había llegado a apegarse a su ambiente.

Pronto empezamos una "Gimnasia Sagrada". Comenzamos con ejercicios sencillos, y luego seguimos con otros más complicados, de concentración y memoria, que absorbían la atención del hombre entero. Algunos de los ejercicios cansaban mucho y solamente los hombres los ejecutaban. El Sr. Gurdjieff siempre nos exigía el máximo en estos ejercicios, después de los cuales solíamos caer sobre las alfombras como sacos, sin necesitar que nos recordaran relajarnos.
Había un ejercicio en el que todos los hombres tenían que caer en un solo montón y retorcerse como serpientes, en una maraña de brazos y piernas. De repente, el Sr. Gurdjieff gritaba "alto" y sacaba a alguien aparte, para que pudiera contemplar el grupo. Creo que ningún escultor ha tenido la oportunidad de admirar las posturas hermosas, complicadas e inesperadas que resultaban del repentino "alto".
Yo hacía la "Gimnasia Sagrada" en aquella época, porque el mismo Sr. Gurdjieff tocaba una guitarra que había pedido prestada a nuestro arrendatario. Era imposible conseguir un piano. Él tocaba muy bien, algunas veces melodías que aprendía del método para tocar guitarra. Luego llegó el tiempo cuando decidió ampliar el programa musical.

Entre los recién llegados, había un hombre que venía de "afuera" por iniciativa propia, y quien más tarde desempeñó un papel importante en nuestra vida. Se comportaba muy bien, era muy modesto, y no pedía ser recibido en el Instituto. Dijo que había venido con la esperanza de encontrar en el Sr. Gurdjieff a su maestro. Era un hombre culto, joven aún, que tocaba muy bien el violín. Me leyó su traducción de Heredia. Se había interesado en ocultismo y magia durante mucho tiempo, y me contó de un experimento que había hecho una vez con la oración del Padre Nuestro.
El Sr. Gurdjieff le permitió venir en las noches a la "Gimnasia" y luego a las conferencias. Era muy puntual, seguía siendo muy modesto y para terminar, el Sr. Gurdjieff le aceptó en el Instituto. Este hombre, Schandarovsky, debía ahora tocar el violín, un auténtico Guernarius, para la "Gimnasia". Un día, me dieron un violín y me dijeron que aprendiera a tocarlo para la noche... Jamás había tocado el violín, pero lo intenté y por la noche toqué acordes en el segundo violín.
Aunque yo era por naturaleza un músico, había pasado años en una escuela militar, y había llegado a odiar todos los ejercicios físicos que encontraba secos, fastidiosos, deprimentes y mecánicos. Con el Sr. Gurdjieff, la "Gimnasia Sagrada" nunca era aburrida, sino completamente nueva, y sentía una finalidad vital en ella. Además había inspiración en el ambiente, durante el trabajo con él.

El Sr. Gurdjieff sabía cómo llevar un hombre desde su estado ordinario hasta un nivel superior. En tales momentos, todos los deseos mundanos de riqueza, lujo, comida, vino, mujeres, se volvían tan débiles y tan sumamente superficiales, como para hacerse inexistentes. No había sentido de pérdida, porque una nueva luz empezaba a brillar y uno podía casi tocar la meta a la cual el Sr. Gurdjieff le conducía.
Pero entonces, en un relámpago, el Sr. Gurdjieff cambiaba, desempeñando el papel de un hombre que tuviera todos estos anhelos... y uno empezaba de nuevo a sentirlos todos con gusto, y, ¡qué horror!, hasta dejarse abrumar por ellos.
Cómo es posible que en tales momentos, nunca se nos haya ocurrido pensar: ¿Por qué se manifiesta el Sr. Gurdjieff en esta forma? "Les puedo alzar al Cielo en un momento, pero Uds. pueden caer tan rápidamente como subieron", nos dijo el Sr. Gurdjieff en Essentuki, y añadió: "Si el agua no llega a los 100 grados, no está hirviendo."
De manera que en nuestro desarrollo teníamos que alcanzar el punto de ebullición por nuestra propia comprensión, de otro modo nada sería cristalizado en nosotros; al faltar un solo grado, caeríamos de nuevo.
Empezamos también a comprender mejor los papeles de la personalidad y de la esencia. El Sr. Gurdjieff decía con frecuencia: "Lo que es bueno para la personalidad, es malo para la esencia." Al mismo tiempo, nunca buscaba destruir nada en un hombre, sino poner todo en su sitio. Bajo la máscara de una mala personalidad, el Sr. Gurdjieff se convertía en nuestro tentador. El verdadero sentido de tentación viene de escuelas donde ha sido creado para el Trabajo. A través de tal Trabajo, la esencia de un hombre puede ser desarrollada en una escuela bajo la dirección de un maestro: cuando se hace sufrir la personalidad, esto produce un "fermento", y uno no debe evitar tal sufrimiento, porque este "fermento", esta "chispa", este "fuego" alimenta la esencia.
—''Lo que no es bueno para la personalidad, es bueno para la esencia."
Todo esto es sumamente difícil, pero el hombre tiene una especie de sentido profundo de que lo que se le envía, está siempre dentro de su capacidad de soportar. Para aquellos que verdaderamente desean Trabajar, la actitud tiene que ser de aceptación.
Con el Sr. Gurdjieff teníamos que responder en forma justa a sus exigencias. Esto *se* torna posible si un hombre está "presente", si él tiene un sentimiento consciente de Sí Mismo, de "YO SOY"...

Una noche apareció un aviso, magníficamente escrito por P., diciendo que una "Sociedad Idealística Internacional" se había formado, y que el Sr. Gurdjieff no iba a trabajar con nadie fuera de dicha Sociedad.
Cada día, había avisos: que esta Sociedad tendría miembros plenarios que tomarían parte en el verdadero Trabajo; que también habría candidatos, cuya participación en el Trabajo sería limitada; y que habría aspirantes, quienes no podrían esperar tomar parte en el Trabajo antes de llegar a ser candidatos.
La ruptura de todos los lazos se exigía, lo que significaba que uno no debía estar identificado —ciegamente atado— a su esposo o esposa, sus padres, hijos, amigos, y así sucesivamente.
Este anuncio tuvo un efecto enorme sobre mi esposa y sobre mí. "No

estar atado el uno al otro", ¿qué significaba? No estar preocupado el uno por el otro... Esto nos hizo reflexionar, para llegar a una nueva comprensión. En ese momento, sentía que iría adonde sea, que haría cualquier cosa que el Sr. Gurdjieff exigiera, sin pensarlo dos veces. Pero esa actitud, no era en absoluto la que se requería en nuestro Trabajo, ya que cada paso debía ser pensado con sumo cuidado.
En cuanto a mi esposa, a pesar de que estaba muy metida en el Trabajo, su amor por mí era más fuerte, y hasta se sentía lista a separarse de mí, si fuera necesario, para mi Trabajo. Pero el Sr. Gurdjieff siempre nos decía: "Los necesito a ambos o a ninguno."
Entonces apareció un aviso requiriendo de cada uno que abandonara todas sus pertenencias, de las cuales había que hacer una lista. Me era fácil ya que las cosas materiales no tenían mucha importancia para mí; pero mi esposa les dirá, ella misma, cuan intensa lucha interior sufrió en esta ocasión.

> "Me sentía muy disgustada de que mi esposo lo abandonara todo, sin pensar en la situación que se podría presentar si, por una razón u otra, ambos o aún yo sola, no deseáramos permanecer con el Sr. Gurdjieff. Entonces no tendríamos un centavo hasta descubrir algún modo de ganar dinero. Es verdad que teníamos muchos amigos que vivían en el lugar, y yo sabía que algunos entre ellos nos ayudarían con mucho gusto, así fuera sólo a fin de vernos abandonar al señor Gurdjieff, a pesar de que esto era lo último que yo quería hacer. De manera que decidí hablar francamente con el Sr. Gurdjieff acerca de todo aquello. Al encontrarlo conversando con el Dr. S., quise retroceder y hablarle a solas nías tarde, pero el Sr. Gurdjieff insistió en que yo dijera a lo que había venido. Así pues le dije que para no sentirnos obligados a permanecer con él simplemente por falta de dinero, yo deseaba conservar 3.000 rublos del dinero que íbamos a darle. Se volteó hacia el Dr. S. y dijo con tono de aprobación: "Oh, así es, muy bien, muy bien, dale lo que ella desea."
> "Unos días más tarde, otro aviso anunció que las mujeres debían entregar todas sus joyas. Sólo podrían conservar un aro de matrimonio y un reloj. Fue un nuevo golpe para mí... ¡Qué debía hacer! ¡Le tenía gran apego a mis joyas que habían pertenecido a mi madre y a la madre de mi esposo, y sabía que nunca estaría en condiciones de reemplazarlas! No deseaba entregarlas, pero tenía que decidirme entre hacerlo, o irme. Mi esposo no vaciló ni un momento, pero para mí fue una tragedia. Por un lado no podía ni siquiera pensar en alejarme. Por el otro no quería separarme de mis joyas. Estaba realmente atormentada, atrapada entre emociones antagónicas, y lloré la noche entera.. .
> "A un momento dado, las palabras del Sr. Gurdjieff en una de sus charlas me vinieron a la mente: "Cuando morimos, no nos llevamos nuestras pertenencias... sino "algo" distinto, si es que lo hemos desarrollado."
> "Yo puse mis joyas, que ya no me interesaban, en una caja y cuando llegó la mañana fui a la casa del Sr. Gurdjieff, toqué a la puerta y entré.

"Él estaba sentado ante una mesa, la cabeza apoyada en la mano; "¿Qué hay?", preguntó. Le dije que él nos había pedido que le trajéramos nuestras joyas, así es que yo traía las mías. Apenas se movió y dijo: "Póngalas allí" señalando una mesita en un rincón. Puse la caja sobre la mesa y salí.
"Apenas había llegado a la reja del jardín, cuando oí que me llamaba. Volví. "Ahora, tómelas de vuelta", dijo.
"Muchos anos más tarde una persona me dijo que yo le había jugado una mala pasada. "¿Por qué?", pregunté. "Bueno, como Ud. me contó esta historia acerca de sus joyas, cuando el Sr. Gurdjieff me pidió que le diera algo de valor, se lo di. Pero nunca me lo devolvió."

Teníamos que pasar por la experiencia de la renunciación exigida en todos los monasterios, en todas las religiones. Pero lo que teníamos que abandonar, no era sino nuestro apego erróneo a las cosas.
Mucho más tarde vi que esas exigencias del Sr. Gurdjieff tenían un doble propósito. Él ya tenía en mente un plan para una segunda expedición, y la liberación del apego seria de suma importancia para todos los que tomarían parte en ella. Dicha expedición, que nos llevó a una región a salvo de los bolcheviques, fue cuidadosamente planeada de antemano.
La primera expedición no había sido más que preparación para ésta: Entre paréntesis, me gustaría decir aquí lo que el Sr. Gurdjieff dijo una vez al Sr. Ouspensky. "A veces, las revoluciones y todas las dificultades que acarrean pueden ayudar al verdadero Trabajo."
Cada pequeño detalle era considerado por el Sr. Gurdjieff y solucionado con la máxima precisión. Por ejemplo, los papeles que habíamos escrito declarando que entregábamos todas nuestras posesiones personales, se utilizaron luego para convencer a las nuevas autoridades bolcheviques que no éramos adversos a la idea de la propiedad en común de los bienes. Por eso legalizaron nuestro grupo como una sociedad científica y apolítica. De esta forma pudimos vivir en paz, sin despertar sospechas. El Sr. Gurdjieff fue aún más allá y pidió al Sr. S., quien era abogado, que fuera a la administración bolchevique local y aceptara trabajo, ya que necesitaban abogados.
Nos sentimos todos horrorizados con la idea de que a uno de nosotros, rusos blancos, se le pidiera ayudar a los bolcheviques. Sin embargo, el Dr. S. fue, y durante una de las reuniones del Soviet, pronunció tan magnifico discurso sobre las icorías de Proudhon y Fourrier, que fue escogido en seguida como instructor.

Mientras tanto, el Sr. Gurdjieff nos dio algunos nuevos ejercicios, uno de los cuales tenía movimientos especiales para los brazos y las piernas, representando las letras del alfabeto; los practicamos durante una semana, cuando de repente, el Si. Gurdjieff anunció que dentro del Instituto debíamos hablar solamente por medio de dichos movimientos. No debíamos pronunciar ni una sola palabra, pasase lo que pasase, ni siquiera en nuestros propios cuartos. Podíamos hablar fuera del Instituto, pero no podíamos salir sin permiso. La vida empezó a ponerse muy complicada. Cuan difícil resultaba recordar de no hablar, ¡especialmente

en privado! Durante esos días, mi esposa y yo tuvimos que ir a Kislovodsk y vestirnos adecuadamente para el mundo exterior. Para preguntarnos mutuamente si no habíamos olvidado algo, teníamos que ejecutar una larga serie de gestos, pero no se nos ocurrió hablar en nuestro cuarto, ni siquiera en voz baja para que nadie nos oyera. Si lo hubiéramos hecho habríamos sentido que habíamos fallado en nuestro esfuerzo y que nos habíamos engañado a nosotros mismos.
Era maravilloso tener esta actitud en nuestro Trabajo con el Sr. Gurdjieff. Al comprender que todo se hacía para nuestro bien, cumplíamos con las tareas. No era obediencia ciega, pues veíamos el propósito. Y ¡cuan claramente empezamos a ver nuestra mecanicidad! Teníamos que estar conscientes de nosotros mismos. A cada momento, nos sorprendíamos a punto de hablar, pero nos recordábamos a tiempo y nos deteníamos. Era difícil...

Cada noche, después de la cena, nos reuníamos en la habitación del Sr. Gurdjieff. El piso y la mayor parte de las paredes estaban cubiertos con alfombras. Generalmente, él se sentaba en una especie de sofá cerca de la pared, y nosotros nos sentábamos sobre las alfombras frente a él. Allí aprendimos a sentarnos con las piernas cruzadas al estilo oriental. A veces, el señor Gurdjieff explicaba un ejercicio que ya habíamos ensayado; a veces daba uno nuevo que teníamos que tratar de hacer en el acto. Hablaba muy poco y nunca podíamos hacer preguntas. A veces el Sr. Gurdjieff despedía prácticamente a todo el mundo y daba ejercicios especiales a ciertos discípulos individualmente, ejercicios "interiores", pero no me siento autorizado para hablar de ellos.
En las mañanas el Sr. Gurdjieff se sentaba con frecuencia en la mesa de la galería de abajo, con la cabeza siempre en la mano. En invierno, llevaba puestos el abrigo y el sombrero de astracán. Se quedaba simplemente sentado allí, en silencio, en el lugar cerca de la puerta, donde, de vez en cuando, se fijaban avisos en la pared, diciéndonos lo que teníamos que hacer, o no hacer, el programa para el día, y así sucesivamente. Tales avisos eran muchas veces un golpe para algunos de nosotros, aunque probablemente no para todos, como me doy cuenta ahora. El Sr. Gurdjieff se sentaba donde podía observar como sus discípulos reaccionaban ante dichos golpes.

Un día, después de la "Gimnasia", el Sr. Gurdjieff empezó a hablar acerca de la confesión, la verdadera confesión, y como se practicaba en las escuelas esotéricas. La verdadera confesión no tenia relación con la confesión en las iglesias, porque, su esencia consistía en la necesidad para un hombre de ver sus propios defectos, no como pecados, sino como obstáculos a su desarrollo.
En las escuelas esotéricas había hombres de alto desarrollo, quienes estudiaban la naturaleza de un hombre en su totalidad. Sus discípulos eran personas que deseaban desarrollar su ser. Hablaban sincera y abiertamente de su búsqueda interior, de cómo alcanzar su meta, como aproximarse a ella, y de las características propias que les obstaculizaban el camino. Para llegar a tan real confesión, tenía uno que tomar una decisión mayor:

la de ver sus verdaderos defectos, y hablar de ellos. El señor Gurdjieff nos dijo que eso era absolutamente esencial, sobre todo para que uno viera su rasgo principal, alrededor del cual (como alrededor de un eje) giran todas sus estúpidas y cómicas debilidades secundarias.
Desde los primeros días, el Sr. Gurdjieff nos había hablado de esa debilidad principal. El verla y darse cuenta de ella es muy doloroso, a veces inaguantable. En las escuelas esotéricas, como lo mencioné, cuando evidencian a un hombre su debilidad principal, se la revelan con sumo cuidado, porque la verdad acerca de sí mismo puede en ciertas ocasiones llevar un hombre a tal desesperación que podría poner fin a su vida. Un lazo espiritual con el Maestro evita tal tragedia. Las Escrituras Santas hablan del momento en que uno se da cuenta de su defecto principal, cuando dicen que, al ser golpeado en la mejilla derecha, uno tiene que presentar entonces la izquierda. El dolor de descubrir nuestro defecto principal es semejante al impacto de recibir una bofetada en la cara. Un hombre debe encontrar en sí mismo la fuerza de no huir de este dolor, sino valientemente presentar la otra mejilla, o sea, escuchar y aceptar más amplia verdad sobre sí mismo.
Un día, el Sr. Gurdjieff nos llamó uno tras otro a su cuarto. Nos sentamos sobre la alfombra frente a él, y él empezó a hablar de cómo alcanzar ese lugar profundo dentro de uno, desde el cual es posible enfrentarse con uno mismo sinceramente.
Con nosotros dos fue inusitadamente bondadoso y cariñoso. Era como si la máscara diaria cayera de su cara, y ante nosotros, se hallaba el hombre más encantador del mundo. En semejantes momentos, la fuerza y el poder del lazo espiritual interno con él se sentía con mucha intensidad.
La semana siguiente, volvió a llamar en privado a algunos de nosotros, pero por alguna razón a mí no me llamó y, según me pareció, inclusive me evitó durante el día. Sentí que debía hablar con él y al fin le encontré solo en la gran terraza. "Señor Gurdjieff, en Petrogrado Ud. dijo que teníamos que arriesgar no más de cinco copecs [3] al comienzo; en otras palabras, que necesitábamos tener solamente un mínimo de fe en su enseñanza para empezar a aplicarla en nuestra vida. Pero si su consejo resultaba ser bueno, y encontráramos que nos ayudaba, tendríamos que arriesgar diez o veinte copecs más, es decir que tendríamos que confiar en Ud. cada vez más. ¿Debo ahora darle una confianza total a Ud. y cumplir incondicionalmente todo lo que Ud. me aconseja hacer?"
Sacudió un poco la cabeza, se detuvo un momento y luego dijo: "De una manera global, por cierto, es así. Pero si empiezo a enseñarle la masturbación, ¿me escuchará?" Y me dejó sin añadir palabra.
Atribuyo un gran significado a esas palabras, porque señalan la esencia de su Trabajo. No es el camino de la obediencia ciega: el alumno debe recordarse siempre de su propia meta. Hasta la provocación intencional del maestro debe ser impotente en desviarlo de lo que él sabe que es su verdadero camino.
Mucho más tarde, el Sr. Gurdjieff dijo que nuestra conciencia debe guiarnos en nuestras acciones y que la conciencia es innata. No tenemos que adquirirla; sólo tenemos que despertarnos, porque casi siempre

[3] Copec: pequeña moneda rusa que equivale a un céntimo.

estamos dormidos con relación a ella.
Ahora, el Sr. Gurdjieff decidió que teníamos que pasar por la experiencia de un ayuno, acerca de lo cual ya nos había hablado; pero agregó condiciones especiales. Dijo a las mujeres que se mudaran al piso superior y a los hombres a la planta baja. Durante el período del ayuno, no nos era permitido hablar entre nosotros, excepto una hora una vez por semana, en que teníamos permiso para salir y pasear juntos. Era muy difícil para mi esposa, no solamente porque estaba separada de mí, sino también porque cualquier disciplina iba en contra de su temperamento. En cuanto a mi me era menos difícil por mi entrenamiento previo, desde la edad de nueve años, en una escuela militar.
Al cabo de unos días, tuve la posibilidad de pasear y conversar con mi esposa. Justo antes de la hora convenida, Z. y yo empezamos una conversación muy interesante, en la que estuve tan absorto que hice esperar a mi mujer, quien me estaba echando de menos muchísimo. Por fin fui a reunirme con ella y empezamos una conversación muy agria. Ella me dijo que no quería obstaculizar mi Trabajo, que veía cómo el Trabajo nos dividía y que sería mejor separarnos. La conversación en sí no era importante; lo importante era el sufrimiento y el dolor que ambos experimentábamos. Precisamente en el momento en que nuestra conversación alcanzaba su infortunado climax, como por arte de magia, aquí estaba el Sr. Gurdjieff, en la esquina. No parecía nada contento, y para nuestro asombro, nos dijo bruscamente: "No los necesito separadamente. Ambos, o ninguno."
Cuando regresamos a casa, ya había oscurecido. Ambos nos sentíamos con el corazón partido. Mi mujer subió al piso alto, yo me quedé abajo.
Más tarde, en la noche, el Sr. Gurdjieff dio una orden: todos debían regresar a sus cuartos. Nos sentimos regocijados.
Mi esposa me dijo que había pensado que íbamos a permanecer separados para siempre, pero que había decidido quedarse en el Instituto con el fin de verme de vez en cuando y ella misma continuar en el Trabajo del Sr. Gurdjieff.
Todo esto es un ejemplo vivido de la manera como experiencias de sufrimiento real pueden ser proporcionadas sin causar daño. Al aceptar tal sufrimiento voluntaria y conscientemente, teníamos la posibilidad de crear en nosotros mismos el verdadero "Amo". Por cierto que no entendíamos en ese entonces la conexión entre todas las exigencias que se nos hacían; sabíamos que las situaciones eran creadas intencionalmente por el Sr. Gurdjieff, pero las sentíamos al mismo tiempo como reales.

El Sr. Gurdjieff anunció que cada domingo habría conferencias abiertas al público sobre filosofía, misticismo y ocultismo. P. tuvo que escribir anuncios de las fechas y lugar en pedazos de papel (el papel era muy escaso) y éstos fueron colocados en sitios destacados por todo Essentuki por uno de nuestros jóvenes con dos muchachas que llevaban cola y brochas en un cubito hecho de una lata vieja.
Varios días antes de la primera de esas charlas, el Sr. Gurdjieff nos reunió y nos dijo que teníamos que enterarnos del origen de este Trabajo. El principio, nos dijo, fue una reunión arreglada de antemano, en Egipto,

al pie de una de las pirámides. Allí se encontraron tres personas después de largos años de Trabajo por separado en lugares donde aún se mantenían centros de iniciación. El primero de aquellos tres era un hombre de ciencia quien podía, a través del Conocimiento Occidental, verificar y evaluar, en forma científica, todo lo que aparentemente era milagroso. El segundo era un conocedor de las religiones y de sus historias. Al tercero, se le podía llamar un "hombre que realizó su Ser".
El resultado de la reunión de estos tres hombres fue la decisión de formar a unos grupos de personas, en lugares adecuados y en condiciones adecuadas, "tales como", dijo el Sr. Gurdjieff, "nuestro grupo en Essentuki: una Comunidad Internacional Idealista".
El verdadero propósito de Essentuki se hacía evidente al hombre que dedicaba su atención a la idea de cristalización del alma. Los productos de la alimentación, tanto la comida ordinaria como el aire, son necesarios, pero sin las impresiones, el gran logro, la cristalización, no se puede efectuar. En este esfuerzo, un hombre puede raras veces triunfar por sí solo. Casi siempre alguien de gran sabiduría, un maestro, debe estar cerca del discípulo. Un material de calidad especial, proveniente de las impresiones, debe estar presente en el discípulo, si es que el maestro va ayudar a que esta transformación se efectúe. Para fabricar una cantidad suficiente de este material, que el discípulo debe reunir por sus propios esfuerzos, hace falta cierta clase de "depósitos" aislados, en los cuales condiciones especiales permiten que se deposite ese material.
Tal vez ahora podemos comprender mejor porque el señor Gurdjieff llamaba su yoga "Jaida Yoga". En ruso, "jaida" significa una llamada perentoria, como cuando alguien da una orden y exige que se ejecute a toda velocidad. "Jaida Yoga" es por consiguiente un "yoga veloz" que da al discípulo la posibilidad de aprender mucho en corto tiempo. El Sr. Gurdjieff pensaba que el hombre no debía depender sólo de la vida para recibir de ella toda clase de impresiones de felicidad, de infelicidad, de tristeza y de alegría. Quería crear sitios especiales donde pudiera conscientemente proporcionarlas. El Trabajo ayudaría, por así decir, al crecimiento del "Reino de los Cielos" dentro de nosotros mismos, el crecimiento de la cualidad divina que distingue a los hombres de los animales.
Pero como la base del Trabajo del Sr. Gurdjieff era crear toda clase de impresiones en el discípulo, a fin de operar esa transformación, él podía llevarlo a cabo solamente desempeñando papeles. Por ejemplo, si él deseaba que alguien experimentara injusticia, tenía que desempeñar el papel de un hombre injusto. Y sabía hacerlo soberbiamente. .. Por consiguiente una tenía que reprimir en sí las reacciones agresivas y no estar resentido. El Sr. Gurdjieff me dijo una vez que cuando yo sentía rencor hacia él, le causaba dolor. En otras palabras, el alumno tenía que aceptar y comprender el sufrimiento intencional.
El Sr. Gurdjieff no podía decir: "¿No ve Ud. que eso está hecho a propósito...?" Se hubiera perdido así todo el sentido de su Trabajo.
El día anterior a la primera conferencia pública, el Sr. Gurdjieff decidió que cada uno de nosotros se prepararía para ella, escribiendo con sus propias palabras la historia de uno de los tres hombres. Aquella noche, debíamos leer nuestros ensayos ante el grupo entero. El tratar de escribir

esos relatos nos mostró claramente cuan torpes c inútiles éramos.
De manera que en la noche, una cama de hierro se colocó en el corredor superior, y sobre ella muchos colchones. Tuvimos que trepar encima de esta construcción, sentarnos al estilo oriental y leer lo que habíamos escrito. Mi mujer escribió acerca del "Hombre que realizó su Ser", y su ensayo fue elegido como el mejor.

El día de la primera conferencia pública llegó. En la planta baja de la casa, el Sr. Gurdjieff arregló un buffet, té con un poco de azúcar, té muy dulce con sacarina, y pequeños panes dulces hechos en casa, que eran un grandísimo lujo. Llevaron sillas a la galería superior para hacer un auditorio adecuado.
El mismo día, el Sr. Gurdjieff sometió a P., uno de sus discípulos favoritos, a una experiencia interior que lo hizo pedazos. Media hora antes del comienzo de la conferencia, ese hombre fuerte y sano entró a nuestra habitación, y se puso a llorar desesperadamente. Mi esposa y yo tratamos de apaciguarle. Mientras tanto, del otro lado de nuestra ventana con cortinas que daba a la galería, el público empezaba a llegar.
La primera conferencia fue leída por P. D. Ouspensky, y fue presentada en forma brillante a una muchedumbre que sobrepasaba nuestra expectativa. Esa conferencia fue seguida por otra sobre "El Rayo de la Creación", escrita y leída por P. cuyo estado interior podíamos imaginar fácilmente. No obstante fue dada en forma excelente.
En el público, aquella noche, había un diácono de la Iglesia de los Antiguos Fieles, el cual, probablemente, vino a ver si podía encontrar alguna herejía anticristiana. Escuchó con mucha atención pero, tal vez satisfecho, no asistió a las conferencias siguientes.
Asistió también un general del estado mayor del Zar, profesor de la Academia Militar, conocida por sus excelentes conferencistas. Admiró mucho esas conferencias y se asombró de la manera como P. pudo, con un material filosófico tan seco, según lo expresó, despertar un interés tan vivido en el público. Esa noche el Sr. Gurdjieff llevó a P. a un restaurante. Era una gran recompensa en aquella época, el simple hecho de poder hablar a solas con el Sr. Gurdjieff. Este otro ejemplo enseñaba cómo, habiendo dado a un hombre una experiencia intensa y difícil, que fue sufrida voluntariamente, el Sr. Gurdjieff nunca la dejaba pasar desapercibida.

La próxima conferencia se fijó para el domingo siguiente y la esperábamos con gran impaciencia. Pensábamos que el mismo Sr. Gurdjieff hablaría. Creíamos que quizás oiríamos algo que no habíamos oído todavía, y quién sabe algo acerca de lo sobrenatural. Nuestro interés por la magia y por todos los demás fenómenos de esta índole todavía no había disminuido por aquel entonces. Esperábamos, aguardábamos..., pero, otra vez, el Sr. Gurdjieff nos obligó a recordar nuestra meta y el porque estábamos allí.
El jueves, por todas partes en Essentuki se colocaron afiches anunciando una conferencia por el famoso "Dr. Black". En otras palabras, se daba a las conferencias un carácter intencionalmente sospechoso. La reputación del "Dr. Black", un charlatán, era bien conocida a través de poemas

satíricos publicados en panfletos de esa época; pero tal vez no existía, porque nunca apareció.
¿Por qué se hacía eso? ¿Por qué en los primeros días, en Retrogrado, dijo el Sr. Gurdjieff a Ouspensky, que se iba a efectuar una reunión en el salón de una señora muy conocida, sólo para que, llegado el momento y a pesar de que habían estudiado los arreglos juntos, se encontrara con que la reunión se efectuaba en una aula de una escuela pública? ¿Por qué era necesario inventar semejantes cosas para Ouspensky? ¿Por qué fue necesario organizar para mí, recién llegado, la reunión en aquel sospechoso caté de la Nevsky? ¿Por qué, ahora, este "Dr. Black"? ¿Por qué siempre una insinuación de charlatanería con presuntos discípulos precisamente en la primera reunión?
Todo eso se puede explicar solamente por la determinación del Sr. Gurdjieff de hacernos Trabajar, de hacernos recordar nuestro verdadero propósito, el cual, si era serio, no podía ser sacudido por ninguna clase de acción de su parte. Los maestros generalmente se rodean de una atmósfera de gran seriedad e importancia para dar una buena impresión a los recién llegados. Con el Sr. Gurdjieff era exactamente lo opuesto: siempre presentaba todo lo que podía repeler, aún asustar a un postulante. Un recién llegado tenía la oportunidad de conocer al Sr. Gurdjieff y hablar con él, pero de inmediato se le ponía enfrente algún obstáculo que superar. Por otra parte, el Sr. Gurdjieff nunca dejaba que un recién llegado se alejara con las manos vacías, si venía con preguntas verdaderas, y hablaba acerca de algo que fuera de auténtica importancia para él.

Llegó otro domingo en el que el Sr. Ouspensky dio la conferencia. Durante el receso para tomar té, se le acercó al señor Gurdjieff un señor mayor de larga barba. Preguntó sobre los yoguis. Este hombre era del tipo que tiene un interés superficial en las enseñanzas hindúes. El Sr. Gurdjieff pretendió que nunca había oído el nombre de los distintos métodos de Yoga. Entonces ese intelectual empezó, muy engreído, a explicar "Jatha Yoga", y así sucesivamente, pero el Sr. Gurdjieff lo interrumpió rápidamente y dijo: "Bueno, y mi yoga se llama 'Jaida Yoga'. "
Huelga decir cuan asombrado quedó el intelectual al oír hablar de un nuevo yoga. No comprendía nada. El Sr. Gurdjieff, sin embargo, había expresado de esta manera una idea llena de significado.
Pronto se fijó en la casa otro anuncio diciendo que dentro de dos días empezaríamos un nuevo Trabajo, y de un carácter interior especial. El día estaba dividido en horas, y cada hora iba a dedicarse a ejercicios interiores, lo que habíamos esperado por mucho tiempo.
Pero fue tan sólo para recibir una muy profunda y amarga desilusión, otra vez sin duda intencionalmente decidida por el Sr. Gurdjieff.
Él había estado sometiendo a prueba a P. en forma casi insoportable. Al final P. no pudo aguantar más. Se olvidó de sí mismo y contestó al Sr. Gurdjieff con enfado.
El Sr. Gurdjieff se volteó y dejó la casa, y una hora más tarde, se anunció que todo el Trabajo ulterior cesaba para todos ya que uno de los más antiguos discípulos se había manifestado en esa forma hacia su maestro.
Todos experimentamos un profundo sentimiento de culpabilidad.

Sabíamos que ninguna excusa cambiaría la situación. Teníamos que mirar interiormente, preguntarnos si teníamos siempre delante de nosotros el propósito por el cual habíamos venido, y si esta meta ocupaba el primer lugar en nuestra vida. Lo que el Sr. Gurdjieff deseaba producir en nosotros, lo logró cabalmente. Todos sufrimos una crisis emocional muy intensa.

IV

Un día, el Sr. Gurdjieff le dijo a S. que mandara al Soviet de Essentuki, llamado entonces "El Consejo de los Diputados", una solicitud formal de ayuda, para la organización de una expedición científica a la región del Monte Induc en el Cáucaso.
Nuestra expedición tendría ostensiblemente una doble meta: iríamos en busca de oro en un río cerca de la montaña, y también de dólmenes, extrañas construcciones de piedra, que se hallan en toda la extensión de la sierra del Cáucaso. Había razones para creer que en tiempos antiguos dichos dólmenes tenían un significado especial, y explicarlo sería de gran interés científico.
Esa petición fue entregada a las autoridades soviéticas. Les hizo una muy buena impresión. El Soviet de Essentuki la pasó al Soviet superior en Piatigorsk, que tenía la autoridad como para ayudar y patrocinar económicamente a la expedición.
Al mismo tiempo apareció una noticia en los periódicos de Piatigorsk (seguramente obra del Sr. Gurdjieff) describiendo los propósitos de la expedición. Todo el cuento estaba hecho en forma de entrevista, de un reportero con uno de los miembros de la expedición. Se aludía como casualmente a la delicada cuestión de cómo la expedición se proponía ir, a pesar de la guerra civil. Veo al Sr. Gurdjieff como si estuviera delante de mí ahora, dictando esta pregunta y a la vez la respuesta:
"La expedición se propone ir a un desierto lejano, inaccesible a las actividades militares de la guerra civil. Por consiguiente, esta obra científica y los descubrimientos no se pueden obstaculizar." No surgió ninguna duda de nuestra lealtad o integridad política.
Parte del equipo para la expedición empezó pronto a llegar desde Piatigorsk; una carpa amplia, dos grandes tiendas de campaña para oficiales, hachas pequeñas para todos los participantes, y pequeños picos y palas, que el Sr. Gurdjieff repartió en seguida entre todos: hombres y mujeres. Y había algo mus: un gran cinturón negro y rojo de bombero que el señor Gurdjieff llevó puesto el día de la salida.
Aunque el Sr. Ouspensky no tomó parte en nuestra expedición, fue activo en las preparaciones. Dijo al Sr. Gurdjieff que para lavar el oro se necesitaría alcohol, y en cantidad no pequeña. El Sr. Gurdjieff comprendió y dictó de inmediato una solicitud apropiada, que se entregó a S. Debo decir que para asombro mío, llegaron a nuestra casa en Essentuki varios galones de alcohol puro, por aquel entonces casi imposible de conseguir, y algún alcohol desnaturalizado. Rápidamente se puso todo ese alcohol en frasquitos, que fueron distribuidos a cada uno de nosotros. Algunas botellas decían: "Medicinas para el tratamiento del cólera", otras: "Medicina para el tratamiento de la malaria." Las botellas de la primera categoría eran de alcohol puro, y las de la segunda eran de alcohol desnaturalizado, que había sido filtrado a través de pan caliente y cebollas horneadas, con el fin de que se pudiera beber.
Continuaban los preparativos para la expedición. A pesar de que el Sr. Gurdjieff sabía muy bien cómo hacer las cosas rápidamente, sabía

también cómo esperar mucho tiempo, si fuera necesario, el momento más oportuno. En este caso, demostró de nuevo que tenía razón.
Había que conseguir pasaportes apropiados, pases, recomendaciones, y documentos de identificación. Teníamos también que obtener vagones de equipajes en los cuales podríamos viajar con nuestro equipo y nuestros caballos y asnos.
El relato de la manera como conseguimos nuestros pasaportes ilustrará el ingenio del Sr. Gurdjieff para ver y planear de antemano todo lo que necesitaríamos y que normalmente hubiera sido imposible conseguir.
Unas seis semanas antes de que saliéramos de Essentuki, el Sr. Gurdjieff nos asombró y hasta escandalizó a todos, como ya lo dije, al decir a S. que fuera a ver a las autoridades soviéticas y solicitara un empleo en el Gobierno, el cual requería una preparación jurídica. Ya que S. era buen abogado, no sólo fue nombrado para el cargo, sino que pronto fue ascendido y no había transcurrido mucho tiempo, cuando fue nombrado jefe de la oficina que despachaba los pasaportes, y otros documentos por el estilo. Por supuesto, el Sr. Gurdjieff le dijo inmediatamente que expidiera pasaportes soviéticos a todos nosotros, identificándonos como ciudadanos de Essentuki. Suponiendo que nos hubiésemos aventurado en las lejanas regiones de la frontera con sólo nuestros papeles Zaristas, mostrándonos como doctores, ingenieros, oficiales de la guardia y así sucesivamente, considerados por los comunistas como "enemigos del pueblo", hubiéramos sido fusilados en el acto.
Cuando nuestros nuevos pasaportes estuvieron en orden, y todo lo demás listo, el Sr. Gurdjieff dijo a S. que pidiera dos semanas de permiso. Esto le fue concedido fácilmente. Al día siguiente nuestra expedición salió de Essentuki, y él jamás regresó.
Las señoras habían hecho mochilas con el material disponible, pues no estábamos habilitados para llevar sino aquello que podíamos cargar en la espalda. Además de nuestros viejos vestidos de verano para el trabajo, teníamos que llevar vestidos que podríamos ponernos en reuniones sociales. Había que pensar en todo y prever cada eventualidad. Los hombres debían cargar fardos de setenta libras, y las mujeres, fardos de cincuenta libras. Para acostumbrarnos a transportar semejantes cargas, el Sr. Gurdjieff a menudo, por las noches, nos mandaba a dar vueltas en nuestro jardín, con nuestras mochilas en la espalda, llenas con piedras del peso requerido.
Una noche el Sr. Gurdjieff nos enseñó a ubicar la constelación mayor y la Estrella Polar, ya que algunas de las señoras no sabían cómo encontrarlas. Eso, por supuesto, nos sería útil en la expedición.
Otra noche, nos enseñó, según su expresión, "a caminar conscientemente". Nos dijo que en las montañas, en las noches muy oscuras, podíamos, en cualquier punto, tropezar y caer a un precipicio o topar con cualquier otro peligro. Para caminar en esa forma, uno pone el peso sobre digamos la pierna izquierda, liberando la derecha, para tocar y sentir el suelo adelante de uno. Sintiendo el suelo firme, se pone entonces el peso sobre el pie derecho, sintiendo delante de uno con el izquierdo, y así sucesivamente. Tuvimos que practicar esto, y ¡cuan provechoso demostró ser en las montañas!
La culminación, no de la preparación material, sino de la preparación

moral para esa expedición, fue la charla del señor Gurdjieff. Para cuantos tomáramos parte en ella, las reglas eran draconianas: dejábamos de ser esposos o esposas, hermanos o hermanas y teníamos que aceptar, para la duración de la expedición, la obediencia incondicional al jefe, el Sr. Gurdjieff. Ya que la expedición implicaba peligros mortales, debíamos cumplir cada orden con exactitud; la desobediencia podría ser castigada hasta con la muerte; y diciendo esto, el Sr. Gurdjieff puso un gran revólver sobre la mesa.
Como yo había hecho ya una expedición menor con el señor Gurdjieff el año anterior, comprendí que todos estos reglamentos drásticos eran sólo para ayudarnos a visualizar los obstáculos que encontraríamos. Yo sabía que él nos llevaría sanos y salvos por las montañas, que nadie resultaría gravemente lastimado, que la obediencia requerida sería la misma que en Essentuki.
Con respecto a lodo esto, yo no sentía vacilación alguna. Pero había una dificultad seria. Todo lo que había sucedido desde el principio de la guerra: mi larga enfermedad, había agotado a mi esposa. Estaba preocupado por ella. Ella me rogó que yo pidiera al Sr. Gurdjieff que nos dejara irnos solos por una o dos semanas a descansar y recobrar fuerzas para la expedición. Fui a hablarle; recuerdo que era en la calle. Le dije: "Sr. Gurdjieff, yo sé que todo lo que Ud. hace y todo lo que Ud. exige de nosotros está hecho para nosotros, para nuestro desarrollo, pero mi esposa en este momento se encuentra tan cansada..." y le dije de su deseo de recuperar sus fuerzas. El Sr. Gurdjieff no se enfadó, pero con gran gentileza me miró y dijo: "Ud. acaba de decirme que comprende que todo lo que yo pido de ustedes es para su bien. Pues bien, entonces, ¿por qué me pide Ud. esto?" Era obvio que mi esposa tendría que hacer otro super-esfuerzo y que el tiempo para el descanso no había llegado todavía. Y ella demostró tener suficiente energía.
El Sr. Gurdjieff no estaba entrenando solamente a los humanos. Un día lo vi en la calle llevando a nuestro caballo bayo, con una larga cuerda, a pasear; con la otra extremidad de dicha cuerda le golpeaba el vientre cada vez que el caballo se encabritaba. Comprendimos la razón de este comportamiento más tarde, cuando unos soldados vinieron a requisar nuestros caballos para el Ejército Rojo. Tranquilamente sentado sobre un banco del jardín, el Sr. Gurdjieff observaba todo sin decir nada; sin embargo, nuestras vidas dependían de nuestros caballos. Mi esposa estaba horrorizada viendo que él dejaba irse los caballos sin intervenir.
Dos horas más tarde los soldados los devolvieron: ¡Son demasiado peligrosos! El bayo había aprendido muy bien su lección. Apenas trataba un soldado de acercársele y tomarlo por las riendas, se encabritaba llevándose al soldado. El otro caballo mordió el vientre de un soldado. Así que los dos caballos, impropios para el servicio, fueron devueltos.
Nunca olvidaré la víspera de nuestra salida. Tal vez debería explicar aquí que nuestra permanencia con el Sr. Gurdjieff nunca había sido asociada en nuestros pensamientos o sentimientos con la idea de que todo el pasado estaba perdido, o con la idea de que por medio del Sr. Gurdjieff podríamos escapar de los Bolcheviques. El hecho de que los Bolcheviques se mantuvieran realmente en el poder en Rusia, nunca pasó por la mente de nadie. Mi esposa y yo teníamos amigos muy importantes e influyentes,

tal como nuestro ex primer ministro, el conde Kokovtzeff y varios otros, que deseaban que nosotros nos marcháramos con ellos cómodamente.
Deseábamos quedarnos con el Sr. Gurdjieff. Pero cuando llegó el momento de aceptar plenamente sus condiciones, se debía pesar con sumo cuidado su advertencia a los que deseaban tomar parte en la expedición. «Mi esposa sintió que no sería capaz de aceptarlas y decidió que sería más honrado renunciar a la expedición, dándome plena libertad de seguir al Sr. Gurdjieff. Discutimos el problema toda una noche y el resultado fue que dijo al Sr. Gurdjieff que ella aceptaría todas sus condiciones.
Cuando empezó el ajetreo de nuestra preparación final, las cosas que debíamos dejar atrás se empacaron en grandes baúles. Algunas de nuestras pertenencias habían sido ya robadas durante el viaje desde Petrogrado, sin embargo la mayoría estaba en baúles repletos de trajes y ropa blanca. Se decidió ponerlos en el sótano y esconderlos detrás del montón de leña. El Sr. Gurdjieff se echó uno de estos pesados baúles a la espalda y lo transportó abajo como si tal cosa.
La última mañana, nos pusimos nuestros vestidos de expedición: las señoras con faldas y blusas sencillas, los hombres con camisas Rusas de lino parecidas a túnicas. Colgando de nuestros cinturones, teníamos bolsas con las dos botellas de "medicina", hachas y palitas. El Sr. Gurdjieff también llevaba puesta una túnica de lino, con su cinturón de bombero. Llevamos todo nuestro equipaje, las carretas y caballos a la estación de ferrocarril, donde se nos asignaron dos furgones.
Faltaba todavía una hora para la salida, y el Sr. Gurdjieff consintió en que paseáramos por el parque. Era la hora de música y había mucha gente. Tuve un encuentro muy doloroso con el general Búlgaro Ratko-Dimitrieff. Durante el invierno yo había conocido a ese héroe de la guerra Bulgo-Turca. Y ahora, viéndome vestido de viajero, se interesó y me preguntó adonde iba. Le dije que me había juntado a una expedición científica. "Si yo fuera más joven", dijo él "le pediría que me llevara". Tres semanas después, cuando empezó el reino del terror en Essentuki, Ratko-Dimitrieff, el general Ruski, y muchos oficiales de la guardia fueron detenidos y llevados a una montaña cercana donde ellos mismos tuvieron que cavar una zanja al lado de la cual fueron fusilados, y luego arrojados dentro y cubiertos con tierra, medio muertos. Yo era un oficial de la guardia y si nos hubiéramos quedado en Essentuki seguramente hubiera compartido el destino de ellos.
Nuestro tren de carga era lento. Al día siguiente solamente alcanzamos Armavir, donde debíamos pasar a otra línea. Una tía mía —hermana de mi madre— vivía en Armavir, y yo deseaba verla. La ciudad estaba en poder de los Bolcheviques. No el vagón no sería desplazado antes de la mañana siguiente, de manera que el Sr. Gurdjieff permitió a mi esposa y a mí ir a verla. La ciudad estaba en poder de los bolcheviques. No había medios de transporte, así que tuvimos que caminar, y como los soldados bolcheviques estaban patrullando las calles, tratamos de no llamar la atención. Ensuciamos nuestras uñas, volteamos nuestros abrigos al revés, mi esposa se puso un chal en la cabeza, y yo me puse una gorra de obrero. Teníamos los bolsillos llenos de semillas de girasol que escupíamos frecuentemente al estilo de los obreros. De esta manera,

pudimos ir sanos y salvos a ver a mi tía, y luego regresamos a la estación. Pero ahí nos sentimos horrorizados al descubrir que nuestros vagones habían desaparecido, y teníamos miedo de hacer demasiadas preguntas. Por fin se nos dijo que los habían puesto sobre otra línea pero nadie sabía donde. ¡Qué terrible! Estábamos perdidos. . . Pero, al cabo de unos minutos, que nos parecieron horas, vimos a S. que nos buscaba. Había recibido permiso para conseguir dos sacos de azúcar en una tienda cercana. Nuestro alivio era tal que nos pareció una insignificancia ir con él a la tienda y cargar los sacos más de dos millas hasta los vagones, donde llegamos ya entrada la noche.
En seguida, a la luz de una vela, el Sr. Gurdjieff repartió todo ese azúcar de terrón, y cada uno de nosotros recibió cincuenta terrones. En tales expediciones, el azúcar es de mucho valor.
Al día siguiente, cuando llegamos a la estación de Maikop, el Sr. Gurdjieff mandó al Dr. S. a la oficina Soviética local con nuestros papeles, pidiendo permiso para continuar nuestro viaje. Se quedó largo rato, pero finalmente regresó trayendo la noticia de que Maikop estaba rodeada por Cosacos y tropas del Ejército Rojo que combatían, y que era imposible seguir adelante. El Soviet proponía que nos quedáramos mientras tanto en una granja abandonada que quedaba a dos millas de Maikop. Por cierto nada mejor se podía esperar.
Sacamos nuestro equipaje del tren, y nos indicaron el camino de la granja. Era un lugar hermoso, abandonado por su propietario desde hacía mucho tiempo, pero la casa y las demás dependencias estaban en buen estado. Había establos vacíos, cobertizos y graneros llenos de heno sobre el cual se podía dormir. La tinca estaba situada a la orilla de un bosque, atravesado por un pequeño sendero que conducía al hermoso Río Blanco. Había inclusive en el río un sitio equipado con un trampolín donde nos podíamos bañar.
A lo lejos se oían disparos, y a veces las balas silbaban por encima de nuestras cabezas, alcanzando la montaña del otro lado del río y haciendo caer las piedras al agua. Pero no hacíamos caso. Era como un oasis en medio de tan terribles acontecimientos.
En Essentuki, el Sr. Gurdjieff había dicho que en el océano, aún durante grandes tempestades, hay zonas tranquilas donde no hay turbulencia alguna. Lo mismo sucede durante las revoluciones. Hay sitios donde la gente puede vivir muy tranquilamente, y la turbulencia no los afecta. En esos años de desórdenes, el Sr. Gurdjieff nos llevó de un sitio tranquilo a otro. No nos dábamos cuenta de ello pero así era, y sólo más tarde pudimos apreciar lo acertado de sus decisiones. Mientras tanto, antes de proseguir en nuestros verdaderos "combates" —nuestras luchas interiores— tuvimos una vida fácil en un sitio muy bello, durante unas tres semanas.
Esa parte del Cáucaso del Norte era la tierra más fértil de Rusia. El clima era maravilloso, los veranos calientes y muy secos; la población era rica, y en los mercados se podían conseguir todas las cosas que uno deseaba.
Desde el primer día, el Sr. Gurdjieff separó nuestra compañía en pequeños grupos de cinco o seis personas. En cada grupo una sola persona debía comprar y preparar la comida. En nuestro grupo, le correspondía esta tarea a mi esposa. La comida se cocinaba al aire libre

en ollas colgadas de trípodes encima de fogatas.
Poco después, el Sr. Gurdjieff me dijo que tomara mis comidas con él, así que mi esposa no tendría que cocinar sino para si misma y dos hombres. Luego, a uno de ellos se le dijo de comer con el Sr. Gurdjieff; al hombre que quedaba, ella no lo quería mucho. Unos días más tarde, este hombre también fue pasado a otro grupo, y mi esposa cocinó para sí misma. Era duro estar sola en las comidas, porque todo el día estábamos trabajando en la finca, y era únicamente a la hora de las comidas cuando estábamos juntos.
Cada noche, el Sr. Gurdjieff designaba a dos de nosotros como guardias nocturnos. Después de un día de trabajo pesado era muy difícil no cerrar los ojos hasta la mañana siguiente, cuando el Sr. Gurdjieff se despertaba, a pesar de que se levantaba muy temprano. Lo que ayudaba durante esas guardias era un pedacito de azúcar. ¡Cómo aprendimos a economizarlo! Al mismo tiempo, llegamos a apreciar la belleza de las noches del Sur de Rusia. El cielo era nuestro reloj. La aparición de las constelaciones nos enseñaba que la medianoche había pasado; luego que eran las dos, y luego que el sol saldría pronto. Preparábamos la fogata para los que iban a despertarse pronto, y luego íbamos a dormir en uno de los graneros vacíos, hasta las doce del día.
Cuando no habíamos hecho guardia durante la noche, empezábamos la mañana almohazando a los caballos bajo la supervisión de una de las señoras designada por el Sr. Gurdjieff. Ella misma no tocaba los caballos, pero era responsable de su perfecto cuidado. De manera que mientras estregábamos con toda nuestra fuerza, dicha señora aparecía y decía: "Aquí Ud. no estregó suficientemente" o "Un esfuerzo más por allí". Esto fue ideado para irritarnos, pero no dejábamos ver nuestro enojo. Además, la vida en ese momento era tan maravillosa, que era imposible enfadarse.
Encontramos varias personas interesantes, entre ellas a un Finlandés, quien era un monje Budista, tratando de regresar a Finlandia desde la India. Era el jefe de alguna secta, y vivía en una quinta cercana con sus discípulos. Era un hombre alto, de mediana edad, con una barba larga, vestido con una camisa que le bajaba hasta los tobillos, ceñida con un cinturón. Cuando lo fuimos a visitar, nos acogió muy cordialmente. Estaba ocupado en picar tomates y otros vegetales en pedacitos, y meterlos en un tonel para salarlos. Esta gente era vegetariana.
Había otro forastero muy extraño. Iba descalzo, llevaba puesta una capa raída y pantalones de lino rotos que le llegaban solamente hasta las rodillas, dejando ver piernas muy elegantes. Era alto, con pelo rizado en torno a su cara, y tenía una barba bastante larga. Nos habló de sí mismo, con mucha sinceridad. Había sido oficial de la guardia, lo que significaba que era un aristócrata, pero había escogido ser una persona errante y no sentía deseos de volver a su vida anterior. Sentimos en él un hombre absolutamente honrado y bueno, de manera que lo invitamos a acompañarnos; se quedó con nosotros hasta que llegamos a Sotchi. Después él siguió su camino solo. Quien era él, no lo sabíamos, pero a pesar de sus harapos, era una figura impresionante.
Tuvimos una sola experiencia desagradable. Un soldado se acercó cabalgando, con la charretera de un oficial colgando de su silla. No sabíamos si quería aparentar ser un revolucionario ardiente, o si

realmente acababa de matar a un oficial. Nos preguntó quiénes éramos, por qué estábamos ahí, y así sucesivamente, pero debió haber quedado satisfecho con nuestras respuestas, pues se alejó galopando y no nos molestó más.
Por fin pudimos proseguir nuestro viaje, ya que Maikop había caído y estaba ocupada por las Fuerzas Blancas. El monje Budista nos dijo, con gran dolencia, que había entrado a Maikop para enterarse de cómo andaban las cosas, y al entrar a la ciudad, había visto una horca con cuerpos que colgaban de ella. Con acento finlandés, y expresando todo el horror de sus impresiones, y la protesta de su ser entero contra la crueldad de la humanidad, decía: "Vea, están colgados ahí, colgados. . ."
Cuando los bolcheviques se dieron cuenta de que el Ejército Blanco se acercaba, empezaron a reclutar cada hombre de la vecindad para sus filas. A fin de evitar que nuestros hombres fueran alistados, el Sr. Gurdjieff los mandó bajar a la orilla del río donde manteníamos nuestros caballos escondidos todo el tiempo. Allí, pagábamos el día entero, ocultados por las altas hierbas, y las mujeres nos llevaban comida.
Cuando el Ejército Blanco tomó a Maikop, yo entré a la ciudad. Afortunadamente no vi la horca, pero sí vi una carreta de dos ruedas cubierta con una lona, debajo de la cual uno podía distinguir un montón de carne y huesos, los cuerpos mutilados de personas matadas en la batalla. En la ciudad, cerca de una casa de dos pisos, en una gran plaza, unos cincuenta rusos blancos, quienes habían estado escondidos se habían reunido. Por curiosidad, entré a la casa, donde había bastante gente. Pronto un oficial, llevando puesto un sombrero de cosaco, pasó cerca; era probablemente el comandante del regimiento que había tomado la ciudad. En seguida fue rodeado por gente que hacía preguntas acerca de la situación y que recibía órdenes.
Salí, y sólo entonces comprendí que me había expuesto a un riesgo considerable. Llevaba puesta una camisa corriente con cinturón, y me hubieran tomado fácilmente por un Bolchevique. No llevaba papeles conmigo, pero ni ellos hubieran podido ayudar mucho en un momento tan tenso. A Dios gracias, nada sucedió, y me apresuré a regresar a nuestra finca, observando en el camino algunas otras señales de que estábamos liberados del Ejército Rojo.
A mi regreso, supe que el Sr. Gurdjieff, como de costumbre, había mandado al doctor a conseguir un pase Ruso Blanco para nosotros. Le había costado trabajo. Las autoridades no habían aceptado nuestros pasaportes, pero por suerte, un almirante, quien era un antiguo conocido de Petersburgo del doctor, apareció en el lugar y lo arregló todo inmediatamente.
Al día siguiente, el almirante vino para tomar té a la finca. El Sr. Gurdjieff le recibió calurosamente, agasajándole con bizcochos de chocolate hechos en la casa. Algunas señoras de mediana edad, miembros de la sociedad teosófica local, que habían oído el almirante hablar del Sr. Gurdjieff, vinieron también a tomar té. De manera que P. fue mandado a darles una conferencia. Y hasta hoy puedo verlos debajo del gran roble viejo, P. rodeado por esas damas filosóficas, quienes le escuchaban con intensa atención. Extraordinaria era esa reunión, en el medio de la guerra civil.

Dos noches después, durante la cena, el Sr. Gurdjieff nos dijo que a la mañana siguiente, muy temprano, saldríamos de la finca. Luego, fue con nosotros -a un aserradero a fin de conseguir algunos postes para nuestras tiendas de campo. En el momento en que yo estaba recibiendo de él uno de dichos postes, éste se deslizó y vino a parar con todo su peso en el dedo gordo de mi pie; más tarde me di cuenta de que la uña había sido partida en dos.
A la mañana siguiente, empaquetamos y nos marchamos justo a tiempo. Al día siguiente, Maikop fue tomado de nuevo por los bolcheviques, pero habíamos salido ilesos de esa área de revolución.
La carretera era muy ancha, y serpenteaba a través de campos de trigo cosechado. En un cierto sitio tuvimos que atravesar dos líneas de trincheras poco profundas, evidencias de la guerra civil. Luego, tuvimos que vadear el Río Blanco, con el agua hasta la cintura. Las piedras, en el lecho del río, detenían nuestras carretas, y al empujar para desprenderlas, perdí mi preciosa hacha. Pronto llegamos a un pueblo grande y próspero, y cuando el Dr. S. se acercó a los oficiales con nuestros documentos, nos dejaron pasar sin dificultad. Sin embargo, varias millas más adelante, al pararnos para descansar un poco, vimos a lo lejos varios cosacos galopando en nuestra dirección, con los rifles listos para disparar. En aquel tiempo, tal espectáculo era muy inquietante, porque uno no sabía nunca con quién tendría que tratar: cosacos verdaderos o Bolcheviques. De antemano habíamos convenido que cada vez que tuviéramos que enseñar nuestros documentos, miraríamos primero al Sr. Gurdjieff, y según el lado de su bigote que retorciera, el izquierdo o el derecho, sabríamos cuáles papeles enseñar. Teníamos nuestros viejos papeles Zaristas, y también aquellos, especialmente conseguidos, de los Bolcheviques. De manera que en esa oportunidad, continuamos haciendo lo que fuera que estuviéramos haciendo, y los cosacos fueron recibidos por el doctor, quien los llevó al Sr. Gurdjieff. Muy pronto, por el gesto del Sr. Gurdjieff, nos dimos cuenta de que no eran Bolcheviques, de manera que sacamos nuestros papeles del Ejército Blanco, y los cosacos se alejaron, excusándose por habernos molestado.
En la tarde, llegamos a otro pueblo grande, donde se nos permitió pasar la noche en una escuela vacía. Estábamos muy cansados. La uña partida del dedo empezaba a dolerme mucho. Hubiera sido tan agradable acostarse y descansar pero en lugar de eso, tuvimos que cargar cubos de agua para nosotros, y para los caballos. Recuerdo cómo los cubos llenos casi sacaron mis brazos de sus articulaciones. En tales momentos de esfuerzo super-humano, uno debe reprimir la rebelión interna, resultante de la fatiga física. Lo que me ayudaba, era mirarme a mí mismo como si fuera desde el exterior, y reírme. Esta risa me ayudaba a colocar en una mejor perspectiva la magnitud del esfuerzo requerido, que al mismo tiempo, parecía ser tan enorme.
Si en semejantes momentos, alguien le dice a uno que no sea flojo, que no tema hacer un esfuerzo, uno puede ponerse bravísimo. Ofende al amor propio de uno y provoca un reproche, uno siente que nadie comprende su cansancio. Es importante entonces recordar las cualidades de su "Yo" verdadero: cualidades de amor y perdón. El "Yo" verdadero no puede enfadarse.

Al día siguiente, apenas salió el sol, nos preparamos para partir. Una vez más se hizo todo el equipaje, se engancharon los caballos, y emprendimos la marcha. Todo el mundo, salvo el cochero, iba a pie. En un principio, nuestro camino no era difícil y la campiña era muy bella en esos lindos días de fin de verano. La carretera daba vueltas alrededor de suaves colinas cubiertas con extensiones de hermosos robles y de campos abiertos. En el bosque, había peras silvestres muy dulces que empezaban a amarillear.

Pero la parte fácil del viaje terminó pronto. Una noche llegamos a un pueblo llamado Hamishki y nos quedamos con un hacendado rico. Cuando estuvimos todos instalados —los hombres en una habitación y las señoras en otra— el señor Gurdjieff nos dijo que proseguiríamos nuestro camino temprano a la mañana siguiente, pero que como sólo habría en lugar de camino un pequeño sendero tendríamos que dejar ahí las carretas, colocar todo nuestro equipaje sobre los caballos y burros, y cargar nosotros mismos con nuestros efectos personales. Hasta ahora los morrales se habían transportado en las carretas. Sin embargo, puesto que nuestros cuatro animales no podían cargar todas nuestras tiendas, pequeñas alfombras y sacos de comida, el Sr. Gurdjieff decidió llevar sólo a algunos de nosotros y parte del equipaje, y regresar al día siguiente con los caballos para recoger a la gente y demás cosas. Dijo que por esta vez, llevaría cinco hombres y dos mujeres; que él mismo escogería a los hombres; pero que las mujeres podían decidir cuáles deseaban ir o esperar. En seguida mi esposa se vio en un aprieto: irse o quedarse, ya que ella no sabía si el señor Gurdjieff me escogería. La única cosa que ella sabía, era que la esposa del Sr. Gurdjieff se quedaría hasta el día siguiente, y esto significaba que, en todo caso, el Sr. Gurdjieff regresaría. Si yo me tuviera que ir, tendría que quedarme en las montañas hasta que el Sr. Gurdjieff regresara, y ella podría quedarse conmigo. Y si el Sr. Gurdjieff me llevaba cuando volviera a buscar al resto de nuestra gente, ella no temería por mi seguridad, ya que el estar con él era estar fuera de peligro. Así que decidió solicitar ir. Yo estaba entre los cinco hombres.

Nos pusimos en marcha tan pronto salió el sol. La carretera subía serpenteando todo el tiempo. Nuestros morrales eran muy pesados, los caballos andaban rápidamente, y tuvimos que apurarnos para ir a su mismo paso. Alrededor del mediodía, el sol se hizo mucho más caliente, con poca sombra. Mi es-liosa estaba bastante agotada, y, a un momento dado, cuando el Sr. Gurdjieff y los caballos desaparecieron delante de nosotros, se sentó debajo de un árbol y me dijo que no podía seguir, que yo tenia que continuar y que ella se quedaría allí. Por cierto que mi intención no era dejarla, pero no tuve tiempo ni siquiera para pensar, cuando llamó el Sr. Gurdjieff, preguntando por dónde había desaparecido ella. El gritó: "Venga rápido, vamos a parar aquí." Mi esposa se levantó y vimos que el Sr. Gurdjieff se había detenido cerca de un cabaña abandonada, no lejos de una pendiente cubierta de árboles, donde se oía el murmullo de un arroyo. Nos ordenó que descargáramos los caballos, y que les diéramos de comer y beber. Nosotros también comimos, luego dormimos dos horas, y cuando el sol empezó a bajar, el Sr. Gurdjieff, dos hombres y yo, regresamos a caballo hasta el pueblo. Les dijo a los que se quedaban en la montaña, que mantuvieran una fogata durante toda la

noche para espantar a los animales salvajes, y que organizaran turnos para hacer guardia. "Ahora estoy tranquilo", dijo, "ya no tenemos que tratar con hombres, sino tan sólo con animales salvajes". Prometió regresar al día siguiente, más o menos a la misma hora. Mi esposa se sentía satisfecha porque yo estaba con el Sr. Gurdjieff. Ni aún pensó en sí misma.

Más tarde me contó que ella estuvo de guardia a las cuatro de la madrugada. Aún era oscuro cuando se oyeron disparos, aparentemente muy cercanos, en el bosque vecino al pueblo. De inmediato, ella sofocó el fuego con tierra, ayudada por los demás, quienes se habían despertado con los disparos. Luego todos entraron a la cabaña, esperando en la más completa oscuridad lo que iba a suceder. No se repitieron los disparos y pronto amaneció. Volvieron a prender la fogata, prepararon té y nos esperaron. Se acercaba el mediodía, pero no llegábamos. Las horas pasaban, y aún no había señal de nosotros. Cuando apareció una silueta en el horizonte, mi esposa bajó el sendero corriendo, pero sólo era un monje errante, quien le dijo que no había encontrado a ninguna caravana en el camino. Pero, agregó que había oído que antes del amanecer algunos jinetes desconocidos se habían aproximado al pueblo y que los aldeanos, temiendo que fuesen Bolcheviques, les habían disparado. Uno de los jinetes había sido herido, pero fue atendido por los demás, y todos habían desaparecido. Al oír esa noticia, se puede imaginar cuan angustiados se sintieron mi esposa y los demás. ¿Eran de los nuestros los jinetes que los aldeanos habían tomado por Bolcheviques en la noche? Su angustia aumentaba cada minuto. No sabían verdaderamente qué hacer, porque el camino no era más que una huella y fácilmente podían extraviarse si intentaban regresar al pueblo. Además, era muy peligroso para una persona el ir sola a enterarse de lo que había sucedido.

Al fin, a eso de las seis de la tarde, nosotros llegamos con el Sr. Gurdjieff. Se preparó la comida. Bajamos a lavarnos en el río, sin pensar que podría haber serpientes o escorpiones en la hierba y en la tupida maleza. Dormimos a pierna suelta toda la noche.

A la mañana siguiente, continuamos nuestro camino, que se tornó cada vez más y más difícil. Caminamos por un sendero estrecho a través de una selva virgen. La jornada de cada día no era larga en millas, pero tuvimos que vencer toda clase de obstáculos imprevistos. El sendero atravesaba una alta meseta y no esperábamos que hubiera tantos sitios pantanosos, algunos de ellos intransitables. Grandes troncos de árboles habían sido colocados a través de dichos pantanos, y teníamos que caminar sobre ellos. Cada vez que llegábamos a tales lugares, descargábamos todo el equipaje de los caballos, y nosotros mismos lo llevábamos al otro lado. Al principio, cuando tratamos de conducir los caballos, se negaron rotundamente a cruzar sobre los troncos. El Sr. Gurdjieff nos dijo que los dejáramos encontrar su propio camino. Entonces, nuestra burrita Mashka saltó encima del tronco, y los demás la siguieron. En uno de los pantanos, no había troncos, y los caballos se hundieron en el fango hasta la panza. Naturalmente se asustaban y no querían quedarse quietos, y resultó muy difícil quitarles su carga, para que pudieran salir por sí mismos.

Generalmente comíamos al atardecer cuando nos deteníamos por la

noche. Se preparaba una fogata y se colgaba una olla de un trípode. Las señoras hacían sopa con papas y cebollas o algún cereal. Cuando nos detuvimos en Hamishki, compramos dos grandes sacos, uno de papas y el otro de manzanas. En la mañana, poníamos manzanas y papas en las cenizas calientes del fuego de la noche. Nuestro apetito era enorme, y los sacos empezaron a vaciarse muy rápidamente. Así que cuando alcanzamos la cima de las montañas, nuestras provisiones casi se habían acabado.

Finalmente, nos encontramos fuera del bosque y en una gran llanura; al cabo de un rato, el sendero nos llevó a una bajada muy empinada. Estaba sembrada de rocas de dos o tres pies, y para bajar, tuvimos que gatear de una roca a otra. La pendiente estaba cubierta de densa hierba que crecía a la altura del pecho, lo que hacía nuestro camino más difícil.

Antes de emprender esta ardua bajada, el Sr. Gurdjieff decidió darnos todo un día de descanso. Habló con su esposa, y de inmediato, apareció harina y levadura. La Sra. Ostrovsky hizo masa para pan, y, al día siguiente, cuando hubo levantado la masa, el Sr. Gurdjieff construyó un pequeño horno de piedras, sobre el cual puso una paila y empezó a hornear el chato pan Oriental llamado "lavach". Aquí estábamos en un yermo absoluto, con tan sólo piedras como horno, y sin embargo, el Sr. Gurdjieff hizo un pan maravilloso. Todos nos sentamos alrededor de este horno, como niños esperando con paciencia que el pan estuviera listo y calentándonos en su calor, ya que el tiempo se volvía frío y húmedo. En la tarde empezó a llover, pero el suelo permaneció seco debajo de las tiendas, ya que habíamos hecho pequeñas trincheras a su alrededor.

Cuando salió el sol, comenzó a hacer calor. El Sr. Gurdjieff decidió proseguir. Teníamos que aprovechar el buen tiempo para bajar de esta meseta pantanosa. Nosotros mismos teníamos que cargar buena cantidad de equipaje, y dejar que los caballos y los burros bajaran sin carga. Era muy fatigoso.

Después de la bajada empinada, una inmensa pradera verde se extendía hacia el Sur hasta donde la vista abarcaba. No se veía ninguna montaña, pero más tarde, al atravesar la pradera, apareció una nueva cadena de montañas. Era un espectáculo inolvidable. De oeste a este, el Cáucaso del Norte se encuentra atravesado por una sierra muy alta, dominada por el pico Elbruz.

Las sillas de nuestros caballos y burros tenían ganchos a cada lado, para colgar cestas y bultos; el resto de nuestras pertenencias estaba amontonado encima. Cada mañana, después del alto de la noche, todas estas cosas eran hábilmente empaquetadas por el mismo Sr. Gurdjieff. Nunca se rompió nada. Recuerdo que inclusive una pequeña lámpara de vidrio salió intacta. Nos tocaba a J. y a mí amarrar en su sitio toda la carga, y como él tenía experiencia en este trabajo y yo ninguna, J. me enseñó cómo hacerlo bien. Descubrí que el cargar los animales era toda una "filosofía" de por sí, ya que los burros son muy astutos. El "profesor" en este caso era nuestra burra Mashka, y los demás seguían su ejemplo. Solían tragar tanto aire como les era posible, precisamente antes de que el equipaje les fuese atado encima, pero apenas sujetado el empaque, expulsaban el aire, contraían sus panzas, y los paquetes caían al suelo. El Sr. Gurdjieff me dijo que les diera patadas en la panza antes de atar la

cuerda, de manera que no pudieran hincharse, pero aún así uno de ellos se volcaba en el suelo patas arriba y teníamos que volver a cargarlo todo. Había que vigilarlos con mucho cuidado, especialmente la burrita Mashka.
Un día caliente y asoleado empezamos la travesía de una pradera, llamada "Luganaky". Teníamos la impresión de que atravesábamos un campo llano cubierto de hierba muy alta, pero no era así en absoluto, porque por veinte millas la pradera seguía subiendo imperceptiblemente. Era muy fatigante, y pronto estuvimos acosados por la sed. El Dr. S. tenía una cantimplora de agua con una tapita de metal, y nos dio a todos un sorbo, pero eso no ayudó mucho. Afortunadamente, más o menos dos millas más allá, llegamos a un manantial de maravillosa agua de montaña, donde pudimos beber tanto cuanto quisimos. El Sr. Gurdjieff hizo un alto y descansamos un momento. Aquella noche llegamos finalmente a la orilla de la pradera; las montañas parecían muy cercanas. Desde esa pradera, bajamos de nuevo a un pequeño valle donde encontramos un campo grande con unos cobertizos que pertenecían a unos Armenios, quienes pastoreaban sus rebaños allí durante el verano. Ya era de noche, así que el Sr. Gurdjieff decidió detenerse. Ante todo era preciso encontrar agua para los animales y para nosotros. J. y yo tomamos cada uno dos baldes y nos guiamos por el sonido de un riachuelo. El camino para llegar allí seguía un sendero empinado. La luna no había salido todavía así que apenas podíamos ver el precipicio a cada lado del sendero.
La lección que el Sr. Gurdjieff nos había dado sobre el "caminar consciente", en esta ocasión nos fue sumamente útil. Seguíamos con gran seguridad este sendero hasta llegar al arroyo, y después de llenar nuestros baldes, regresamos como vinimos.
Aquella noche tuvimos muy poco de comer porque sólo quedaban papas para un día más, algunas cebollas, un poco de harina, pero nada de pan. Después de comer una pequeña ración de sopa, nos acostamos. Dormimos en uno de los pequeños cobertizos junto con los caballos. Mi esposa dijo que se encontraba tan cerca del hocico del gran alazán que sintió durante toda la noche el aliento del caballo en su mejilla.
Al salir el sol, el Sr. Gurdjieff, J., P. y yo, salimos a caballo para buscar a los que habíamos dejado atrás el día anterior. Era un hermoso día. Viajamos rápidamente y pronto alcanzamos a Z. y a la señorita B. Ellos habían descansado y se habían alimentado con bayas que habían encontrado en el bosque, Cuando estábamos cargando los caballos de nuevo, se acercaron tres campesinos. Fueron muy amigables y nos ofrecieron espontáneamente la mitad de su pan redondo. En esta época el dinero no compraba nada, así que nos dieron el pan sólo porque parecían comprender cuánto lo necesitábamos. J. dividió ese medio pan en seis pedacitos, y a pesar de estar muy hambrientos, lo comimos lentamente. Después de tan fuerte actividad y tantos días sin una comida normal, su sabor era indescriptiblemente delicioso. Más tarde, en Tiflis, el Sr. Gurdjieff dijo que este viaje había valido la pena aunque sólo fuese por experimentar el verdadero sabor del pan. Ordinariamente en la vida, nuestras impresiones gustativas están seriamente embotadas.
Mientras estaba comiendo el pan, se me ocurrió guardar un pedacito para mi esposa, pero entonces me di cuenta de que yo tenía que hacer todo el

camino de regreso, así que me lo comí todo. A nuestro regreso ya era de noche. Fui al pequeño cobertizo donde habíamos dormido la noche anterior. Mi esposa me dijo que no tuvieron ninguna comida ese día porque los jóvenes habían encontrado unos hongos y los echaron en la sopa que hicieron con las provisiones sobrantes, pero había resultado demasiada amarga para comerla. Cuan justo hubiera sido haberle traído un pedacito de pan.

Al día siguiente, caminamos sólo hasta las doce, acercándonos a un ancho valle, donde topamos con un gran rebaño de vacas, cabras y ovejas. Pertenecían a unos pastores Circasianos, quienes los traían ahí para el pasto veraniego. Nos demostraron una gran hospitalidad, en forma patriarcal, según su costumbre. Cada uno de nosotros recibió un gran tazón de yogurt y un bollo muy seco de maíz espeso que para ellos reemplazaba el pan. Esta comida era servida por el anfitrión, padre anciano de los jóvenes. El Sr. Gurdjieff habló con ellos en forma amistosa y les mostró su rifle parecido a una ametralladora; les interesó mucho.

Después de un breve reposo, cargamos los caballos y el Sr. Gurdjieff y nuestra gente, con la excepción de mi esposa y yo, prosiguieron; nos correspondía quedarnos atrás con parte del equipaje. Un muchacho de catorce años se quedó con nosotros. El Sr. Gurdjieff dijo que vendría a buscarnos a la mañana siguiente. Se fue contento, ya que los montañeses Circasianos tienen leyes patriarcales, y nunca ofenderían o molestarían a un viajero que se detuviera con ellos. Pasamos el resto del día recogiendo leña para la fogata de la noche, árboles caídos que teníamos que transportar desde el otro lado del río, que no era profundo, pero lleno de piedras y muy rápido. Atamos una cuerda a los troncos y pudimos sacarlos, sin mayor dificultad, hasta nuestro lado del río.

Apareció un monje, y le dimos café con bellotas que habíamos traído de Maikop. Nos dijo que en el camino que debíamos de seguir, habían robado a unos viajeros y habían matado a dos monjes. No nos sentimos alarmados, porque estábamos convencidos de que nada nos podía pasar, ya que estábamos con el Sr. Gurdjieff. El monje también dijo que más adelante en el bosque, vivían en una gruta unos monjes, quienes habían sido echados de su monasterio por los Bolcheviques, y que poco a poco habían reunido allí todo el material litúrgico de la iglesia y las demás cosas que habían podido salvar. Sentimos que él y sus cofrades estaban también buscando a su manera.

Al día siguiente, el Sr. Gurdjieff no vino a buscarnos, así que empezamos de nuevo a recoger leña, en caso de que tuviéramos que pasar otra noche solos. Durante el día, los pastores vinieron a visitarnos y querían comprar algo de nuestra vestimenta y el gran fusil, pero por supuesto el Sr. Gurdjieff se lo había llevado. Sólo pudimos ofrecerles café y bizcochos. Volvieron a invitarnos para la cena, así que fuimos apenas empezó a anochecer. Había cabra salvaje recién matada y asada, y, además, un bollo de harina de maíz y un gran pedazo de queso blanco Caucasiano; para nosotros una comida muy rica. Todos nos sentamos en los bancos alrededor de una mesa primitiva. Un muchacho trajo una jarra de agua fría y vertió un poco de ella en los dedos de cada uno, y sólo entonces empezamos a comer. El viejo padre distribuyó la comida. Después de darles las gracias por su hospitalidad, los dejamos, y nos turnamos para

dormir y mantener el fuego.
A la mañana siguiente, al alba, divisamos en la lejanía a P. y a C., pero no al Sr. Gurdjieff, porque estaba enfermo. Llegaron con dos campesinos del pueblo donde el Sr. Gurdjieff había llegado. Cargamos los caballos de prisa, y los seguimos con nuestros morrales en la espalda. Después de más o menos una hora, nos detuvimos en un pequeño claro, cerca de un hermoso riachuelo. Nos sentamos ahí, disfrutando de profunda paz, comiendo lo que P. y C. nos habían traído. De repente oímos varios disparos. Pensamos que eran los pastores cazando cabras salvajes, y no prestamos atención. Luego sonaron otros disparos y vimos balas dar en el camino. Todavía seguros de que eran los pastores cazando, gritamos en la dirección de las balas: "¡Paren! ¡Hay gente aquí!" Pero cayeron más balas en nuestra dirección, y finalmente comprendimos que alguien estaba disparando contra nosotros. Grité a mi esposa que se escondiera detrás de una roca y que pusiera el morral encima, y así lo hicimos todos. No había posibilidad de escapar, y sólo teníamos un pequeño revólver medio roto y un rifle de niño. Finalmente distinguimos a cada lado de las montañas que rodeaban el pequeño claro, unas siluetas oscuras con fusiles apuntados hacia nosotros. Le ordené al muchacho que arrojara su fusil de niño, como señal de que nosotros no dispararíamos contra ellos. Como consecuencia, dos hombres aparecieron de detrás de las rocas y vinieron hacia nosotros. Otros dos se quedaron en la montaña, apuntándonos con sus fusiles. Cuando los hombres se acercaron, no pudimos ver sus caras, ya que estaban ennegrecidos con hollín. En sus manos, cargaban revólveres grandes, y de sus hombros colgaban cinturones de cartuchos.
En lenguaje obsceno, y acento Caucasiano, ordenaron a los dos campesinos que fueran detrás del lomo de la montaña. A nosotros nos mandaron pararnos manos arriba en medio del camino, y se acercaron para registrarnos. Tuve tiempo de arrojar a un lado mi pequeño revólver, porque no quería que se lo apropiaran. Mi esposa también tuvo tiempo para sacar una bolsita de joyas que llevaba debajo de su falda y colocarla en su corpiño, de modo que estuviera sostenida por su gran cinturón, del cual colgaban termos, hacha y paila. Con los músculos tensos la mantuvo, de manera que no fuera a caer. Ahí estábamos, manos arriba, frente a los fusiles. A pesar de que pensábamos que nos podían disparar en el acto, no sentíamos miedo alguno.
Tal vez, en nuestro fuero interior existía la certidumbre de que estando con el Sr. Gurdjieff, no podía ocurrimos nada terrible.
Mi esposa me dijo más tarde, que el único pensamiento que tuvo durante esos minutos, fue para mí, que yo podría morir ahora, tan joven y tan talentoso.
Uno de nosotros gritó: "¿Podemos fumar un cigarrillo?", y tal vez esto relajó la tensión. Los montañeses, sin bajar sus revólveres, nos permitieron bajar los brazos y nos ordenaron ir al otro lado del claro, pero que mi esposa se quedara y abriera todos nuestros sacos. Debía no sólo abrirlos, sino también tensar sus músculos con el fin de que el saquito de joyas no se cayera al suelo. Los ladrones la registraron de nuevo, pero no lo advirtieron. Rompieron el termo, pero no encontraron nada, y le preguntaron dónde estaba el dinero; le dijeron que nos habían

seguido durante largo tiempo, y sabían que ella lo cuidaba. Ella contestó que no seríamos tan estúpidos como para cargar dinero con nosotros, y que estaba en el pueblo. Los ladrones empezaron entonces a coger todo lo que se les antojaba: botas altas, "bureas", impermeables, cosas que necesitábamos con urgencia. Mi esposa discutió con ellos por cada pieza. Cuando descubrieron el neceser de cuero y plata, que mis soldados me habían dado cuando había ido al frente, gritaron: "Ustedes son unos burgueses para tener semejantes cosas." 'Pero mi esposa les persuadió que ella era una cantante, y que si ellos fueran al teatro en el pueblo, por supuesto que esperarían que los cantantes estuvieran bien vestidos. Cedieron, y le dijeron que podía quedarse con él. Cuando fueron a abrir los sacos que estaban encima de los caballos, y los hurgaban, mi esposa tuvo tiempo de sacar del montón de cosas que ellos apartaron, varios artículos, incluyendo mi impermeable, tan importante para mí. Al terminar la revisión de nuestras pertenencias, finalmente parecían estar impacientes por marcharse. "¡Suban ahora, rápido! ¡Allá abajo los esperan algunos más de los nuestros!" Empezaron a subir de nuevo a la montaña, pero mi esposa los siguió y les pidió que escribieran en un pedacito de papel que ellos habían tomado ya todo lo útil. Uno de ellos garabateó algo, y luego prosiguieron su camino.
Empacamos tan rápido como nos fue posible, nos pusimos en camino, y sólo entonces nos dimos cuenta de que las manos y las rodillas nos temblaban. Nuestro camino era completamente a campo raso, y los ladrones hubieran podido fácilmente disparar contra nosotros, pero no sucedió nada, y no apareció ningún otro ladrón. Algo más peligroso hubiera podido suceder: que los ladrones raptaran a mi esposa; pero este pensamiento sólo se nos ocurrió más tarde. Afortunadamente, en aquel entonces, mi esposa estaba tan flaca como un palo, y a los hombres Orientales solamente les gustan las mujeres gordas.
Sólo empezamos a respirar libremente cuando se adentró el camino por espesos matorrales de rododendros. No nos detuvimos ni un segundo, y al cabo de tres horas, llegamos al pueblo donde el Sr. Gurdjieff nos esperaba con los demás. Escuchó el informe de lo que nos había sucedido con mucha indiferencia, según nos pareció, y no dijo nada. Esto ofendió mucho a mi esposa. Pero el Sr. Gurdjieff nos dio una tienda de campaña muy buena, que hasta tenía una alfombra, en el jardín debajo de un peral, y nos sentimos felices al no tener que dormir en la casa grande con el resto de nuestra gente. Descansamos ahí varios días.
Entonces el Sr. Gurdjieff pidió prestada una carreta en la cual ató todos nuestros morrales, acabando así con la gran incomodidad causada por las correas hiriendo nuestros hombros. Viajamos por hermosos bosques llenos de adelfas, pero para mí, el caminar seguía siendo muy penoso porque la uña partida del dedo del pie comenzaba a enconarse. Además, hierbas venenosas habían causado dolorosas ampollas en mis pies y en los de mi esposa. ¿Sería posible soportar todo esto? Seguramente. Nuestra meta no era satisfacer nuestras necesidades diarias y ordinarias, ni aún salvar nuestras vidas. Y sin embargo, todo era posible sólo cuando recordábamos por qué estábamos ahí.
En Essentuki, el Sr. Gurdjieff nos había hablado de la fe verdadera; no una fe dogmática que se sostiene por temor a las torturas del infierno.

Dijo que la fe es el conocimiento del sentimiento. Este conocimiento arde como una luz brillante en las crisis de la vida. Durante este viaje, experimentamos la verdad de lo que dijo.
Al día siguiente llegamos a las cercanías del pueblo de Babakoff, en medio de un tremendo aguacero. Con nuestras pertenencias en la carreta, el Sr. Gurdjieff prosiguió rápidamente, adelantándose, mientras nosotros dejados lejos atrás tratábamos de guarecernos de la tempestad bajo los árboles. Al llegar al pueblo, alguien nos estaba esperando y nos llevó donde estaba el Sr. Gurdjieff. Él ya había alquilado habitaciones en la casa de un ingeniero polaco muy simpático, el cual se juntó a nosotros más tarde. También encontramos y calentamos un baño turco del cual primero las damas y luego nosotros, los hombres, disfrutamos plenamente. En la casa no había más que una cama que fue, por supuesto, destinada al Sr. Gurdjieff. Los demás dormimos muy contentos en el suelo.
Antes de salir de Essentuki, el Sr. Gurdjieff había dicho que íbamos a encontrar dólmenes en las montañas, y ahora, por conversaciones con campesinos, se enteró de que unos cazadores sabían cómo llegar a uno de ellos. A la mañana siguiente, el Sr. Gurdjieff y algunos de nosotros fuimos con estos cazadores y pronto llegamos a un dolmen. La región parecía haber sido habitada hacía muchos años, y los cazadores dijeron que los campesinos habían usado una vez dichas piedras como gallinero. Ese dolmen era un pesado arcón de piedra, de siete u ocho pies cuadrados, formado de una sola roca ahuecada. La tapa era una gran piedra chata. En un lado del dolmen, había un hueco perfectamente redondo de diez o doce pulgadas de diámetro. Sólo mi esposa, con dificultad, pudo pasar por él y encontró el dolmen completamente vacío. Recuerdo que esa abertura daba al sureste. Había una teoría según la cual los dólmenes eran altares, pero esto es muy dudoso. El Sr. Gurdjieff dijo que podrían haber sido señales en la vía, indicando el camino hacia lugares de iniciación. Les preguntó a los cazadores si habían encontrado otros dólmenes más en los bosques —aún rotos— pero dijeron que no habían visto ningún otro. Entonces, el Sr. Gurdjieff tomó algunas medidas y determinó la dirección a seguir. Nos pidió que la marcáramos con jalones, a los cuales se ataron pañuelos. Teníamos que abrirnos camino con hachas a través de una tupida selva virgen. Pronto, llegamos a otro dolmen, enteramente cubierto con hierbas y arbustos, pero intacto. Luego encontramos a un tercero, cuya tapa de piedra yacía rota cerca de allí. Tampoco había algo adentro. Este descubrimiento del Sr. Gurdjieff fue el resultado de cálculos, y nos sorprendió tanto como a los cazadores, quienes creían conocer perfectamente al país.
La bajada del lugar donde estaban los dólmenes, era peligrosamente empinada. Nuestros guías nos sacaron de la parte más tupida de la selva, pero no había sendero, y la pendiente de la colina era de casi cuarenta y cinco grados. Preguntamos a nuestros guías como podríamos bajar, y nos dijeron con gran seriedad: "¡Deslizándose sobre sus posaderas!" Pero usaron un término vulgar. El Sr. Gurdjieff rió cordialmente, y más tarde, en situaciones difíciles, se usó a menudo esta expresión.
Al día siguiente en la tarde, llegamos a la hermosa ciudad de Sotchi, en el Mar Negro, que estaba entonces en manos de los Circasianos. Le dije al

Sr. Gurdjieff: "El año pasado, usted me trajo moribundo al hospital de esta misma ciudad, y ahora estoy aquí de regreso, vivo y con salud."
"¿Cómo me lo agradecerá?" preguntó él. Yo contesté: "Tratando de comprender su Trabajo conmigo."

V

En Sotchi, tuvimos habitaciones en los mejores hoteles, con ventanas que daban al Mar Negro. Antes de la cena, aseados y vestidos con nuestros mejores trajes, nos reunimos en el salón del hotel, donde se hospedaba el Sr. Gurdjieff. Señalando el piano, pidió a mi esposa que cantara la "Canción de las Campanas" de "Lakmé", como si ella no hubiera terminado al momento anterior con una caminata de dos meses.
En este agradable ambiente, disfrutamos una excelente cena, en completo contraste con las privaciones que habíamos sufrido durante tanto tiempo.
Pero, al salir del comedor, anticipando las horas que dormiríamos en cama, el Sr. Gurdjieff dijo: "Thomas Alexandrovitch —como me llamaba en ocasiones especiales cuando quería ser formal, lo que no anunciaba nada agradable— mañana temprano, no más tarde de las seis, levántese y vaya al hotel que está en la plaza. Allí están nuestros caballos. Déles avena y agua." Así que, a pesar de mi anhelo por un largo sueño —cuan bello es dormir en una verdadera cama, cerca de una ventana que da al mar tranquilo, con claro de luna— tuve que levantarme e ir a los caballos, vistiendo un pie con bota y el otro con pantufla, debido al dedo infectado. Pero no sentí ninguna muda protesta, porque felizmente era muy fuerte en mí la idea de los cuentos de hadas que prometen que sólo se puede alcanzar la meta si se superan todos los obstáculos y dificultades. Cuando, a pesar de todo cansancio aparente uno emprende el camino justo, la energía interior aumenta, aparecen nuevas fuerzas y el hacer nuevos esfuerzos empieza a ser más fácil.
Al día siguiente llevaron nuestros caballos y nuestro perro a un cobertizo, frente al hotel. Continué con la tarea de atenderlos. Cada mañana, en mi viejo abrigo y raro calzado, con dos cubos en mis manos, iba a la cocina del hotel a conseguir la comida de nuestros animales. Después de limpiar los caballos, regresaba con los cubos al hotel, pasando entre las mesas donde toda la gente distinguida estaba tomando su café matinal, y entre ellos había muchos conocidos míos. Es extraño, pero no me sentía avergonzado como estuve cuando fui a vender seda en Kislovodsk.
Después de esta faena, me cambiaba la ropa mientras mi esposa preparaba el desayuno. J. llegaba y todos tomábamos té con azúcar, pan de maíz y el queso seco Caucasiano que teníamos que freír ligeramente en una sartén. Durante este viaje nos habíamos hecho muy buenos amigos de J.

El Sr. Gurdjieff anunció súbitamente que la expedición había terminado y como no tenía más dinero para mantenernos, aconsejó que hiciéramos planes para el futuro. Yo decidí de inmediato que, pasara lo que pasara, mi esposa y yo no lo abandonaríamos. Y como el Sr. Gurdjieff decidió permanecer en Sotchi por el momento, tuvimos que tratar de organizar en una forma u otra nuestra vida allí. La gente de Moscú decidió regresar a Essentuki, donde dos de ellos habían dejado a sus madres, y que el Ejercito Blanco había vuelto a tomar de mano de los Bolcheviques—. Z. se

fue con ellos. Todo esto era muy triste; nunca lo volvimos a ver. Z, murió de viruela en Rostov; los demás se fueron a Maikop, donde P. llegó a ser director de una escuela Estatal. Cuando llegamos a Tiflis, el Sr. Gurdjieff le pidió que viniera pero él no vino y cuando los Bolcheviques volvieron a conquistar todo el Norte del Cáucaso, él regresó a Moscú. Pronto, hasta la correspondencia con él se hizo imposible. Cuando se fueron nuestros compañeros, recorrimos la ciudad para encontrar un sitio donde vivir. Pasando frente a una bonita quinta de dos pisos con jardín, mi esposa hizo notar que semejante lugar resultaría perfecto para nosotros. A la mañana siguiente, pasó de nuevo frente a la casa. v viendo que había disponible un cuarto con balcón en el segundo piso, lo alquiló en seguida. Los dueños eran buena gente y la propietaria le enseñó a mi esposa a cocinar, planchar y toda clase de quehaceres domésticos, lo que fue de gran ayuda, ya que ella nunca había hecho nada de esta índole.
El Sr. Gurdjieff vino a vivir cerca de nosotros, en casa de su primo. De nuevo parecía como si todo hubiera sido preparado de antemano. El establo de los caballos quedaba ahora bastante lejos y yo tenía que ir cada día a darles la comida. Tuve también otra tarea. El Sr. Gurdjieff me dijo que descosiera las dos grandes carpas, y que llevara al mercado la lona de rayas azules, que a los campesinos les gusta para pantalones. Me dijo que pidiera por ella un precio muy alto. Esta vez no sentí ni vacilación ni vergüenza, solamente temor de no ser capaz de conseguir un precio elevado. Fui al mercado y vi que los mejores puestos ya estaban ocupados. Como yo era un completo novato en semejantes negocios, desplegué la lona sobre la hierba, al borde del mercado, y esperé. Todo el mundo pasaba y ni siquiera echaba una mirada en mi dirección. Finalmente uno se acercó, luego otro, miraron la lona y se alejaron sin preguntar siquiera el precio. Luego regresaron y preguntaron. Pero no quisieron ni hablar del precio que el Sr. Gurdjieff quería que pidiera. ¿Era quizás muy alto? ¿Fingían tal vez que lo era? Yo no quería venderlo por menos, pero como más personas se acercaban y se iban, finalmente decidí bajar el precio. Inmediatamente uno compró, luego otro, después un tercero, y hasta los pedacitos y las esquinas se vendieron en cosa de un minuto. Cuando le di el dinero al Sr. Gurdjieff, dijo: "No logró venderlo a un precio adecuado". Pero vi que estaba satisfecho.
Al día siguiente, tuve que vender una gran lona muy pesada. Me la eché al hombro y fui al centro del mercado. Ya era un "veterano". El Sr. Gurdjieff dispuso que pidiera quinientos rublos... A nadie le interesaba por tal precio. Finalmente, un hombre con un sombrero hongo se detuvo y lo llamé en seguida para que comprara.. . Aceptó, pero pidió que le llevaran la lona a su casa. Me la eché al hombro y partimos. En ese momento, alguien me llamó, diciendo: "Hartmann ¿qué está haciendo aquí? Levantando la mirada vi al doctor que, el año anterior, me había curado la tifoidea en el hospital de esta ciudad. Nos sentimos muy contentos de vernos, para gran asombro del señor del bombín, el cual se enteró por el doctor de quién era yo. Se volvió muy amistoso con nosotros y luego compró nuestros dos caballos.
Por ese entonces, mi esposa también tuvo una gran experiencia. El primo del Sr. Gurdjieff padecía de consunción en su etapa final. El Dr. S. lo trataba, pero se sentía cansado después de velar durante varias noches y

el Sr. Gurdjieff preguntó a mi esposa si quería quedarse una noche con el enfermo. Ella dijo que si y sucedió que fue para él su última noche. Murió mientras mi esposa le reclinaba para aliviarle un ataque de tos. Hasta entonces, ella nunca había visto morir a un hombre y dijo que tuvo la asombrosa impresión de que se había apagado una luz.

Empezó una nueva vida para nosotros en Sotchi. Nunca más tuve que hacer algo tan incompatible como vender en el mercado. Volví entonces profesionalmente a la música y mi esposa empezó a utilizar su canto para ganar dinero. Estas actividades tuvieron mucho éxito, así que nuestro "ayuno" musical no había sido perjudicial. Con el Sr. Gurdjieff ni el ayunar ni el trabajar duraban mucho tiempo. Parecía que cada fase no terminaría nunca, pero el fin llegaba siempre inopinadamente pronto.
Ahora se hizo evidente que el Sr. Gurdjieff había tenido mucha razón al insistir en que llevásemos ropa buena entre nuestros efectos personales. J. conoció al director de Correos en Sotchi, gran amante de la música. En la oficina de Correos había una sala de conciertos muy grande con espacioso escenario y un piano de segunda categoría, que el director puso de inmediato a nuestra disposición. En menos de un mes, J. se convirtió en nuestro "empresario" y mandó imprimir afiches anunciando que mi esposa daría un concierto, por supuesto sin utilizar su propio nombre.
Empecé a dar clases de piano a algunas jóvenes muy simpáticas, quienes comenzaron a estudiar seriamente.
Durante la Navidad, J. organizó otro concierto y así la vida empezó a ser financieramente más fácil. Contribuyeron al bienestar general el sitio hermoso y el clima caliente.
Durante este período, el Sr. Gurdjieff iba casi todos los días al Club de Oficiales Circasianos, en el gran hotel donde se había alojado la primera noche. El Club no sólo era para oficiales, sino también para comerciantes ricos y gente acaudalada de Petrogrado y Moscú que habían escapado al Sur. Cada noche jugaban a los naipes, lo que estaba entonces muy de moda, y el Sr. Gurdjieff era experto en la materia. Pero sólo pude comprender más tarde por qué en esa época le gustaba tanto jugar naipes: eso le permitía estar al día en todos los sucesos políticos. El Ejército Blanco no estaba muy lejos; la lucha podía empezar en Sotchi en cualquier instante; y ese sería el momento para que el Sr. Gurdjieff se marchase en dirección a Tiflis, donde aún seguía en pie el antiguo régimen. En aquel entonces, el único modo de llegar a Tiflis era por barco hasta Poti, y de allí en tren.
A mediados de Enero, cuando el mar estaba muy agitado, el tiempo muy frío y ventiscoso, el Sr. Gurdjieff vino a decirnos que empacáramos todas nuestras cosas de manera que al oir la sirena del barco, pudiéramos estar dentro de una hora en el muelle. Al día siguiente la oímos, pero debido a una fuerte tempestad, el barco no pudo atracar. Dos días más tarde se oyó de nuevo una sirena. El mar continuaba demasiado agitado para que aún pequeños botes se pudieran acercar a la orilla, de modo que tuvimos que llegar a ellos por medio de tablones muy estrechos. A bordo del barco no había comodidad, porque resultó ser muy pequeño y atestado de gente, piojos y pulgas. Permanecimos bajo la lluvia en la cubierta

superior durante una noche y un día enteros. Luego salió el sol y sin embargo hizo bastante frío con viento en contra. Eso era muy peligroso, porque debido a la. demora el combustible podría no alcanzar. El capitán se sintió feliz cuando llegamos por fin al muelle de Poti. A pesar de que no estábamos tan lejos de Sotchi, y al Sur, había una fuerte helada. Aunque un cochero en el muelle nos pidió un precio muy alto para llevarnos a la estación, tuvimos que contratarlo. Pasamos la noche en la estación, porque el tren para Tiflis no salía hasta la mañana siguiente. La estación estaba increíblemente sucia y repleta de civiles y soldados; pero afortunadamente uno de los empleados del ferrocarril fue muy amable, y nos permitió subir a un coche para pasar la noche allí.
A las ocho de la noche siguiente, con un frío terrible, llegamos a Tiflis. Al Sr. Gurdjieff lo recibieron sus parientes. Mi esposa y yo pedimos que nos llevaran a un hotel que costara poco en el centro de Tiflis. Sabíamos que los precios en el Hotel Oriental, donde nos habíamos alojado hacía varios años, eran prohibitivos. Cerca de la Opera había un hotel tan corriente que nunca hubiéramos pensado poder soportarlo. Pero la estufa estaba encendida y hacía calor en el cuarto. Ya que ambos sólo llevábamos abrigos de verano, esto era sumamente importante y no prestamos mucha atención a las camas de hierro ni a los colchones de paja. Tuvimos que salir a comprar algo para comer. Encontramos maravillosas manzanas del Cáucaso y pan. Esto fue nuestra primera cena en Tiflis.
Al día siguiente fui a ver al Sr. Gurdjieff, y en camino me tropecé con mi viejo amigo, el compositor Nicolás Tcherepnine. Se asombró tanto como yo de este encuentro en las calles de Tiflis.
Durante este tiempo, el antiguo régimen aún dominaba en Titlis, y Tcherepnine continuaba como director del Conservatorio que pertenecía a la Sociedad Imperial de Música.
Al saber que yo acababa de llegar, me preguntó si consentiría en tomar el cargo de profesor de composición. Acepté con gusto y en sólo dos días, ya tenía una clase numerosa. El Conservatorio de Tiflis atendía a todo el Cáucaso y tenía dos mil estudiantes matriculados. En mi clase de composición había doce jóvenes muy talentosos, entre los cuales estaba el hijo de Tcherepnine, Alejandro, ahora compositor muy conocido.
En general, Tiflis era una ciudad de gran cultura; el teatro de la Ópera era tan grande como la Ópera Cómica de París, había un teatro para drama con un escenario giratorio, así como salas de teatro en los clubes de Circasianos y de Armenios. En una palabra, gracias a Tcherepnine, me encontré de inmediato en el centro de la vida artística, teatral y cultural de la ciudad. Muy pronto el director de la Ópera Estatal sugirió que yo formara parte del comité artístico del teatro, el cual estaba organizando un espectáculo de gala, con una gran cantante de Petrogrado en el papel de Carmen. Tcherepnine era también el director de la orquesta de la Ópera y propuso que mi esposa cantara Michaela a pesar de que no lo había hecho nunca en un teatro, y dijo: "Por fin vamos a tener una Michaela que realmente se parece a una joven."
Pregunté quién iba a diseñar el decorado para esta función especial, y me dijeron que lo haría un gran artista llamado Salzmann. Este nombre despertó en seguida recuerdos de mis días en Munich, donde había estudiado dirección de orquesta con Félix Motil. En aquel entonces se

reconocía a un Alexandre von Salzmann como un pintor muy famoso. Pregunté por el nombre completo y al enterarme que se trataba del mismo pintor, fui a buscarlo. En adelante nos vimos a diario en el teatro, pero nunca me invitó a su casa. Mas tarde, nos enteramos de que cuando le había hablado a su esposa de nosotros, ella le había dicho: "Traelo a él pero no a la esposa." El Sr. De Salzmann había contestado: "No, no es posible, invita a los dos, o ninguno vendrá.".
En aquel tiempo yo no podía invitarlo, porque nunca invitábamos a nadie; el Sr. Gurdjieff no lo quería. Unas semanas más tarde, el Sr. De Salzmann nos invitó a su casa, la señora De Salzmann esperaba entonces su primer hijo y no salía. Ella enseñaba el sistema Dalcroze de danza, ya que entonces todo, el mundo tenía que ganarse la vida, y daba clases en la sala de la Escuela Militar, que era amplia y tenía un muy buen piano; ella proyectaba dar una demostración en la Ópera, porque en Tiflis la escuela Dalcroze estaba patrocinada por el Gobierno Circasiano.
Empezamos a ver a los De Salzmann con mucha frecuencia y pronto nuestra conversación giró hacia el tema de la enseñanza del Sr. Gurdjieff sin mencionar su nombre. Se planteó el problema de la necesidad de un guía, un maestro, y pudimos decir que teníamos la suerte de conocer a tal hombre. Al ver el interés sincero de los De Salzmann, y su ardiente deseo de saber quién era ese hombre, hablamos de ellos al Sr. Gurdjieff y él nos permitió que se los lleváramos. Y así pues, por la Pascua de Resurrección, fuimos con ellos donde el Sr. Gurdjieff. Recuerdo vividamente que la conversación fue muy interesante. Después que se fueron, le preguntamos su impresión al Sr. Gurdjieff y él dijo: "El, es un hombre muy fino, y ella es inteligente."
La señora De Salzmann, después de oírnos hablar de las "Danzas Sagradas" de Essentuki, le pidió al Sr. Gurdjieff que viniera a ver el trabajo de sus alumnas. Así que un día fuimos con el Sr. Gurdjieff a ver su clase. Las alumnas, todas lindas jovencitas en traje griego, estaban de pie formando un círculo en el medio de una sala muy grande. El señor Gurdjieff las saludó, observó con interés durante cinco o diez minutos y se marchó. Días más tarde volvió, y en seguida con tono militar les ordenó enderezar sus filas, ir a la izquierda, ir a la derecha. Luego las colocó a todas en una fila, en frente de él, y dijo: "Antes de empezar cualquier trabajo en 'Gimnasia Sagrada', tienen que aprender cómo dar vueltas." Les enseñó a dar vueltas en forma militar acompañando estas vueltas con mi-» ;i(ordes en el piano. Me asombró todo esto. Cuando habíamos llegado a Essentuki y que aquel primer día, el Sr. y la Sra. Ouspensky, con los demás, habían ejecutado estas vueltas militares, no me había sorprendido. Pero ahora me podía imaginar las reacciones de estas jóvenes bailarinas de Dalcroze, quienes sólo debían haber soñado con elegantes danzas griegas. Pero para mi mayor asombro no hubo ningún tropiezo y empezó un trabajo regular con ellas. El resultado fue que la señora De Salzmann ofreció al Sr. Gurdjieff parte de su demostración para enseñar su "Gimnasia Sagrada" y "Danzas Sagradas".
Después del gran éxito de la primera demostración, el señor Gurdjieff decidió dar otra. Pero esta vez deseaba dar a todos una experiencia muy diferente: sería una nueva demostración sin ninguna danza Dalcroze ni nada preparado por la señora De Salzmann. La mayoría de las jóvenes

eran admiradoras de ella y de Dalcroze y empezaron a protestar. Además, como las muchachas iban a tomar parte en la "Gimnasia" el Sr. Gurdjieff, le pidió a la señora De Salzmann que les dijera que todas recibirían un pequeño sueldo. Esto realmente fue el colmo para ellas. Todas rechazaron el dinero con desprecio, y empezaron a protestar seriamente. Fue una gran preocupación para la señora De Salzmann. Cuan fácil hubiera sido para ella huir y refugiarse en amor propio y vanidad de la gran meta del Sr. Gurdjieff. Pero ella fue verdaderamente sabia: no fue visible ni una sospecha de ofensa. Con la fuerza entera de su autoridad y el sentimiento de la rectitud del trabajo del señor Gurdjieff, ella fue capaz de persuadir a sus alumnas a que tomaran parte en los nuevos "ejercicios", y la demostración tuvo lugar, después de una intensiva labor. El teatro no estuvo tan atestado. Sin embargo, la meta no era la de tener mucha gente, sino más bien la de crear condiciones para una nueva experiencia, ante todo, tal vez, para la misma señora De Salzmann.

Durante este período, mi esposa y yo trabajábamos mucho en nuestras actividades musicales. Necesitábamos llegar a ser más ampliamente conocidos para atraer más alumnos y contratos. Habíamos encontrado una mejor habitación, con unas personas amables, que ponían a mi disposición un piano que tenían en su salón. Ahí, yo podía practicar y componer. Tenía que preparar un repertorio para conciertos de música de cámara y entrenar a mi esposa a cantar para sus próximas presentaciones.
Yo recuerdo cómo, hora y media antes de uno de estos conciertos, el Sr. Gurdjieff tuvo una clase con las muchachas de la señora De Salzmann y yo tuve que tocar para la "Gimnasia", lo que por cierto no es costumbre para un concertista. Inclusive, tuve que demostrar para las muchachas unos ejercicios difíciles que habíamos tenido en Essentuki: uno era de poner todo el peso del cuerpo sobre las manos, mientras los píes hacían unos movimientos rápidos muy fuertes. Y sólo media llora antes de mi concierto en el Ayuntamiento, el Sr. Gurdjieff paró la clase.
Las muchachas se cambiaron de vestido y el Sr. Gurdjieff con la señora De Salzmann, llevándose a todas las muchachas, fueron al concierto. Las muchachas quedaron muy impresionadas por un hombre que podía hacer difíciles movimientos de gimnasia, y casi de inmediato tocar un concierto. Yo sabía que el Sr. Gurdjieff deseaba mostrar como la gente que trabajaba con él debía ser capaz de funcionar en diferentes niveles, así que lo hizo a manera de prueba para mí: ¿qué clase de pianista era yo?
Pronto mi esposa fue también sometida a una prueba cuando llegó para ella el momento de cantar Michaela. Era muy difícil, debido a su inexperiencia, pero el Sr. De Salzmann prometió enseñarle a maquillarse, a vestirse y como llevar sus largas trenzas.
En la víspera de la función, ella tenía muy alta temperatura y por supuesto estaba nerviosa. El Sr. Gurdjieff le dijo que el estaría en el fondo del teatro, donde ella podría verlo. Esto le dio confianza y cantó perfectamente. Más tarde, dio varias representaciones más.
Mientras tanto, mi enseñanza en el Conservatorio andaba muy bien. Muchas clases particulares habían empezado y esto hacía posible para nosotros vivir más cómodamente. Por ejemplo: cada día ahora, yo traía de

un restaurante dos almuerzos, en lugar de uno, como antes. En la mañana y en la noche, comíamos pan de maíz y "té" hecho con manzanas. El invierno era frío y sólo teníamos ropa de verano, pero teníamos la fe de que con el Sr. Gurdjieff nada demasiado terrible podía ocurrir.
No obstante, el estado de salud de mi esposa estaba lejos de mejorar, y el Sr. De Salzmann la llevó a uno de sus amigos en Tiflis, un buen médico, especialista de los pulmones. Éste le dijo que ella debía ingresar en seguida a un sanatorio. No teníamos en absoluto los recursos suficientes para ello. Entonces, el Sr. Gurdjieff le dijo de tomar tocineta cada mañana y "vino tinto' de una botella que él le daría, y de acostarse cada mañana, muy bien abrigada con todas las cobijas que teníamos, durante una hora al aire libre, aun cuando helara. Ella cumplió con todo lo que él le exigió, y durante el resto del día la vida continuó como siempre. Un mes más tarde, el Sr. De Salzmann la llevó de nuevo al mismo médico, quien se contentó al ver en que buenas condiciones se encontraba, y se asombró de que no se hubiera marchado. Agregó que, si él mismo no la hubiera examinado cuatro semanas antes, nunca hubiera creído que ella había estado tan enferma.

Mis actividades se ampliaban. Escribía para los periódicos, y mi primer artículo se refería a un compositor Armenio Komitas, del cual escribí una biografía así como un análisis critico de su música coral y de sus composiciones para voces en solo. Luego di charlas sobre él, como introducción a conciertos de su música. Mi esposa aprendió sus canciones en Armenio y tomó parte en dichos conciertos. Los mismos Armenios no sabían qué maravilloso compositor tenían, y no apreciaban el lugar que él ocupaba en su cultura.
Además de la música Armenia, los Circasianos me pidieron que trabajara en su música, lo que hice durante dos o tres horas diarias. Casi cada noche cenábamos con el director de la Ópera, con el Sr. De Salzmann y un especialista en su música. Había mucha conversación acerca de la próxima temporada, en la que yo debía dirigir varias funciones, y nuestros lazos de amistad con el director del teatro se estrecharon.

Un día, el hermano del Sr. Gurdjieff llegó inesperadamente. Se había quedado en Essentuki cuando nos habíamos marchado para el viaje a través de las montañas. En el sótano de su casa habíamos escondido nuestros seis grandes baúles llenos de las pertenencias que habíamos traído con nosotros de Petrogrado, porque temíamos que fuesen tomados por los Alemanes. Pero él traía la noticia de que el Ejército Blanco había descubierto los baúles, a pesar de estar cuidadosamente disimulados por pilas de leña, y pensando que eran bienes robados, escondidos por los Bolcheviques, los habían confiscado. La inapreciable porcelana antigua había sido destrozada por los soldados, la ropa blanca de casa, distribuida a los hospitales, y las pieles, repartidas entre los oficiales. No fue sino cuando llegaron a un baúl que contenía mi música manuscrita con mi nombre encima, que el oficial de mando se dio cuenta de que el contenido de los baúles pertenecía verdaderamente a un compositor muy conocido, a la vez que oficial de la guardia. Él ordenó que los bienes sobrantes fuesen llevados a su casa. Desafortunadamente, lo que quedaba, consistía

solamente de algunas pieles, de mis manuscritos, con miniaturas persas puestas entre páginas, de algunas miniaturas de familia, y cierta cantidad de artículos de poco valor. El oficial dijo al hermano del Sr. Gurdjieff que el propietario podía reclamarle sus pertenencias cuando quisiera.
El Sr. Gurdjieff decidió que alguien debía ir a Essentuki a buscar lo que sobraba de nuestras cosas, y también a tratar de encontrar algunas alfombras, que él había guardado allá. No podía ir un hombre porque sería seguramente apresado, sea por el Ejército Blanco, sea por el Rojo. Tenía que ser una de nuestras mujeres, y el Sr. Gurdjieff decidió que mi esposa era la única que podía cumplir con tal tarea.
Lo que sigue, es un relato del viaje, en sus propias palabras:

> "Cuando el Sr. Gurdjieff me pidió que fuera, me invadió el terror, porque nunca en mi vida había ni siquiera caminado sola por la calle. Antes de mi matrimonio, la costumbre exigía que estuviera siempre acompañada por alguien; después, es mi esposo que estaba conmigo. Ahora tenía yo que emprender, para estas cosas, relativamente insignificantes, un viaje peligroso en condiciones absolutamente desconocidas. Era imposible ir directamente a Essentuki a través de las montañas del Cáucaso, ya que la guerra había cerrado todas las carreteras. Tenía que tomar el tren de Tiflis a Batum, luego un barco a Novorossiisk, y finalmente el tren a Essentuki. El viaje de vuelta debía hacerse por la misma ruta. ¿Qué clase de acomodación, suponiendo que las hubiese, serían accesibles en tiempo de guerra?
> "Se hicieron preparativos para mi aventura. Unos amigos me dieron cartas de presentación: la primera para un gran amigo de ellos, Levandovski, en Batum, cuyo hijo era oficial en el regimiento de allí, y la segunda para el gerente del mejor hotel. El Sr. Gurdjieff sabía que el papel moneda difería de un distrito al otro, así que me dio algunas monedas de oro, que cosí dentro de mi cinturón. Además, me dio una misteriosa cajita, en la que dijo, había una píldora especial que yo podría tomar en caso de necesidad extrema; pero, dijo, se sentiría muy contento si yo pudiera devolvérsela intacta. La decisión de aceptar este reto fue muy difícil de tomar para mi esposo y para mí. Lo acepté, pero confieso que había también un sentimiento de orgullo y de vanidad: de no demostrar miedo y de ser capaz de estar a la altura de este desafío.
> "Al día siguiente, tomé el tren nocturno para Batum. Viajar en ferrocarril era terrible, mujeres y hombres juntos en los compartimientos atestados. Pasé la noche entera llorando, y afortunadamente, no podía siquiera imaginar lo que me esperaba.
> "Llegué a Batum a la mañana siguiente y fui en seguida al hotel con mi carta de recomendación. El dueño no estaba; hablé con su hijo, quien me dijo que lamentaba mucho que no hubiese ningún cuarto, y que eso de poner una cama en un salón o comedor no se podía, ya que estarían repletos con camas de campaña para hombres. Sin embargo, sugirió que yo regresara más tarde cuando su padre estuviera.
> "Dejando mi maletín en el hotel, fui con mi otra carta de

introducción en busca de los Levandovski. Pero se habían mudado sin dejar dirección alguna. Así que me encontraba en una ciudad extraña, sin un amigo, y sin saber siquiera donde iba a dormir por la noche.
"Fui a conseguir informaciones acerca del pasaje por barco hasta Novorossiisk y advertí que la primera posibilidad era un pobre barco viejo que zarparía dentro de dos días; el capitán, un viejo de larga barba, dijo que no había camarotes y que no me permitiría bajar a la bodega con los hombres quienes eran negociantes y vendedores orientales; pero sugirió que yo durmiera sobre un banco en el comedor. Valientemente, compre mi pasaje, y entonces me dijo que necesitaría una visa. . . Los Ingleses ocupaban Batum en esa época; cuando fui a conseguir mi visa para el viaje de ida y vuelta a Novorossiisk, el joven oficial dijo que me daría una visa sólo para el viaje de ida. Como me sentía insegura, no quise confiar en el joven oficial, y pedí hablar con su superior. Después de gran discusión, persuadí al comandante de las fuerzas inglesas que me diera un permiso de regreso, que él escribió en un pedacito de papel; el papel estaba muy escaso durante la guerra. Aún lo conservo como recuerdo.
"Feliz de haber conseguido la visa, regresé al hotel. El dueño no había vuelto todavía, y otra vez pregunté a su hijo si no podía encontrar algún sitio para mí. Me dio la misma respuesta de antes. Estaba desesperada. Entonces le vino a la mente una idea, y me dijo que él y su amigo vivían en una casita de dos cuartos en el jardín de su padre y que los dos podían compartir una habitación, dejándome la otra. Yo acepté este arreglo de inmediato, con alivio e ingenuidad y fuimos a ver la casita que era agradable, en el fondo del jardín, rodeada de hermosos árboles. . . Yo estaba encantada. .. Dejamos mi maletín allí y me fui en busca de un sitio para comer. En la calle me encontré inesperadamente con un cantante y su esposa, que mi esposo y yo habíamos conocido un poco en Tiflis. Se asombraron al verme allí sola, y después de oír mi arreglo en el jardín, lo juzgaron muy imprudente y me pidieron que me quedara con ellos en su cuarto de hotel, durmiendo en su colchón, que propusieron colocar en el piso para mí. Sin embargo, yo sentía que los muchachos eran muy decentes y preferí tener una habitación para mí sola, antes que dormir en el piso y molestar a gente que tan poco conocía. Así que dichos amigos anunciaron que me llevarían a cenar y luego me acompañarían a la casita para mostrarles a los muchachos que yo no estaba sin amigos en la ciudad. Regresamos a la casita temprano y me dejaron, diciendo que vendrían a verme en la mañana. Empecé a desempaquetar e instalarme y fue sólo entonces cuando me di cuenta de que no había cerradura en la puerta. Acuñé una silla pesada contra ella y dormí como un lirón. En la mañana me despertó un ruido semejante al de una locomotora pasando cerca, pero descubrí que eran los muchachos preparando café para mí, en una hornilla "primus". Ya habían comprado pan y un poco de leche. Resultaron tan agradables y atentos que nunca los olvidaré.
"Volví a la ciudad esperando encontrar una comisaría, donde

podrían informarme acerca de los Levandovski. En camino, encontré un oficial, lo detuve y le pregunté dónde estaba situado el cuartel general del regimiento. Él me preguntó a su vez a quién estaba buscando en el regimiento, y cuando contesté: 'Al Teniente Levandovski', dijo: '¡Pero si yo soy Levandovski' Eso era como para sorprender a cualquiera. Él de inmediato me llevó a casa de sus padres, con los cuales permanecí hasta la salida de mi barco dos días después.

"Todos mis nuevos amigos vinieron a despedirme, y sentí que estaban muy inquietos acerca de mi viaje. El barco zarpaba en la noche y me senté en la cubierta. Pero pronto el tiempo se volvió muy borrascoso, y el capitán dijo que yo debería tomar su camarote, ya que no podía permanecer en la cubierta. Me aseguró que él estaría fuera, de guardia durante la noche entera, pues se aproximaba una fuerte tempestad. Me dormí profundamente sintiéndome aliviada y aún feliz de tener una cama para dormir. Pero en medio de la noche me desperté para darme cuenta que el barco se balanceaba de modo alarmante en el mar embravecido. El abrigo del capitán colgado de la pared encima de mi cabeza, oscilaba como un péndulo. Sostuve en mi mano la misteriosa cajita, pensando que usaría la píldora, sólo si el barco se hundiese. La tempestad estaba desatada, había terribles relámpagos y truenos y era mi primer viaje por mar. . . Sin embargo, por fin me dormí, despertándome en la mañana, para encontrar al capitán durmiendo en el otro extremo de la misma litera. Más tarde, él me dijo que la tempestad había sido tan fuerte que él se había visto obligado a tomar rumbo hacia Trebisonda, en Turquía, opuesto a la dirección de nuestro destino, y que esto significaba otra noche en el mar.

"Yo sabía que el capitán estaría demasiado cansado para velar una noche más, así que escogí una de las banquetas de la pequeña sala-comedor, donde tomábamos nuestras comidas. Desgraciadamente, un pasajero griego decidió también dormir en uno de los otros bancos, y durante la noche me despertó queriendo entablar conversación. Me levanté de un salto, fui hacia el camarote del capitán, y me senté cerca de su puerta, donde estaría a salvo sin despertarlo. El griego me siguió, pero sabiendo que yo despertaría al capitán si me molestaba, desapareció.

"Era de noche cuando al fin llegamos a Novorosiisk, y fui en seguida a casa de Jukoff, uno de los discípulos del Sr. Gurdjieff, quien había hecho el gran viaje a través de las montañas con nosotros. Estuvo encantado de verme, y arregló su comedor para mí de inmediato, colocando allá su cama. El tuvo que dormir en el piso de su cuarto. Le dije por qué había venido y tomamos el primer tren para Essentuki, ya que él no quería que yo fuera sola.

"En Essentuki, busqué al Sr. y la Sra. O. ante todo y, al entrar en su casa, vi al Sr. O. caminando, yendo y viniendo cargando en brazos un niñito que lloraba vigorosamente. Era Lionia Savitsky, el hijo de la hija de la Sra. O. Después fui a ver al comandante del Ejército Blanco para informarme acerca de nuestros baúles. Dijo que lamentaba mucho él que casi todo hubiese sido llevado, antes que

se supiera que nos pertenecía. Le dije que yo sólo lamentaba la pérdida de las viejas miniaturas de familia, que eran absolutamente insustituibles. Me preguntó a qué se parecían y trajo algunas miniaturas de su cuarto, diciendo que las había conservado por ser tan bellas. Eran las nuestras, y las recuperé con gran alegría. En los baúles, sólo encontré cosas sin valor, excepto un buen abrigo de astrakán y algunos manuscritos de la música de mi esposo, que no eran importantes porque habían sido impresos ya. Pero entre las páginas, había ocho viejas y hermosas miniaturas de Persia, de alto valor. Así que de los seis baúles, no recogí más que un paquete de cosas de valor. Pero un maletín, que yo esperaba particularmente encontrar, ya no estaba allí.

"Entonces fui con Jukoff a buscar las alfombras del Sr. Gurdjieff a un sitio especial, donde se encontraban muchas en exhibición, para que la gente las reclamara. Pude identificar dos, una pequeña y una grande. El guardia dijo que éstas estaban reclamadas ya, y que si yo quería refutarlo, tendría que traer otro testigo. Afortunadamente, Jukoff estaba allí y él suministró el testimonio requerido. Así que pude llevar al Sr. Gurdjieff dos alfombras antiguas.

"Jukoff y yo regresamos de inmediato a Novorossiisk, y empecé a buscar un barco para volver a Batum. Me dijeron que no había habido ninguno desde hacía seis meses y que no se otorgaban visas. Me sentí desesperada. Ya que todo el mundo decía que era inútil probar. Encontré unos marineros, quienes me dijeron que me llevarían a Batum por una determinada suma de dinero, pero Jukoff me prohibió esa aventura... Sin embargo, seguí buscando un barco, y dos días más tarde, sucedió que vi en la calle un aviso muy pequeño que decía que una compañía de transporte tenía un barco que salía al día siguiente a las seis de la mañana. Me precipité a la oficina indicada y pedí un pasaje. Me dijeron que era absolutamente imposible, ya que se debía tener una visa y el valor del pasaje en oro. Dije que tenía ambas cosas. No quisieron creerme, diciendo que los ingleses no daban permiso a nadie; insistí diciendo que yo traería en seguida la visa y el oro. Acordaron esperar sólo diez minutos, no más, ya que cerraban la oficina al mediodía. Salí, y en la esquina me quité la correa, en la que había cosido las monedas de oro y la visa, y entré de nuevo a la oficina triunfalmente. Me vendieron mi pasaje, y corrí a casa ver a Jukoff, llena de alegría.

"A la mañana siguiente, a las seis, con mi equipaje en un coche de caballos alquilado, Jukoff y yo llegamos al muelle. Había una gran multitud de comerciantes Griegos y Armenios, de barbas negras y sucios; ni una sola mujer. Afuera, en el Mar Negro, se veía un barco de guerra Inglés y para mi asombro, descubrí que sería ése nuestro barco. Un oficial Inglés vino a verificar las visas y cuando vio mi visa y mi pasaporte, y se enteró de que era la esposa de un oficial de la guardia, me dijo que era imposible que yo viajara, ya que no había camarotes, y que ninguna señora podía viajar en la bodega. Dije que me sentiría muy feliz si me permitía permanecer sobre cubierta, ya que tenía que ir de todos modos. Un poco más tarde el

oficial regresó y me dijo de no bajar a la bodega en ningún caso y de permanecer sobre cubierta, cerca de la chimenea con mi equipaje. Me despedí de Jukoff y subí a bordo, tomando mi sitio sobre cubierta. Pocos minutos después, un elegante camarero Inglés se me acercó, tomó mi equipaje, y me condujo a un camarote con cuatro literas. Pregunté, un poco molesta, quiénes eran los demás ocupantes; él contestó que el camarote era para mí sola. Añadió que se serviría el té en seguida, y que dentro de dos horas me traería el desayuno. En el camarote había hasta un baño. Al mediodía, un oficial vino con una invitación del capitán para que comiera en su mesa. Disfruté de una comida maravillosa en compañía del capitán y de doce oficiales; esto, después de todas mis privaciones. . . En la noche, después de la cena, nos sentamos todos en sillones, sobre cubierta; los oficiales rivalizaban entre sí en ser entretenidos y atentos. Era una hermosa noche estrellada que contrastaba con el viaje desde Batum, c incluso me sentí un poco decepcionada de que el viaje se terminara tan pronto. En Batum, volví a encontrar por casualidad a mis nuevos amigos de Tiflis, y no podían creer que yo estuviera de regreso de Essentuki. en menos de una semana.

"Tomé el primer tren para Tiflis y llegué rápidamente a casa, para regocijo de mi esposo, quien no me esperaba antes de un tiempo mas largo. Le di al señor Gurdjieff las dos alfombras, y la cajita con la píldora dentro. Estuvo muy contento, y dijo que la caja devuelta era lo mejor de todo.

"Para el Sr. Gurdjieff, ciertamente, las alfombras no eran importantes, ni lo eran nuestras pertenencias para nosotros. No eran más que un pretexto para arrojarme sola en la vida, a fin de ver cómo me las arreglaría en condiciones mucho más difíciles de lo que cualquiera, inclusive el Sr. Gurdjieff, podía imaginar de antemano. Y lo más importante de todo, era ver si ambos podíamos aceptar una tarea semejante y enfrentarla."

Pronto el Sr. Gurdjieff nos dio otra tarea, tanto a mi esposa como a mí. Debíamos ir a Erivan, la capital de Armenia y dar allí varios conciertos. Nos fue posible hacerlo gracias a mi reputación entre los Armenios y a mis artículos acerca de su compositor Komitas. Durante el invierno, mi esposa había aprendido sus canciones en Armenio, de modo que teníamos a mano un repertorio tanto Armenio como Europeo. La guerra con los Turcos apenas había terminado y el viaje por tren, de por si presentaba muchas dificultades. Los ejércitos en retirada habían casi destruido los asientos en los vagones. Teníamos que salpicar el piso con desinfectante para evitar los piojos y sabandijas, que podían transmitir el tifus. El ferrocarril atravesaba lugares seriamente devastados. Como resultado de la invasión Turca, los Armenios estaban a punto de morir de hambre. El presidente de la República Armenia me dijo que apenas un mes antes, había visto centenares de personas muriéndose del hambre en las calles. Sin embargo, cuando nosotros llegamos, había llegado harina Americana, y ya no había carestía generalizada. Pero aún así, cuando pasamos por el mercado, vimos a varias personas sentadas como cadáveres, sin hogar y

desnutridas, en espera de la muerte.
Desde la estación a la ciudad, había una caminata de una milla y media, ya que no había transporte. Tampoco había cuartos en los hoteles. Allí de nuevo, la maravillosa hospitalidad oriental, vino a nuestro socorro. Gente que apenas conocíamos nos ayudó a encontrar un apartamiento que unos oficiales acababan de dejar. El único mobiliario era una cama de hierro cubierta con tablas. Estábamos a principios de junio y hacia mucho calor. Otra vez por miedo a la plaga, rociamos el piso, las tablas y la cama, con kerosene. Como tuve que dormir en el piso, tracé alrededor del sitio, un círculo mágico de kerosene. Mi esposa durmió sobre las tablas. A pesar del kerosene, la plaga subió por las paredes hasta el cielo raso y nos cayó encima.
Después de una noche en el tren, y otra noche en condiciones como éstas, tuvimos que prepararnos para un concierto, mecanografiar avisos, visitar gente prominente, y arreglar otros detalles. Pero todo esto era fácil cuando yo lo tomaba como una "tarea", que debía ser cumplida tan bien como fuera posible.
Se anunciaron tres conciertos: el primero de música Europea y Rusa; el segundo, que consistía de una charla sobre Komitas dada por mi, y un recital de sus canciones en Armenio por mi esposa; el tercero, un programa mixto. Como Armenia estaba ocupada por las fuerzas Inglesas en aquel entonces, un oficial inglés asistió al segundo concierto y luego vino a vernos tras los bastidores. Nos preguntó cómo habíamos llegado a Erivan desde Tiflis en semejante período y agregó que, si le avisábamos cuándo íbamos a regresar, él arreglaría mejores facilidades para nosotros.
El último día, fuimos invitados a tomar té y pasar la tarde con el arzobispo Sarpazan Horen. Su casa estaba situada en la parte más alta de Erivan, desde la cual una pendiente casi vertical caía hasta el río Zanga. Más allá de las praderas verdes que se extendían hasta el horizonte, se levantaban los dos picos del Ararat, uno muy alto, el otro pequeño, iluminados por los rayos del sol poniente. Al anochecer, una luna llena brilló a través del aire cálido del Sur y el Monte Ararat fue envuelto en un manto de neblina: un espectáculo inolvidable. Para acompañar esta visión, teníamos verdadera música Oriental, ya que Sarpazan había invitado también a un pariente suyo, quien tocaba un instrumento de cuerdas del Cáucaso, llamado Tar, del cual era uno de los mejores intérpretes. Tuvimos diferentes suertes de "byathy" con "gap" —una rapsodia oriental que consiste de música para canto y baile.
Por causa del viaje a Erivan, el Sr. Gurdjieff nos dio la oportunidad de escuchar verdadera música y músicos Orientales, de manera que yo pudiera comprender mejor cómo él quería que su propia música fuera escrita e interpretada. Para valorar tales experiencias, era necesario vivir con el Sr. Gurdjieff con el fin de que uno pudiera desarrollar el poder de atención, y recibir estas impresiones fuertemente, sin las asociaciones no-esenciales y dispersantes.
Para nuestro regreso, el oficial Inglés mandó a enganchar al tren un vagón especial, en el que viajamos muy cómodamente a Tiflis.

Durante el verano, fuimos a pasar unas semanas a Borjom, adonde el

teatro de Tiflis se había trasladado. Era un balneario de montaña, de belleza poco común, a más o menos diez horas por tren de Tiflis, con famosos manantiales de aguas minerales como las de Vichy. El Sr. Gurdjieff vino también allá. Nuestra vida estaba absorbida por conciertos en los cuales mi esposa a veces cantaba y que yo dirigía.
Un día, el Sr. Gurdjieff trajo su sobretodo a mi esposa, enseñándole, que a pesar de que el exterior estaba muy desgastado y descolorido, el interior estaba bueno. (En aquel entonces no se podía comprar nada en Rusia.) ¿Podría ella volverlo al revés? Mi esposa estaba muy indecisa, ya que ella no había cosido nunca nada, y temía que si trataba de hacerlo, el Sr. Gurdjieff se quedaría sin abrigo. Pero él dijo que era muy fácil. "Uno simplemente toma hilo blanco para marcar las costuras antes de deshacerlas. Entonces uno lo descose por las costuras, plancha a medida que trabaja, para sacar los vicios pliegues y marcar los nuevos. Todo el secreto de la buena costura, está en seguir con cuidado el hilo blanco en el planchado", insistió, y todo esto tenía que ser hecho a mano con una plancha calentada en una cocinilla "primus".. . Con gran dificultad mi esposa al fin lo terminó, y el Sr. Gurdjieff lo usó por muchísimos años. Él decía a menudo: "Si Ud. sabe cómo hacer bien una cosa, Ud. puede hacerlo todo."
Todo el mundo regresó a Tiflis en el otoño, y el Sr. Gurd-jieff empezó un centro de Trabajo como el de Essentuki pero correspondiente a las condiciones de vida en Tiflis. Comenzó en la terraza de la casa donde vivíamos, porque el tiempo seguía siendo caluroso. Había el Dr. S., los dos De Salzmann y nosotros dos; y el Sr. Gurdjieff explicó brevemente las ideas del Instituto que él deseaba organizar allí. Nos habló de la meta y de los métodos de trábalo y del día en que esperaba abrir el Instituto. Luego nos preguntó: "¿Qué nombre le darían a tal Instituto?" Tratamos de pensar en un nombre que se relacionase con todo lo que el Sr. Gurdjieff acababa de decirnos. Él rechazó cada sugerencia. Al final, como si hubiéramos exprimido nuestro cerebro como un tubo de pasta dentífrica, surgió la palabra "armonioso".
Más tarde se hizo claro para mí, que el Sr. Gurdjieff se había decidido por este nombre algún tiempo atrás, pero en lugar de darnos una palabra ya hecha, nos obligó a buscarla, nos empujó, trató de acercarnos a la idea principal, hasta que esta palabra apareciera. Finalmente, tuvimos para el Instituto el nombre que el Sr. Gurdjieff deseaba. Era "El Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre".

Se consiguió una amplia sala. El Sr. Gurdjieff compró un piano, no muy bueno: él dijo: "Cualquiera puede tocar en un piano bueno." La "Gimnasia" empezó de nuevo, comenzando con los ejercicios obligatorios, que yo hacía también cuando no me necesitaban para tocar piano. El primero, basado en movimientos simples, se volvió muy complicado con brazos, piernas y cabeza que tenían su propia secuencia y con repeticiones en canon. Yo conocía todos los ejercicios muy bien, pero hacerlos no era fácil. Llegué a reconocer que yo no podía hacerlos con únicamente un conocimiento teórico. Hacer tales ejercicios en forma adecuada, exigía gran cantidad de energía y de atención concentrada. Al principio, como un niño ingenuo, me preguntaba cuándo íbamos a hacer

los ejercicios esotéricos de los monasterios del Tibet. Tuve que aprender que el valor de un ejercicio no estriba en el conocimiento de su origen, sino en lo que uno experimenta al hacerlo.
Pronto la sala en la que hacíamos la "Gimnasia" resultó demasiado pequeña, ya que se unieron a nosotros más personas. El gobierno Circasiano había prometido al Sr. Gurdjieff encontrarle una casa buena, pero no había cumplido. Sin embargo, el Sr. Gurdjieff nunca perdía tiempo. Ahora, sentado en la sala que el director de la Ópera le había dado, empezó a dictar a uno de nosotros el texto de "La Lucha de los Magos". En las noches, inclusive, trabajábamos en la escenificación de "La lucha de los Magos", en la cual los mismos alumnos hacían los hermosos movimientos del Mago Blanco, así como también los feos movimientos del Mago Negro.

En cuanto a mi vida personal, el Sr. Gurdjieff me dijo que abandonara ahora la música, las clases, el Conservatorio... todo. Yo vi muy claramente que no debía, ni podría cumplir con tal demanda, porque me dejaría completamente sin dinero. De manera que contesté que cada vez que me necesitaran para el Trabajo, estaría dispuesto y nada interferiría con eso, pero que en cuanto al resto de mi tiempo, yo haría lo que considerara necesario. Por supuesto, tuve que abandonar mi trabajo en el teatro, ya que me hubiera ocupado el día entero. Mi enseñanza en el Conservatorio y mis clases privadas de música, que terminaban a las siete —y el Sr. Gurdjieff nunca me necesitaba antes de las ocho— me permitían ganarme la vida y al mismo tiempo me daban la posibilidad de mantener mi posición como compositor. Nunca sabíamos lo que sucedería más tarde.. . Abandonar absolutamente todo no habría sido lo correcto. Recordé que el Sr. Gurdjieff una vez me había dicho: "Si le dijera que se masturbara ¿me escucharía?" El futuro demostró que mi decisión era acertada.

El trabajo continuó, pero la casa para el Instituto, prometida por el Gobierno, seguía siendo sólo una promesa. El Sr. Gurdjieff declaró que acabaría con el trabajo en Tiflis; al oir tal cosa, el Sr. De Salzmann se volvió muy enérgico.
El sabía cómo tratar con los altos oficiales del Gobierno, por lo que dibujó una caricatura para la revista satírica Circasiana, llamada "El Látigo del Diablo" y muy pronto esa caricatura salió en sus páginas.
Representaba la plaza principal de Tiflis llamada "Plaza Erivan", con toda clase de muebles, platos, ollas y pailas, tirados todos juntos alrededor de una vieja estufa, y en el medio el Sr. Gurdjieff, rodeado por sus discípulos todos envueltos en sus abrigos. La leyenda decía: "Por fin se mudaron." Esto causó tal impresión a los oficiales de la ciudad, que nos dieron una casa de dos pisos del otro lado del río con una sala grande, en la planta baja. El problema siguiente era el amueblar la casa. Primero que todo, había que preparar la sala para la "Gimnasia". Teníamos un piano, pero necesitábamos algo para que la gente se sentara. De manera que varios de nosotros fueron a un aserradero para conseguir madera a fin de hacer bancos. En algún lugar, el Sr. Gurdjieff consiguió un martillo, una escofina, un serrucho y empezó la carpintería. El mismo Sr. Gurdjieff trabajaba en todo y demostraba ser un carpintero experto. Se hicieron

bancos para cincuenta o sesenta personas, se pintaron y se colocaron alrededor de las paredes. También proporcionaban asientos cuando había charlas. Todo esto se llevó a cabo en un tiempo cortísimo.
El Sr. Gurdjieff se mudó para esta misma casa e insistió para que el Sr. y Sra. De Salzmann, con su hijita, ocuparan una de las habitaciones. Él había hecho la misma cosa con nosotros en Essentuki.
Cada noche a las ocho, excepto los sábados y domingos, empezaba la "Gimnasia". Una hora antes se calentaba el samovar con el fin de que los alumnos pudieran tomar una taza de té con azúcar y comer un pancito dulce. Nosotros, sin embargo, no podíamos permitirnos este lujo, ya que el Sr. Gurdjieff cobraba por ello un precio muy elevado, el mismo precio que cobraba el único café que quedaba en Tiflis. Lo hizo así con el fin de ver quién se permitiría tal lujo. Pero al mismo tiempo, el dinero ayudaba a mantener el Instituto.
Varias veces el Teatro Circasiano del Estado mandó unos cincuenta de sus alumnos para estudiar nuestros ejercicios. Esa gente no formaba parte de la "intelligenzia", sino que eran unos jóvenes simpáticos y sencillos, que soñaban con trabajar en el teatro. El Sr. Gurdjieff les daba ejercicios especiales y simples.
Los ingresos provenientes de nuestros alumnos no cubrían los gastos del Instituto, y nadie tenía el tiempo para ganar dinero extra. De manera que, la víspera de Navidad, el señor Gurdjieff invitó solamente al Sr. y la Sra. De Salzmann y a mi esposa y a mí a pasar la noche con él. Pidió el plato tradicional de arroz, con miel y frutas secas, y algunas otras cosas tradicionales de Navidad. Esta cena fue escasa y pobre, y la comimos en una habitación desnuda y fría. Pero como el Sr. Gurdjieff estaba con nosotros, era como de costumbre, mas que suficiente. No hubiéramos cambiado esa noche por otra, llena de abundancia y comodidades.
Desde el comienzo del otoño, me había sentido muy deseoso de empezar un trabajo intensivo en "La Lucha de los Magos". Toda mi experiencia escénica me indicaba que era necesario trabajar mucho más rápido de como lo hacíamos, si la representación se iba a dar en la primavera. El Sr. Gurdjieff había dicho: "Escriba la música como Ud. quiera para el primer acto", y naturalmente así lo hice. Una noche que regresábamos de la cena, él, ante mi insistente requerimiento, se puso a silbar por fin la música para el segundo acto, que yo traté febrilmente de anotar en papel para música. Por supuesto, yo sabia por experiencia, que cuando el Sr. Gurdjieff empezara a poner en escena "La Lucha de los Magos", probablemente todo sería cambiado.
El Sr. Gurdjieff hizo que el Sr. De Salzmann dibujara el decorado para el primer acto, con un retrato del mismo señor Gurdjieff en él. Había también un diseño para el segundo acto. Para el decorado se necesitaba toda clase de materiales, de manera que el Sr. Gurdjieff compró un viejo piano vertical; al principio temí que tuviera que tocar en él, pero rápidamente me tranquilizó, al decir que había una cantidad de materiales en él para los decorados: cuerdas, madera, clavos, tornillos y así sucesivamente.
Entre otras cosas para el decorado, el Sr. Gurdjieff hizo un muñeco de "papier mâché" con lucecitas que brillaban a través de unos huequitos. La intensidad de las luces era controlada con un reóstato, también hecho por

el Sr. Gurdjieff. Una noche nos enseñó cómo la luz disminuía o aumentaba a voluntad. Era de un efecto maravilloso. A la mañana siguiente, cuando mi esposa entró al comedor, vio al Sr. Gurdjieff destrozando el muñeco con un hacha. Ella miró con horror, sin saber qué pensar. Pero él dijo: "Lo hicimos, de manera que no lo necesitamos más."
Cuando el Sr. Gurdjieff anunció que "La Lucha de los Magos" se representaría en el Teatro del Estado, me pareció una broma, ya que no teníamos ni siquiera la tela para los trajes.
Pero si él no hubiera dicho esto, nosotros no hubiéramos trabajado con la intensidad que él deseaba. "La Lucha de los Magos" era un disfraz del verdadero Trabajo. Probablemente en aquel entonces no estábamos lo suficiente adelantados como para que el Trabajo con el Sr. Gurdjieff fuera nuestra única meta; aún necesitábamos tener una atracción exterior, tal como una representación pública.

Más tarde en la primavera, el Instituto se disolvió gradualmente. Se hizo claro que el Sr. Gurdjieff estaba terminando un período de su Trabajo. De hecho, él estaba pensando en dar otro paso.
Se puso a actuar fríamente conmigo, y parecía como si no le gustara mi trabajo con el Teatro de Arte de Moscú. Yo acababa de terminar la música, encargada por este teatro, para una de las obras de Knut Hamsun y también la música para la obra de Rabindranath Tagore, "El Rey de la Cámara Oscura". Él dijo que este teatro no comprendía los métodos correctos, que en efecto estaba contradiciendo la idea de un verdadero teatro. Sin embargo, con el fin de permanecer con el Sr. Gurdjieff, yo tenía que ganar dinero. Mi música para las dos obras fue muy bien recibida, especialmente por los artistas del teatro, y ese éxito fue la recompensa a mi perseverancia.
Una noche de verano, me encontré con el Sr. Gurdjieff cerca del teatro de Tiflis y él me notificó, sin dar razón alguna, que hiciera preparativos inmediatos para ir a Constantinopla. Pero, ¿cómo encontraríamos los medios de ir y vivir allá? Yo había recibido un gran adelanto de dinero de B., uno de los compositores del teatro, para orquestar su música. (Su hijo es ahora un coreógrafo muy conocido en París.) Ahora tendría que devolverle ese dinero, ya que no iba a tener tiempo de terminar ese trabajo. Afortunadamente, mi esposa no había dado al Sr. Gurdjieff su abrigo de astracán, que una vez él había querido cortar con el fin de hacer pequeños sombreros Caucasianos. En lugar de hacer eso, ella había vendido este abrigo por una muy buena suma, y había guardado el dinero escondido, no sólo del Sr. Gurdjieff, sino también de mí.
Nuestros amigos de Tiflis, T. y M., al saber que planeábamos marcharnos, decidieron ofrecernos un concierto de despedida, con mis composiciones, en una sala que pertenecía a un Persa muy conocido y construida por un arquitecto Persa. La sala tenía muchas columnas esbeltas, decoradas con pequeños espejos, y nuestros amigos, que comprendían esta clase de arte, no permitieron que se usara electricidad, y en su lugar, trajeron grandes velas. Las miríadas de reflejos, en los espejitos, daban un efecto muy bello. El piano estaba cubierto con un magnífico chal Persa. La música se alumbró con dos enormes velas entretejidas con flores Persas. En lugar de sillas había bancos cubiertos con alfombras Persas. Mi

esposa y un excelente tenor del Teatro Imperial de Tiflis cantaban, y yo estaba al piano. El Sr. Gurdjieff estaba allí y quedó satisfecho, a pesar de que todo el personal del Teatro de Arte de Moscú estaba presente.
Algunos días más tarde, él me dijo, para mi gran alivio, que iba con nosotros a Constantinopla. El dinero que mi esposa consiguió por su abrigo pagó nuestros boletos y parte del boleto del Sr. Gurdjieff.
En una semana fuimos a Batum, rumbo a Constantinopla. Cuando nuestros amigos Armenios oyeron hablar de este viaje, nos pidieron que diéramos un concierto de música de Komitas en Batum, y esto también nos produjo dinero.
En Batum, experimenté una alegría completamente inesperada: mi esposa fue a comprar nuestros boletos para Constantinopla y como tenían que ser reservados, ella dio nuestros nombres y dirección. Después de su regreso a casa, un mensajero de la oficina de viajes vino a preguntar nuestros nombres de pila, y cinco minutos después, para mi gran asombro, apareció mi hermana. Se ganaba la vida como jefe de la oficina de viajes en Batum. El jefe de la empresa era también un Ruso, amigo nuestro. El último día nos pidió que lleváramos una gran cantidad de dinero a Constantinopla para él, ya que no se podía transferir legalmente, ni sacar del país.

Algunos días más tarde, el barco zarpó y dejamos a Rusia, sin sospechar que sería para siempre. Pero el Sr. Gurdjieff estaba con nosotros.
Ya los Bolcheviques habían empezado a entrar en el Cáucaso, de manera que nos marchamos justo a tiempo. El mar estaba tranquilo, muy diferente de nuestro viaje de Sotchi a Poti.
Al principio de la travesía, tuvimos que dormir sobre cubierta, ya que no podíamos permitirnos camarotes; pero el capitán dio al Sr. Gurdjieff algunos biombos para poder aislarse, y nos permitió, a mi esposa y a mí, que ocupáramos de noche su camarote de trabajo, porque dimos un concierto a bordo. De manera que estuvimos muy cómodos durante tres noches. Pero cuando supimos de que probablemente la inspección sanitaria se efectuaría a bordo de otro barco, antes de desembarcar en Constantinopla, empezamos a preocuparnos mucho por la gran cantidad de dinero que cargábamos. Mi esposa contó al capitán el asunto del dinero, y escapamos de la inspección por completo, quedando encerrados bajo llave en el camarote del capitán, mientras todos los demás pasajeros, incluso el Sr. Gurdjieff, sufrieron la inspección sanitaria.
En una mañana soleada, entramos en el puerto de la ciudad más bella del mundo: ¡Constantinopla! El capitán nos permitió usar su camarote por varias noches, mientras buscábamos un lugar donde vivir. Subimos a Pera, la parte Europea de la ciudad, en el funicular. En cada estación de este ferrocarril había un Turco vendiendo jugo de naranja, que bebimos con mucho gusto. En una tienda Griega, comimos pasteles con carne con el Sr. Gurdjieff; todo parecía maravilloso después de la vida severa de Tiflis. Los mercados estaban llenos de toda clase de comida y nos sentimos impresionados por la vida rica de los Turcos y de las fuerzas de ocupación. En Rusia, el general Koltchak fue vencido, y el general Wrangel evacuó lo que quedaba del ejército Ruso de la Crimea a Constantinopla.

A nuestra llegada, sólo teníamos ocho liras Turcas en el bolsillo, pero confiábamos en acontecimientos afortunados, y una vez más, aprendimos pronto cómo se gana uno la vida. Recorriendo las calles, vimos el aviso de que se alquilaba una pequeña habitación. Descubrimos que pertenecía a una agradable viuda Belga y su hijo. Cuando le dijimos que sólo teníamos ocho liras para pagar a cuenta, y que íbamos a vender algunas joyas al día siguiente para pagar el resto, ella nos dijo que tratáramos de encontrar un trabajo, primero, evitando así, tal vez, la venta de las joyas. Tuvimos suerte de nuevo. El cuarto era pequeño pero muy limpio y estaba en el centro de Pera.
Al día siguiente de nuestra llegada, descubrimos que el Sr. y la Sra. Ouspensky vivían en Prinkipó, a media hora de distancia por barco de la ciudad. El Sr. Ouspensky había ido diariamente al YMCA, donde había organizado charlas acerca del desarrollo espiritual del hombre, y un numeroso público había sido atraído. En realidad, el Sr. Ouspensky había preparado para el Sr. Gurdjieff un grupo de alumnos para un Instituto, pero la apertura del Instituto no se efectuó sino en el otoño. Mientras tanto, el Sr. Gurdjieff trataba sicológicamente a enfermos que se le traían, gente que había sido declarada sin esperanza.
Se empezó de nuevo el trabajo sobre "La Lucha de los Magos" y recuerdo en forma muy vivida, la noche en que el Sr. Gurdjieff dictó el canto del derviche para el primer acto; Ouspensky lo describe en "Busca de lo Milagroso".
Tres o cuatro días más tarde, tuvimos otra sorpresa. Esta vez descubrimos que la hermana de mi esposa se refugió en Constantinopla, con su familia, después de escapar de Rusia. Desde nuestra salida de Petrogrado, hacía dos años, no habíamos tenido noticias de ellos.
Conocí al jefe de la YMCA (organización que se llamaba "El Faro"), un Americano muy simpático y a su asistente Ruso, y ellos propusieron que yo diera una conferencia diaria sobre música por cinco liras (cinco dólares). Pronto comenzaron unos conciertos, en los cuales mi esposa cantaba, que también produjeron dinero; la vida se volvió segura de nuevo.
En "El Faro" conocí un poco más tarde al director de escena del Teatro Imperial de San Petersburgo y, ya que mi esposa conocía el papel de la primera soprano de "La Traviata", contemplamos la posibilidad de dar la ópera. Había en aquel entonces, en Constantinopla, muchos músicos de San Petersburgo, que habían escapado de allí. Pero no había partitura para orquesta, así que tuvimos que tocar con música para piano y casi de memoria. Yo tocaba el piano y al mismo tiempo dirigía. Poco antes, "El Faro" había recibido una cantidad de tela verde oscuro para vestir a los pobres. Antes de cortarla, la usamos como cortinas para el escenario. La indumentaria era contemporánea; habíamos visto a la "Traviata" puesta en escena en esta forma en Italia, con Toscanini, durante el festival del centenario de Verdi. Recuerdo que cuando el director de escena vio a mi esposa en el ensayo general, vestida de blanco en su papel de "Traviata", se sorprendió y apenas pudo reconocerla, ya que la había visto hasta ese día sólo en sus pobres vestidos corrientes. Todo marchó perfectamente, incluso la orquesta improvisada bajo mi batuta. La mitad de las entradas de taquilla fue al YMCA y la mitad a los músicos. Nuestra parte por la

función fue de trescientos dólares. Estábamos encantados.
Al día siguiente, el Sr. Gurdjieff nos aconsejó que usáramos este dinero para ir a vivir en Prinkipó, ya que la salud de mi esposa no era muy buena y ella necesitaba sol y descanso. La "pensión" allí era la residencia de un antiguo bajá, y pronto también el Sr. Gurdjieff vino a vivir allí. Partiendo de nada, habíamos llevado a cabo la representación de "La Traviata", lo que me permitió tener una buena orquesta de sesenta músicos, con la cual empecé a dar conciertos cada dos meses. Como las mujeres Turcas no podían asistir a conciertos públicos, dimos una función especial para ellas. Mi repertorio consistía en obras de los mejores compositores Rusos y Franceses, así como de Beethoven y Wagner, porque tuve la gran suerte de descubrir en el desván del consulado de Francia todas las partituras de orquesta.
Algún tiempo después, dos generales Franceses vinieron a nuestra habitación, la cual a pesar de su pequeñez tenía un piano, una cama y facilidades para cocinar, y me invitaron a dar un concierto de música Francesa en el Día del Armisticio, con mi orquesta, y mi esposa de solista.
El Sr. Gurdjieff empezó a planear la apertura del Instituto, ya que algunos discípulos le habían seguido desde Tiflis. Pronto se encontró una casa. En el primer piso había una gran sala con bancos; en el segundo, habitaciones para el Sr. Gurdjieff y en el tercero, cuartos para algunos de sus discípulos. Se alquiló un buen piano vertical. El Sr. Ouspensky mandó a un grupo de jóvenes, quienes, con gran entusiasmo, empezaron a venir cada noche para la "Gimnasia".
El Sr. Gurdjieff siguió con los "ejercicios" que él había dado en Tiflis, pero al mismo tiempo, agregó algunos nuevos. Yo vi que, como en Essentuki, el trabajo era siempre el de fortalecer la atención. Un día, mientras yo estaba observando y tocando piano como de costumbre, el Sr. Gurdjieff me dio un pedacito de papel, en el cual había escrito una voz alta como adorno. Se hizo imposible tocar todas las partes con dos manos. De manera que le dijo a la Sra. De Salzmann que tocara la baja y yo la alta, y esto se convirtió en la danza de los derviches. Cuanto más penetraban los discípulos el movimiento, más apasionante y bello se volvía, lleno de una fuerza mágica, característica de todas las órdenes de derviches. Fue muy interesante editar y volver a escribir la música de esta danza; esto debía hacerse inmediatamente según las instrucciones del Sr. Gurdjieff, que quería la melodía principal en la mano izquierda, una sexta más abajo. Allí era sorprendente cómo el acompañamiento, la vocecita aguda y la sexta inferior se mezclaban para formar un todo. Poco tiempo después, el Sr. Gurdjieff me trajo otro pedacito de papel de música con bemoles desusados en la signatura. La melodía, por encima de un ritmo monótono en el bajo, corría de principio a fin. Esto era el gran movimiento derviche. Cuando fue presentado en el Teatro de los Champs-Elysées en París, el Sr. Gurdjieff dijo a algunos músicos en la orquesta, que agregaran una segunda voz, muy suave, construida en la misma escala. Este tono añadido era para representar los derviches que no estaban activos en el movimiento, pero quienes, en voz muy baja y monótona, estaban diciendo sus oraciones. Ahora el todo se hacía formidablemente efectivo.

Algún tiempo más tarde, un bajá con su fez rojo se acercó a mí, y con

mucha cortesía, me dijo que toda la prensa Turca necesitaba dinero urgentemente —¿podría yo ayudar dando un concierto con mi orquesta?— En seguida prometí hacer todo lo posible, sin remuneración, ya que era huésped de Turquía. Le hablé del asunto al Sr. Gurdjieff y él propuso una demostración de danzas y música orientales. En vista de que fue un éxito, la demostración se repitió varias veces en Constantino-pía, así como en otros lugares cercanos.
Algún tiempo después, el mismo bajá nos presentó, al señor Gurdjieff, a mi esposa y a mí, al jeque de la Mezquita de Pera, donde cada viernes se efectuaba un servicio de derviches giradores. Después de haberlos visto varias veces, nos invitó al Sr. Gurdjieff y a mí, a una sala subterránea de la mezquita, donde hacía fresco aun en los días calurosos, y nos sentamos sobre alfombras, para beber café Turco, mientras los músicos que acababan de tocar para los derviches, daban un concierto de la mejor música Turca con flauta y tambor. Yo quería tomar apuntes, pero me dijeron que sólo podía escuchar. De manera que presté suma atención, y apenas regresé a casa, escribí todo lo que pude recordar. Los mejores músicos derviches y los expertos en música Turca pertenecían todos a una orden monástica derviche, la Mehlevi, que permite el matrimonio. Nuestro bajá pertenecía a esa orden. La música Turca era tan bella como la propia Mezquita y dejaba una profunda impresión. Mi esposa podía sólo escuchar y observar a los derviches desde un balcón elevado y a través de una reja. Las mujeres en aquel tiempo no tenían los mismos derechos que los hombres.
Como en Tiflis, ahora en Constantinopla, el Sr. Gurdjieff me dijo que abandonara mis actividades musicales. En Tiflis había parecido agradarle que yo no lo hubiera hecho en realidad, pero esta vez las condiciones parecían requerirlo. De manera que renuncié a mis actividades de director, que me tomaban tanto tiempo. Para mantenernos, sólo daba clases particulares y conciertos privados. Pero, a raíz de esta decisión, a veces me encontraba sin un centavo. Recuerdo vividamente un día, cuando mi esposa estaba enferma, que se necesitaba dinero y no teníamos más que algunas monedas. Decidí vender la copa que se me había regalado por mi concierto del Aniversario del Armisticio. El nombre y el precio aun estaban en la copa —veinticinco liras—. Pero el tendero no quiso dar un centavo por ella. Una señora en la tienda, tal vez una admiradora de mis conciertos, ofreció dos liras, y me sentí contento de darle la copa y comprar lo que necesitábamos con urgencia. Comprendí que "la fama es menor que el humo", y por esta constatación, de nuevo agradecí al Sr. Gurdjieff.
En la primavera, el Sr. Gurdjieff convirtió nuestra sala en una especie de teatro para que los movimientos pudieran practicarse en el escenario. Comenzó también a trabajar en toda clase de fenómenos sobrenaturales: hipnotismo, acción a distancia, transmisión de pensamiento, etc. Pero él sólo inició este programa aquí; más tarde fue desarrollado en el "Prieuré", en Francia. En su debido lugar, yo explicaré y describiré su significado; ahora, sólo diré que exigía de parte de los alumnos un máximo de atención y una comprensión rápida, y que tenía un propósito fundamental dentro del trabajo general de desarrollo del Sr. Gurdjieff.
Un día que ninguno de nosotros tenía dinero, vinimos todos a la sala y

discutimos con el Sr. Gurdjieff lo que se debía hacer. Mi esposa ofreció cablegrafiar a su hermano en Nueva York para que mandara algún dinero, ya que me debía una cuantiosa suma, y unos días más tarde, llegaron trescientos dólares. En seguida, los llevamos al Sr. Gurdjieff, quien estuvo muy contento de que hubiéramos pensado, primero que todo, en pagar el alquiler del Instituto. Nos devolvió bastante como para pagar nuestro propio alquiler y vivir por algún tiempo.
Muy pronto, él empezó a pensar en dejar Constantinopla e ir a Berlín, porque la vida en Constantinopla había comenzado a deteriorarse muy rápidamente. Dimos un concierto de despedida, que produjo una buena cantidad de dinero: suficiente para los pasajes así como para vivir un año entero en Berlín.
El último día, el Sr. Gurdjieff me hizo una jugada que tengo que relatar. Me dijo: "Tomás, estoy sin dinero. Usted dio un concierto hace un día..." Mi esposa, que conocía la diferencia entre la voz del Sr. Gurdjieff cuando él verdaderamente necesitaba dinero y cuando no, no le hubiera dado nada; pero yo se lo di. Cuando estábamos a punto de subir en el vagón de carga para Belgrado, un "jamal" (mozo de cuerda) entregó un saco de carne de oso al Sr. Gurdjieff, quien dijo: "Muy agradecido, Tomás, gracias a Ud. pude comprar esta carne para nuestro viaje. . .". Pero entonces, después de olería, la tiró. . . una vez más vi que el trabajo del Sr. Gurdjieff era un constante y beneficioso jugar con nosotros, con el fin de llevarnos a una comprensión correcta y activa.

Nos marchamos para Berlín con el Sr. Gurdjieff y su esposa y la familia de mi cuñada. En nuestro furgón de carga, teníamos que sentarnos y dormir en el piso. Llegamos a Sofía la segunda noche. Pasamos la noche en un bosque en la ladera de una montaña cerca de la vía del ferrocarril. A la mañana siguiente, en el mismo vagón de carga, proseguimos nuestro camino y, en la noche, llegamos a Belgrado. Causados por los dos días y la noche en el piso del furgón, esperábamos hallar un hotel en Belgrado. Mas, cuando quisimos salir del tren, el policía del ferrocarril se puso a gritarnos: "Rusos, váyanse, la entrada a Belgrado está prohibida. Váyanse a otra parte". Pero un amigo nuestro que era el cónsul Ruso, y a quien habíamos escrito, nos recibió en la estación y solucionó nuestras dificultades.
A la mañana siguiente pudimos trasladarnos para un vagón de segunda clase. Alemán, tan limpio y confortable como antes de la guerra.
Llegamos a Budapest en la noche y pasamos el día siguiente allí. En la mañana, el Sr. Gurdjieff me puso de nuevo en una situación difícil. Yo esperaba, por supuesto, que nosotros iríamos, en el centro de la ciudad, al famoso Wiener Café y al Museo... pero nada de esto ocurrió. El Sr. Gurdjieff, paseando a lo largo de las calles, se acercó a una tienda y empezó a mirar las agujas y los carretes en exhibición en la vitrina. Yo hervía por dentro, completamente identificado con mis propios planes.
En la frontera Alemana nos sorprendimos mucho cuando los funcionarios de la aduana, al saber que éramos Rusos, fueron muy amables y ni siquiera abrieron nuestro equipaje.
Cuando pienso en nuestra estada en Berlín, donde nos quedamos desde la primavera de 1921 hasta el 13 de julio de 1922, veo que era en realidad

una preparación para el traslado a Francia, donde el Sr. Gurdjieff, finalmente, realizó su "Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre" en gran escala. Estoy seguro de que ni siquiera el Sr. Gurdjieff sabía, cuando llegamos a Berlín, lo que ocurriría allí, ni en qué dirección tendríamos que orientar nuestros esfuerzos. Él siempre esperaba el momento preciso para dar el próximo paso.

Se alquiló una sala donde empezó el trabajo de "Gimnasia" con todos los que nos habían seguido desde Constantinopla. El Sr. Gurdjieff nos dijo que aprendiéramos Inglés en nuestros ratos libres, bajo la supervisión del Sr. F. Yo también me puse a estudiarlo, pero por mi cuenta. Mi esposa lo hablaba desde la niñez. Pronto, el mismo Sr, Gurdjieff empezó a estudiarlo. Como mi esposa se convirtió en la secretaria del señor Gurdjieff, y como hablaba cinco idiomas Europeos, ella pasaba mucho tiempo en el café donde el Sr. Gurdjieff se quedaba la mayor parte del día, y tenía que traducir al Inglés lo que él escribía en Ruso. Relacionaba sus palabras con un tema particular sobre el cual hablar, tal como costura u otro oficio, o conversaciones corrientes. Para controlarnos mutuamente, me daba una lista de palabras Rusas para traducirlas al Inglés; luego, él las traducía de nuevo al Ruso.
Nos preguntábamos por qué el Sr. Gurdjieff nos había dicho que estudiásemos Inglés, pero pronto la razón de ello se hizo evidente.
El Sr. Ouspensky, aún en Constantinopla, recibió la noticia inesperada de que su libro "Tertium Organum" había sido traducido al Inglés y publicado con gran éxito en Inglaterra y los Estados Unidos simultáneamente. Pudo, entonces, ir a Londres donde inmediatamente organizó un círculo de gente encabezado por Orage, el editor de "El nuevo siglo" y empezó a dar conferencias dedicadas a la exposición de las ideas del Sr. Gurdjieff. Este círculo aumentó rápidamente y los que asistían a esas conferencias, pidieron que se les pusiera en contacto personal con el Sr. Gurdjieff.
Como resultado, el Sr. Gurdjieff hizo un viaje a Londres, acompañado por mi esposa, ya que él no podía todavía hablar ni Inglés, ni Francés. Se decidió entonces organizar un Instituto en Francia con fondos provenientes de Inglaterra.
De regreso a Berlín, el Sr. Gurdjieff hizo numerosas compras que nos intrigaron. Tal vez en su mente estaban ya previstos todos los detalles de la organización del Instituto, de la misma manera que cuando él había preparado nuestra expedición a través de las montañas. El trabajo de "Gimnasia" siguió sin interrupción hasta que el Sr. Gurdjieff con algunos de los alumnos se marchó por tren el 13 de julio a París. Llegamos a París el 14 de julio de 1922 durante la bulliciosa y alegre celebración de la tiesta nacional Francesa.

VI

En la estación, en París, el Sr. De Salzmann recibió al señor Gurdjieff y a nuestros alumnos. Mi esposa y yo fuimos llevados por el primo de mi esposa, un Francés muy rico, a su mansión en Neuilly. Era la última palabra en comodidades. Dos hermosas habitaciones con baños, fueron preparadas para nosotros. Nos llevó a los mejores restaurantes y teatros, y nos mostró París. Después de tantos años de privaciones y restricciones, el tener tales comodidades era como si el propio Sr. Gurdjieff hubiera creado ese lujo y descanso para nosotros. Al cabo de pocos días, nuestros anfitriones se marcharon a su casa de veraneo en Marly y nos quedamos en su bella casa, sintiéndonos absolutamente libres para disfrutarla.

Pero muy pronto ambos recibimos tareas del Sr. Gurdjieff. A mi esposa se le dijo que encontrara una propiedad cerca de París, con una casa muy grande y con terreno. Yo recibí otra tarea: la de encontrar para el Sr. Gurdjieff un "pied-á-terre" en el centro de París, una habitación con cocina, baño, y entrada independiente. Después de larga búsqueda, una agencia me dijo, finalmente, que ellos tenían un pequeño apartamiento semejante en la calle Miromesnil, pero que no me darían el número hasta que no pagara un depósito. No lo podía hacer porque no tenía dinero. Sin embargo, yo conocía ya la calle y me sobraba tiempo. De manera que decidí visitar cada casa en la calle Miromesnil. En la décima casa la conserje me dijo que tenía, precisamente, la clase de apartamiento que yo estaba buscando. Hasta tenía teléfono. Me sentí embargado de alegría, porque en aquel entonces era prácticamente imposible encontrar habitación alguna en París. Fui volando hasta el Sr. Gurdjieff y le dije que había encontrado un apartamiento con todo lo que él necesitaba. Me escuchó con mucha indiferencia y luego preguntó: "¿Hay una cocina de gas?" No se me había ocurrido mirarlo. Pero cuan chocante de su parte, pensé yo, el preguntar acerca de tal tontería en lugar de estar agradecido por lo que yo había encontrado.

La lección en este caso era la de no perder la cabeza y controlar la atención, aun cuando uno sienta una gran satisfacción. Esta fue la manera del Sr. Gurdjieff de agradecerme el haberle encontrado el apartamiento.

De Londres empezó a llegar gente y, con el fin de mantenerlos juntos y tener un contacto constante con ellos, el señor Gurdjieff alquiló varios apartamientos en la calle Michel Ange. Había comprado toda clase de material, hilo, agujas, tijeras, dedales, y una máquina de coser. Él mismo cortó distintas clases de vestimentas para "La Lucha de los Magos" y cada persona que era capaz, ayudó a hacerlas. No había conversación filosófica, solamente costura. Para los Ingleses que vinieron por causa de las conferencias del Sr. Ouspensky, esto era algo nuevo, pero todo el mundo trabajó, hasta los que no estaban bien enterados de las ideas. Una alumna del Sr. Gurdjieff, la señora H., la coreógrafa de la Ópera de París, quien también daba clases en la escuela Dalcroze, pudo conseguir para nosotros una sala en la escuela para los ejercicios. Esto hizo posible no

solamente proseguir con la "Gimnasia y Danzas Sagradas", sino también trabajar allí en los trajes y pintar sobre el material, a mano o con un pulverizador.
Un día supimos que se había encontrado una casa magníficamente amueblada, que era precisamente lo que necesitábamos, en Fontainebleau, a cuarenta millas de París. No creíamos que sería posible comprarla porque el precio era elevado. El Sr. Gurdjieff decidió no obstante comprar la propiedad, sin siquiera haberla visto: el "Prieuré d'Avon". El arreglar los términos con el propietario, el Sr. Gurdjieff lo dio como tarea a mi esposa. En Berlín, él había empezado a entrenarla con el fin de hacer de ella su secretaria y asistente, hablando con ella, al mismo tiempo, acerca de las ideas y del Trabajo interior. Le enseñó cómo mantener la atención alerta, cómo desarrollar la memoria y tratar en todas las circunstancias de recordarse de sí misma. Le dijo ahora cómo actuar con la señora Labory, la dueña del "Prieuré": mantener en la mente todo el tiempo lo que deseaba conseguir de ella, y ni por un solo instante perder este pensamiento, aun cuando la conversación se desviara hacia otros temas. Tal consejo de parte del Sr. Gurdjieff era como oro para aquellos que realmente trataban de trabajar con él.
Era necesario encontrar 1.000.000 de francos para comprar el "Prieuré". Esta propiedad pertenecía a la viuda de un famoso abogado, Labory, quien defendió y liberó a Dreyfus. Como pago, la familia Dreyfus le dio el "Prieuré". La casa era un castillo remodelado, del siglo XVII o XVIII, que en otros tiempos había sido un monasterio para priores, por eso era llamada el Priorato. Existía un rumor de que antes había sido la residencia de madame de Maintenon.
Mientras tanto, mi esposa tuvo que persuadir a la señora Labory que lo arrendara por un año con una opción de compra, y que despidiera a su jardinero con el fin de que el Sr. Gurdjieff pudiera tener el sentimiento de plena posesión. Mi esposa logró conseguir que la Sra. Labory aceptara todas estas condiciones. A pesar de que la casa principal estaba ocupada, pudimos visitarla. Nos encantó especialmente la hermosa vista de las fuentes desde uno de los salones y la insólita alameda de tilos. Algunos de los nuestros vinieron, en aquella época, a vivir en el "Paradú", una pequeña casa vacía, dentro de la propiedad. Todos los Ingleses se alojaron en hoteles en Fontainebleau, pero pasaban el día entero con nosotros.
Un día, después de la cena, cuando el Sr. Gurdjieff estaba con nosotros en el "Paradú", pidió que sacaran la mesa del comedor. En seguida los jóvenes lo hicieron. Había un piano vertical y de inmediato empezaron los movimientos derviches y los "obligatorios", seguidos luego por todos los ejercicios que se habían hecho en Tiflis, Constantinopla y Berlín.
Pronto la casa grande se desocupó y pudimos explorarla. La primera impresión era la de gran elegancia, pero no de comodidad; ¡había un solo baño en toda la casa! Afortunadamente, el agua venía de nuestro manantial privado, una de las condiciones en la que mi esposa insistió con firmeza.
En la planta baja había un largo vestíbulo decorado con pinturas, y un comedor elegante. A la derecha había una sala de recepción, más allá una biblioteca con estantes de estilo jacobino, y más allá todavía, un gran

salón donde había un piano Pleyel de concierto; éste no era el viejo piano estropeado de Tiflis. Todo le llega al que sabe esperar y, con el Sr. Gurdjieff, siempre era así.
Después del salón, había el estudio del dueño anterior y cerca de allí una magnífica sala de billar. Pero nunca tuvimos la oportunidad de jugar porque el Sr. Gurdjieff mandó pronto a vender la mesa.
Él bautizó en seguida el segundo piso "El Ritz", nombre del más lujoso y costoso hotel de París, y la primera habitación a la izquierda era la de él. Luego venían varias habitaciones con hermosos muebles antiguos y grabados franceses; Katherine Mansfield murió en uno de estos cuartos.
Nuestra habitación estaba en el tercer piso que llamábamos "el corredor de los monjes".
Adyacente a la casa principal había un ala grande, con una cocina y un comedor amplios en la planta baja, donde tomábamos siempre nuestras comidas. En su segundo piso había cuartos para los Ingleses y los Rusos, quienes poco a poco llegaron al "Prieuré".
En el patio de atrás había establos, un garage y un cobertizo para vacas donde se construyó un balcón especial cuyas paredes y techo fueron decorados por el Sr. De S. El Sr. Gurdjieff descansaba a menudo allá. Le decía a Katherine Mansfield que se acostara allí a inhalar el aire que era tan benéfico para sus pulmones.
Empezó nuestra vida de todos los días. A las seis de la mañana cuando uno de los alumnos recorría los pasillos con una campanita, teníamos que levantarnos rápidamente, bajar al comedor, tomar café a la carrera con un pedacito de pan e ir directamente al trabajo. El Sr. Gurdjieff sabía cómo distribuir el trabajo entre las personas, de tal modo que ni un sólo momento se perdiera. A veces, él llamaba a hombres y mujeres para una tarea especial y decía: "Arroje a todo el mundo al trabajo" y una gran labor se hacía en pocas horas. El trabajo afuera seguía desde la mañana hasta las siete de la noche, o hasta que anocheciera, con una interrupción para el almuerzo. El Sr. Gurdjieff miraba desfavorablemente a cualquiera que permaneciese sentado por largo tiempo en el comedor fumando o conversando. Luego, cuando tocaba la gran campana, cada uno iba a una cena de carne con fríjoles, guisantes o papas, café y pan. Teníamos que cambiarnos rápidamente la ropa de trabajo por trajes y vestidos limpios. A las ocho debíamos estar en el salón donde el Sr. Gurdjieff a veces hablaba y donde se efectuaban las "Danzas Sagradas".
El Sr. Gurdjieff inventaba ejercicios nuevos, no muy complicados, todos relacionados con el desarrollo de la atención, tales como tres movimientos simultáneos para cabeza, brazos y piernas, con una cuenta. Estas maravillosas combinaciones ocupaban por entero la atención de uno, y el flujo mecánico de las asociaciones dejaba de molestarnos.
El Sr. Gurdjieff nos hablaba con frecuencia por las noches, cuando nos reuníamos en el salón. Nos dijo, por ejemplo, que iba a darnos trabajo para el centro emocional, pero nadie parecía comprender lo que él quería decir, y a mí y a algunos otros, esto nos parecía extraño. Pero al día siguiente comprendí cuando, como consecuencia de alguna torpeza mía, me llamó "balda" (estúpido). Esto me hirió profundamente y el sentimiento no desapareció por algún tiempo. Pero esa misma noche el Sr. Gurdjieff me dijo: "de manera Tomás que hoy Ud. también recibió algo".

Me di cuenta de que el trabajo sobre el sentimiento había empezado, y todas mis emociones opresivas se esfumaron. De nuevo vi que si empezaba a hervir de-ira, mi tarea era la de luchar contra ella interiormente y no manifestarla. En relación con esto, el Sr. Gurdjieff me dijo una vez que uno nunca debería estar resentido por tales comentarios en el Trabajo, sino más bien considerarlos como una medicina curativa. Sin embargo, el arte con el cual el Sr. Gurdjieff nos traía este dolor, era tan grande, su máscara tan bien asumida, que a pesar de haber decidido de antemano no reaccionar y recordar que esto era hecho para ayudarnos, cuando la experiencia se efectuaba, estábamos muy seguros de que ante nosotros se hallaba un hombre frío y hasta cruel. Nos sentíamos ofendidos y, a pesar nuestro, las protestas estallaban como pólvora. El rostro del Sr. Gurdjieff empezaba a cambiar de inmediato. Volvía a tomar su expresión habitual, pero parecía muy triste y se alejaba sin decir una sola palabra. Nos devoraba entonces un sentimiento de terrible insatisfacción para con nosotros mismos. Habíamos "olvidado", no "recordado" el porqué habíamos venido aquí y reaccionado en una forma inadecuada.
Cada actividad en el Trabajo enseñaba claramente que la meta no era nunca hacia resultados externos sino hacia la lucha interna. Por ejemplo: el Sr. Gurdjieff, una vez, mandó a todo el mundo a preparar la tierra para la huerta, pero luego, el jardín fue abandonado. Muy a menudo decía tener mucha prisa para terminar uno u otro trabajo y que teníamos que hacerlo lo más rápido posible. Debo decir que esta presión para acabar, era siempre un estímulo, pero este mismo estímulo provocaba en nosotros una especie de identificación inconsciente. Recuerdo al Sr. Gurdjieff diciendo: "Identificación, identificación", queriendo decir que habíamos sido completamente absorbidos por la tarea. Pero en otras ocasiones nos enseñaba que, cuando nosotros trabajamos realmente, tenemos que "identificarnos" al mismo tiempo que guardamos un poco de atención para, con ella, observarnos a nosotros mismos.
Por otra parte, el Sr. Gurdjieff observaba de cerca como trabajábamos y nunca permitía que nos sobrepasáramos. Una vez, mientras yo estaba haciendo algo muy forzado, lo que era probablemente demasiado para mí corazón, dijo inesperadamente: "Tomás, ahora vaya a quemar unas hojas".

El salón en el "Prieuré" no era lo suficientemente grande para nuestras actividades, de modo que casi en seguida de nuestra llegada, empezamos a preparar un lugar para construir una gran sala en la propiedad. El Sr. Gurdjieff logró comprar, por casi nada, la estructura de un hangar de la Fuerza Aérea Francesa y dos grandes camiones la trajeron pronto en secciones. Se descargó todo en un montón enorme y empezamos a ensamblarla —un verdadero rompecabezas para gente inexperta. Cuando la estructura fue levantada, se hizo un techo con tablas delgadas, cubiertas con papel alquitranado. Las paredes eran de tablas y los espacios entre ellas se llenaron con hojas secas mezcladas con tierra y arcilla. Teníamos gran cantidad de arcilla porque, al nivelar el terreno para esta sala, habíamos removido mucha tierra. Como de costumbre, no se perdió nada.

Cuando empezamos a construir, el Sr. Gurdjieff dio órdenes para que se dejara un determinado espacio entre cada sección del hangar, y pronto vimos porqué. Ordenó que se sacaran las ventanas de un viejo invernadero en el jardín, y esas ventanas eran precisamente del tamaño de los espacios dejados. Los vidrios fueron pintados bajo la supervisión del Sr De S., quien también decoró algunos con bellos diseños a la manera de las antiguas alfombras Persas. A un extremo de esta sala había una sección de piso elevada, donde se preparó la futura plataforma para las "Danzas Sagradas".
A pesar de haber comenzado el tiempo frío, seguimos construyendo. No teníamos herramientas adecuadas y, prácticamente trabajábamos con nuestras manos desnudas. Tuve que trabajar con mucho cemento, sin saber que daña la piel, y cuando luego toqué el piano, tenía la sensación de tocar sobre agujas.
Cuando el techo, las puertas y las ventanas fueron colocados teníamos un edificio cerrado. Tres grandes estufas de hierro se instalaron de manera que pudimos seguir trabajando en el sitio con calefacción. Pero nos enfrentábamos con un gran problema: el de quitar el poste central que sostenía la estructura entera del techo. El Sr. Gurdjieff dijo a mi esposa que permaneciera cerca de la puerta, ya que el momento era crucial en todo sentido. Dijo: "Al quitar el poste, la Casa o bien se sostendrá o bien se derrumbará." *Se sostuvo.*
Luego, la tela que iba a constituir el cielo raso, debía ser colocada. Era una tela blanca sobre la cual se habían pintado y bordado aforismos: todas las mujeres habían trabajado en ello. La tela fue extendida en el piso y el Sr. Gurdjieff enseñó exactamente dónde debía ir lo escrito. Eran caracteres especiales que él nos había enseñado. Cuando la tela fue levantada y las cuatro esquinas y el centro fueron amarrados, encajaban exactamente, a pesar de que se había trabajado todo al revés. Contra las paredes laterales construimos bancos altos con escabeles. Eran los asientos para los huéspedes a quienes, luego, se les permitió venir los sábados a presenciar la "Gimnasia sagrada y Danzas sagradas", que ahora fueron llamados "Movimientos" ya que la palabra "gimnasia" no tenía el significado correcto en Francia.
Frente a dichos bancos había un espacio separado del área central de la sala por una reja de madera. Cuando fue terminada, la pintamos al estilo oriental. Por encima, colgaban pequeñas lámparas eléctricas, con pantallas rojas, distanciadas de un metro cada una. A la entrada Norte de la sala había una especie de palco, como el de un teatro, con cortinas que colgaban sobre tres lados. Ese era el sitio del Sr. Gurdjieff. Todo el piso estaba cubierto con alfombras orientales, y la plataforma para los movimientos, con linóleo. En el área central, a lo largo de la reja, se colocaron colchones cubiertos con pequeñas alfombras y pieles de cabra, donde los alumnos debían sentarse, separados por almohadones. Los sitios a la derecha eran para los hombres, los de la izquierda para las mujeres.
No habíamos soñado cuan pronto el "Study House" crearía la impresión de una mezquita; no de un Templo, sino de una Casa de Estudio, para un Trabajo interior definido.
Hacia el final, trabajábamos desde las seis y media de la mañana durante

todo el día, y sin embargo quedaba mucho por hacer. Una vez, al caer la noche, seguimos trabajando hora tras hora hasta que, a las cuatro de la madrugada, el señor Gurdjieff mandó a buscar café con leche y pan para nosotros. Cobramos nueva fuerza y el trabajo siguió al mismo ritmo. Llegó la hora del café de la mañana. Se trajo a la sala. Llegó la hora del almuerzo; también se trajo a la sala. El trabajo continuó con la misma intensidad. El último clavo fue finalmente martillado a las siete de la noche. Entonces cenamos, fuimos a la cama, y el Sr. Gurdjieff nos permitió dormir tanto como quisimos.

La decoración del Study House se completó en diciembre de 1922. Más tarde, dos fuentes mecánicas con alumbrado cambiable fueron instaladas no lejos del tablado. De vez en cuando el Sr. Gurdjieff las perfumaba con perfume oriental. Cuando se apagaban las luces principales y el "Study House", con sus alfombras y sus ornamentos orientales, quedaba bañado por un tenue resplandor que venía de las lucecitas rojas y de las fuentes iluminadas, el Sr. Gurdjieff me pedía a menudo que tocara la Oración de Essentuki; los alumnos, dirigidos por mi esposa, tarareaban la melodía. Todo esto creaba una impresión inolvidable.

Mientras se construía el "Study House", el Sr. Gurdjieff empezó también la construcción de un baño Turco. Él nos había llevado, ocasionalmente, a un baño en Tiflis y en Constantinopla, así que sabíamos lo que eran los verdaderos baños Turcos. Uno de sus atractivos era una arcilla especial que, cuando se la esparcía sobre el cuerpo, quitaba todo el vello y dejaba la piel elástica y suave. En el parque, donde empezaba el bosque, había un cobertizo extraño, construido en la roca y en parte subterráneo, que probablemente había sido usado como depósito. Tenía dos cámaras, una de las cuales era grande y redonda. El primer trabajo para convertir esto en un baño turco fue de agregar un cuarto para la estufa y una sala de vapor con tres filas de bancos, para el calor gradualmente aumentado. Antes que fuese terminada la casa de baño, el señor Gurdjieff hizo arreglos provisionales en la gran sala redonda, instalando una estufa, tubería para agua, drenaje y electricidad; y así la primera edición del baño estuvo lista para usarla.

Durante el verano nuestros dos cocineros principales se cansaron y un día, el Sr. Gurdjieff anunció en el "Study House" que los cocineros ya no servían y que él tenía que dar el trabajo a otra persona. ¿Pueden imaginar a quién nombró? A mí, y agregó que yo estaría en adelante encargado de la cocina. No deseo describir todas mis experiencias en este periodo, que, por supuesto, no duró mucho tiempo ya que ningún trabajo de esta clase con el Sr. Gurdjieff duraba.

Mientras fui cocinero, cuando tenía que levantarme a las cinco de la mañana, también tenía que tocar para los movimientos después del almuerzo, porque el Sr. Gurdjieff tenía pensado dar una demostración de movimientos en un gran teatro de París y el trabajo con los movimientos se volvió muy intensivo. Como hacía mucho calor, el piano se trajo afuera e hicimos los ensayos sobre el césped. Un día, toqué y toqué hasta que mi cabeza se inclinó hacia adelante sobre el piano y me quedé profundamente dormido...

Yo sabía que a principios de diciembre, el Sr. Gurdjieff esperaba tener una demostración. Orquesté y copié las partes de una gran cantidad de

música para los movimientos durante el verano, pero quedaba mucho por hacer. Una mañana fui al "Study House" para averiguar lo que el Sr. Gurdjieff tenía intención de hacer. Él estaba allí y en seguida dijo: "Si no tiene nada que hacer arregle las grietas de la pared". Trabajé durante algunos días en eso, pero entonces decidí que más valía que siguiera orquestando la música, ya que las grietas, cualquier otro las podía arreglar.
Cada noche, el Sr. Gurdjieff creaba nuevos ejercicios y había que componer cada vez más música. La demostración se efectuó al final de diciembre, y en las tres noches anteriores no pude dormir nada.
La dificultad de la orquestación aumentaba por el hecho de que sólo tenía treinta y cinco músicos en lugar de cien, número habitual para las representaciones en el Teatro de Los "Champs-Elysées". No podía usar trompetas, porque teniendo tan pocos instrumentos de cuerda, podían haber sonado estridentes. Experimenté un verdadero sentimiento de satisfacción cuando, después del ensayo final, mi gran amigo, el compositor Ruso T., y su hijo, también compositor, me dijeron cuan maravillosa se había oído.
La noche anterior al ensayo general, todas las alfombras, pieles de cabra, colchones y hasta las fuentes del "Study House" se llevaron al Teatro. El "foyer" se convirtió en un palacio oriental. Había toda clase de golosinas orientales para el público, y las fuentes se llenaron con champán en lugar de agua. Los alumnos que no tomaban parte en la demostración, entre ellos un diplomático Inglés, estaban vestidos con los trajes de "La Lucha de los Magos", y estaban de pie a la entrada. Los movimientos fueron muy apreciados, pero la mayor reacción fue causada por las mujeres que caminaban alrededor del escenario con los brazos extendidos. Los espectadores empezaron a gritar "basta, basta" porque no podían comprender cómo era posible mantenerlo durante tanto tiempo.
Cuando terminó la demostración pregunté al Sr. Gurdjieff: "¿Cómo anduvo todo?" Él me miró sonriente pero no dijo nada. Esto me permitió comprender que en un Trabajo de esta clase no buscamos palabras de alabanza o de aliento. Tenemos que cumplir con la tarea lo mejor posible y no debería haber consideración de si a uno se le alaba o no: tal es la meta. El Sr. Gurdjieff decía con mucha frecuencia: "Nunca piense en resultados, simplemente haga."
Yo quisiera mencionar lo que ocurrió durante otra demostración, cuando justo al final el Sr. Gurdjieff gritó "stop". Los alumnos en el escenario mantuvieron sus posturas; las mantuvieron largo rato. Entonces el Sr. Gurdjieff mandó a bajar el telón pero no dijo que el "stop" había terminado. Una de las discípulas no siguió manteniendo el "stop" después de bajar el telón y el Sr. Gurdjieff la regañó muy fuertemente. Él dijo que el "stop" no tenía nada que ver con los espectadores o el telón... que esto era Trabajo y no podía concluir hasta que lo diga el Maestro, que había que mantenerlo aun si estallara un incendio en el teatro.
Después de la demostración, todas las alfombras, las fuentes y demás cosas se llevaron de nuevo al "Prieuré" y los movimientos se reanudaron en el "Study House". Esta demostración era, al mismo tiempo, una preparación para un posible viaje a Nueva York. Digo "posible" porque hasta el último momento no sabíamos si el dinero para los pasajes

llegaría o no.
El Sr. Gurdjieff había mandado al Sr. Orage y al Dr. S. por adelantado a Nueva York para hacerle posible este viaje. Era difícil creer que se podría efectuar porque casi todos los que habían tomado parte en la demostración de París debían ir.
La fecha de la salida fue fijada para principios de enero, y el Sr. Gurdjieff encargó a mi esposa de los pasaportes y vestimenta para todos los alumnos.
Entre los alumnos que iban a América, había no solamente súbditos Rusos con antiguos pasaportes Rusos, sino también Lituanos, Armenios y Polacos, y todos sus pasaportes tuvieron que ser registrados y renovados en Melun cerca de Fontainebleau y ninguno de nosotros tenía auto en aquella época, excepto el Sr. Gurdjieff.
Cada uno tuvo que ser llevado a París y ser provisto de vestidos, en algunos casos literalmente de pies a cabeza. Por supuesto, no se podía considerar los gustos individuales ni los deseos, sino solamente escoger lo adecuado para el propósito del viaje.
Al fin llegó el cheque de América y se compraron los pasajes en seguida. Los movimientos siguieron hasta la última noche. Dejamos un buen número de gente en el "Prieuré", y una persona quedó encargada durante nuestra ausencia. No hubo tiempo para que mi esposa comprara un sombrero y un abrigo para sí misma, de manera que el Sr. Gurdjieff la llevó a París en su auto en la mañana del mismo día de la salida.
Debo mencionar un incidente divertido en relación con los pasaportes: les fueron entregados a cada uno personalmente. Cuando llegó el momento de subir a bordo, una de las mujeres jóvenes no tenía su pasaporte y dijo que lo había colocado en su gran baúl con el fin de no perderlo. Los baúles habían sido transportados al barco la víspera, de modo que tuvimos que conseguir el permiso del capitán para sacarlo de la bodega del barco.
Nos sentíamos todos muy felices de ir a América y cada uno, inclusive yo, soñaba con demostraciones triunfales, así como con las grandes ganancias tan indispensables al señor Gurdjieff para llevar a cabo sus futuros planes. De hecho, todos esos sueños se realizaron. Tuvimos un público entusiasta, dimos muchas representaciones en diferentes ciudades, pero fue todo tan mezclado con dificultades que finalmente, nuestro viaje a América empezó a parecer como otro viaje a través de las montañas. Con el Sr. Gurdjieff la meta no era sólo la de una gira triunfal a través de América, sino siempre Trabajar en el esfuerzo diario.
En Essentuki el Sr. Gurdjieff había comenzado a damos ejercicios con tal fin, incluyendo la concentración del pensamiento y algunos muy complicados, relacionados con la respiración. No creo que debo escribir sobre ellos y además no tendría utilidad solamente leer acerca de ellos; y el Sr. Gurdjieff nos advertía con frecuencia que los ejercicios relacionados con la respiración podían hasta ser perjudiciales si no se hacían en la forma debida. Por la misma razón él decía de no repetir a los demás sus conversaciones privadas, especialmente las conversaciones acerca de la respiración y de la energía sexual.
Un rasgo que todos los ejercicios tienen en común es el de requerir toda nuestra atención y así evitar el flujo de las asociaciones no controladas

que malgastan nuestra energía vital a través de pensamientos, sentimientos o sensaciones, a veces muy estúpidos, a veces muy dolorosos, a veces fantásticos, a veces eróticos, que nosotros más o menos experimentamos. El Sr. Gurdjieff decía a menudo que el "sufrimiento voluntario" y "el trabajo consciente", al reducir este inconsciente flujo de asociaciones, podrían prolongar la vida. Para quienes trabajan sobre la atención y la usan en la lucha contra las asociaciones, que no olvidan de "recordarse de sí mismos", para esta gente la atención empieza a ser no solamente el centro de la vida, sino también el factor que la prolonga.

Nos embarcamos para Nueva York a bordo del "París", en aquel entonces el mayor transatlántico Francés. Todos teníamos muy cómodos camarotes de segunda clase y una comida excelente. El Sr. Gurdjieff tenía un camarote de primera clase. Como él había prometido dar una demostración de los "Movimientos" a beneficio de la tripulación, el comisario de a bordo autorizó a nuestra compañía a usar libremente los salones de primera clase. Pero no toda la travesía iba a ser tan tranquila como el principio. Pronto el mar comenzó a embravecerse y a las siete de la primera noche, la mayoría de los pasajeros, entre ellos nuestros alumnos, empezaron a enfermarse y no aparecieron para la cena. Mi esposa y yo no nos sentíamos muy bien, pero como deseábamos quedarnos con el Sr. Gurdjieff, luchamos para no ceder y para dominar el mareo. Más tarde, en el curso de este y otros viajes, aguantamos muy bien el tiempo tempestuoso. Fue una de las peores travesías que este barco había tenido; hasta el gran espejo en el salón se rajó.
Los días siguientes se pasaron visitando a todos nuestros enfermos que no podían disfrutar las ventajas de este viaje, y podían tragar sólo jugo de naranja.
Pero en la víspera de nuestra llegada, el tiempo cambió y salió el sol. El Sr. Gurdjieff mandó a todos a ensayar los movimientos porque en la noche se debía efectuar la demostración a bordo.
Cuando fui a la cubierta vi un gentío observando algo con gran curiosidad: eran nuestros alumnos practicando los movimientos. En el día, tuvimos un verdadero ensayo en uno de los salones y después de la una dimos una demostración ante todos los pasajeros. La velada empezó con uno de los alumnos explicando en pocas palabras la finalidad de los movimientos. Luego mi esposa cantó "La Canción de la Campana" de Lakmé que al Sr. Gurdjieff le gustaba particularmente. Los movimientos ejecutados eran casi todos los que habían sido presentados en el teatro "des Champs-Elysées" en París. Al final el Sr. Gurdjieff, quien estaba sentado en la primera fila, gritó "Stop", y el público se asombró de ver los alumnos hacerlo, a pesar del balanceo del barco, que era tan violento en un momento dado que el piano lentamente, pero con regularidad, se deslizó de un lado del escenario al otro, siguiéndolo yo en mi silla.
A la mañana siguiente, llegamos a Nueva York. El personal del barco había sido muy atento con todos los alumnos del Sr. Gurdjieff cuando habían estado tan enfermos, pero nadie tenía dinero para propinas. Sin embargo, cuando Orage y algunas otras personas subieron a bordo a recibir al Sr. Gurdjieff, este problema se solucionó rápidamente.

El fotógrafo sacó fotos del Sr. Gurdjieff saludando a América, con su gorro de astracán en la mano. Esta foto, en la que el rostro del Sr. Gurdjieff tiene una expresión profundamente interior, todavía existe. Hay otra foto de él, sentado con sus perros y gatos. Toda su bondad y generosidad, también hacia los animales, se ve claramente. Así lo vimos con mucha frecuencia en los días pasados. . .
Cuando se terminaron todas las formalidades el Sr. Orage llevó al Sr. Gurdjieff, a mi esposa y a mí al hotel Ansonia, mientras otra persona llevaba a los alumnos a otro hotel. Después de instalarnos en nuestras habitaciones, Orage nos llevó al restaurante para el almuerzo. El asado de res tenía un raro color azulado. Seguramente era carne congelada y el Sr. Gurdjieff la dejó. En lo sucesivo compramos siempre pollos o carne a los carniceros Judíos, ya que nunca comen carne congelada.
Cuando durante el día algunos periodistas vinieron a ver al Sr. Gurdjieff y él sacó su cartera, uno de ellos admiró su raro diseño oriental. Le preguntó al Sr. Gurdjieff donde la había conseguido y el Sr. Gurdjieff contestó "¿le gusta?" y se la dio, después de sacar su dinero y sus papeles. Le explicó al periodista que, en el Oriente, si un huésped expresa su admiración por algo en la casa de su anfitrión, el anfitrión siempre lo obsequia al huésped. El periodista se quedó estupefacto...
Al día siguiente, se planteó el asunto de encontrar una sala para una demostración y de inmediato empezaron las dificultades porque no había un sólo teatro disponible. Los alumnos tenían que ensayar. ¿Pero dónde? No se podían conseguir ni salas privadas ni escuelas como las' de París. Finalmente se encontró una sala aceptable, el "Lesly Hall" cerca del hotel donde los alumnos se hospedaban. En el segundo piso había una sala grande, mas para los movimientos, era indispensable un escenario. Así que el Sr. Gurdjieff hizo construir uno rápidamente por los alumnos. Pudiéramos haber conseguido condiciones mucho mejores, porque el Teatro de las Artes de Moscú se encontraba precisamente en esa época en Nueva York, y los artistas y el director eran muy conocidos míos, pues había escrito música para ellos durante nuestro año en Tiflis. El Sr. Gurdjieff sabía todo esto, mas por una razón u otra, no quiso cambiar el Lesly Hall.
Se fijó la fecha de la primera demostración en Nueva York. El piano se subió desde el primer piso. Dos días antes, el señor Gurdjieff me preguntó si sería posible arreglar la música para unos cinco músicos. Había que hacerlo, por supuesto. Después de la orquesta de los "Champs-Elysées", a pesar de que allí habíamos tenido sólo treinta y cinco músicos, esto parecía ser un número lamentable. Para decir la verdad, semejante "orquesta" no era necesaria en absoluto. Pero, sin embargo, el violín, el violonchelo, el contrabajo, el clarinete y la percusión tocaron maravillosamente. Fue agradable oír decir por un músico de Moscú, un conocedor de música Oriental, que toda la música le gustó mucho y especialmente la melodía que llamábamos "El Ganso".
En la noche de la demostración la sala se llenó de Americanos muy elegantes. Había periodistas y escritores invitados por Orage. Hasta el famoso director de orquesta Damrosh, vino. El programa completo de los "Champs-Elysées" fue presentado. Al final de esta larguísima función, cuando el público empezó a salir, quería hablar con algunos de ellos, pero

no pude, porque el Sr. Gurdjieff me dijo que tocara la música de "La Caída de la Sacerdotisa" y que los alumnos la representaran no en el escenario, sino en el piso de la sala. Se prosiguió hasta que todo el público se hubo retirado. Esto echó a perder la noche para mí, y nunca comprendí la finalidad de ello.
Más tarde tuvimos varias demostraciones en el "Neighbourhood Playhouse" en la calle Grand. En este mismo teatro se representó una noche una ópera de Prokofieff, y en otra, música Hindú. El Sr. Gurdjieff me pidió que fuera a escuchar la música Hindú y apuntara las melodías.
Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, había siempre menos y menos gente en nuestro público, y no teníamos nuevas perspectivas. Nuestra ración de comida disminuía día tras día. De modo que el Sr. Gurdjieff decidió hacer lo que había hecho en 1918. Nos dijo que no tenía dinero y que cada uno de nosotros debería buscar trabajo. Todos decidieron ir a una agencia en la mañana. Me ofrecí como músico, pero sólo por cocineros había realmente gran demanda.
En este mismo día, todo cambió. Apenas regresé de la agencia alguien me llamó por teléfono. Era el Sr. Bolm, una de las personas más eminentes en el Ballet Imperial de Petrogrado. Habiendo tenido un gran éxito con la troupe del ballet Diaghileff, se quedó en Chicago y allí abrió un estudio de ballet. Él me encontró por intermedio del Teatro de las Artes de Moscú, porque solicitó algo de mi música. Le hablé del Sr. Gurdjieff, y él estuvo desde el principio muy entusiasmado y pidió serle presentado. Como resultado, Bolm no solamente ofreció su gran estudio al Sr. Gurdjieff para ensayos, sino que también dijo que él ayudaría a organizar una demostración en un gran teatro de Chicago. El Sr. Gurdjieff decidió que iríamos todos a esa ciudad. De manera que nuestras condiciones de nuevo cambiaron de muy malas a muy buenas.
Antes de ir hacia el Oeste, el Sr. Gurdjieff arregló demostraciones en Filadelfia y Bostón para darnos más práctica.
Una de las partes importantes del programa de ese momento era la de "transmisión de pensamiento" por medio de la música: Una palabra era susurrada por una persona del público a uno de los alumnos en la sala, y los alumnos en el escenario tenían que adivinar la palabra. También identificaban objetos en los bolsillos de una persona del público, nombres de óperas, y la música era tocada en el escenario. Antes que empezaran estos experimentos, se anunciaba que algunos serían verdaderos, y otros, trucos. Se invitaba al público a decir cuáles eran unos y otros. Esto interesaba a la gente joven y a los estudiantes tremendamente, pero nunca fueron capaces de comprender cómo lo hacíamos.
Tuvimos que encontrar el modo más barato para llegar a Chicago. Después de muchas encuestas encontré una agencia en Hoboken que nos dio un precio bajo. El Sr. Gurdjieff con mi esposa y Orage se fueron adelante a fin de prepararlo todo para la llegada de los alumnos, establecer los contactos necesarios, interesar a la prensa, visitar el estudio de Bolm, etc. El cónsul de Francia tomó un gran interés en la demostración y propuso que el Sr. Gurdjieff diera una especie de función previa para sus amigos, como publicidad anticipada.
Mi viaje con todos los alumnos no estuvo desprovisto de dificultades. Un episodio me hace estremecerme cada vez que pienso en él. Nuestra ruta

pasaba por el Niágara y los alumnos descubrieron que teníamos el derecho de visitar las cascadas del Niágara y continuar por el tren siguiente. Yo tenía un extraño presentimiento de que no debíamos tomar tiempo para aquello, a pesar de que seguramente el Sr. Gurdjieff no nos necesitaría el mismo día de nuestra llegada. Me costó mucho trabajo persuadir a cada uno que prosiguiera su viaje y renunciara al Niágara, pero aceptaron esto como parte del Trabajo. Cuando, en la estación de Chicago, mi esposa nos recibió y nos dijo que dentro de dos horas tendríamos que actuar ante el cónsul de Francia, cada uno vio cuan acertado había sido no interrumpir el viaje.
La demostración para el cónsul salió bien y en consecuencia se decidió alquilar una sala de concierto muy grande, tan espaciosa como el Carnegie Hall, con un escenario tan amplio como en París. Muchas personas fueron a la función, y tanto los movimientos como nuestros "trucos", fueron bien recibidos.
Al regresar de Chicago tuvimos en Nueva York una última demostración en el Carnegie Hall, a principios de abril de 1924.
El día de nuestra salida para Francia se aproximaba. El señor Gurdjieff le dijo a mi esposa, el último día, que necesitaba que yo me quedara en Nueva York con él. Y puesto que la presencia de ella era indispensable en el "Prieuré", ella tenía que regresar con los alumnos. Mi esposa no pudo aceptarlo y pidió al Sr. Gurdjieff que decidiera lo que más necesitaba: la presencia de ella en el "Prieuré" o la mía en Nueva York. El Sr. Gurdjieff estuvo muy descontento con su rechazo, pero en semejante situación mi esposa no podía ser disuadida y él lo sabía. Durante la cena le dijo que prefería que ella fuera al "Prieuré" y que él se quedaría con la Sra. G. De manera que yo pude también regresar a Francia. Algunas horas antes de la salida, mi esposa se dio cuenta de que no quedaba ni un solo dólar una vez comprados los pasajes. Fue a toda prisa a empeñar una de sus sortijas. Era la misma de la cual dijo una vez al Sr. Gurdjieff que nunca se separaría, porque era el aro de matrimonio de mi madre. Ella encargó a la Sra. G. que buscara a su hermano, el cual vivía en Nueva York, pero se encontraba fuera de la ciudad, y le pidiera que rescatase la sortija. La Sra. G. podía llevársela cuando regresara al "Prieuré". Más tarde la Sra. G. probablemente le habló de ello al Sr. Gurdjieff, porque él mismo consiguió el dinero y la rescató.
Regresamos en un barco muy agradable, el "Washington". El tiempo era espléndido y esta vez todos los alumnos pudieron disfrutar la buena comida.
Cuando el Sr. Gurdjieff regresó, supimos que después de nuestra salida, no le quedaba nada de dinero, ya que se había ido en los pasajes para los alumnos. Vivía en dos cuartitos y no tenía prácticamente nada para comer. Pero las conferencias del Sr. Orage y los movimientos para los Americanos, organizados por la Sra. G. habían continuado y pronto hubo de nuevo dinero disponible. El Sr. Gurdjieff y la Sra. G. regresaron a Francia dos meses más tarde en camarotes de primera clase.
Algunos de nosotros lo recibimos en la estación en París. Luego todos regresaron al "Prieuré" por tren, excepto mi esposa, a quien el Sr. Gurdjieff pidió que esperase y fuera con él en auto.
Cuando estaban en el auto, sacó la sortija que mencioné antes, y se la

entregó. El dijo: "No debiera haberlo hecho sin decírmelo. Su hermano pudiera haberse olvidado o no haberla rescatado a tiempo y la sortija se habría perdido." Ella se sintió muy feliz y conmovida por las palabras del Sr. Gurdjieff. Cuando el Sr. Gurdjieff pasó el portal del "Prieuré", estábamos trabajando en el patio. Bajó de su auto, nos miró con una expresión muy seria —no sabíamos entonces lo que nos esperaba...

VII

El trabajo diario en el "Prieuré" comenzó de nuevo cuando el Sr. Gurdjieff regresó de Nueva York. Debían ser resueltos varios problemas para el equipo futuro del Instituto, pues, como resultado de la visita Americana, unas ochenta personas habían solicitado venir al "Prieuré" al comienzo del verano.
Al mismo tiempo el Sr. Gurdjieff empezó nuevamente su costumbre semanal, que había iniciado más de un año antes, de ir a París conduciendo su coche para pasar la tarde y quedarse la noche en su apartamiento del 9 de la calle Commandant Marchant. A la mañana siguiente mi esposa lo encontraba en el "Café de la Paix" para sus deberes secretariales, que incluían hacer de traductora para la gente nueva que venía a hablar con él, atender a su correspondencia y llevar a menudo al banco los cheques recibidos por correo. Cualquiera que fuese el programa de la mañana, a las tres de la tarde el Sr. Gurdjieff dejaba a París para volver al "Prieuré", llevando invariablemente a mi esposa con él. Aunque durante estos viajes el Sr. Gurdjieff generalmente estaba callado, había algunas ocasiones cuando ella podía hablarle y él le daba indicaciones para el trabajo en el "Prieuré" o para ella misma.
Mi esposa tenía que tratar con casas mayoristas con el fin de obtener los mejores precios para el nuevo equipo de las habitaciones, la lavandería y la cocina. Y como el Sr. Gurdjieff deseaba cambiar de apartamiento a fines de junio, ella tenía que buscar otro.
Fue también durante este período que el Sr. Gurdjieff le dijo a ella que para él era una inconveniencia innecesaria tener que firmar cheques, interrumpiendo a veces sus conversaciones con la gente. Por eso puso él todo el dinero del "Prieuré" en una cuenta bancaria a nombre de ella. Esto la preocupaba mucho, y pidió al director del banco, a quien conocía, aceptar una carta en la cual ella declaraba que el dinero a su nombre pertenecía en realidad al Sr. Gurdjieff. Esto lo hizo ella sin decírselo, por supuesto. La cuestión del dinero era siempre un gran problema para ella. Cuando llegaban los cheques tenía acumulados muchos recibos para pagar. También había que pensar en los impuestos, el seguro y la hipoteca. Ella sabía que a veces el Sr. Gurdjieff esperaba que le trajese algo de este dinero, pero a menudo, después de pagar los recibos indispensables, no quedaba nada.. . Recuerdo una vez que el Sr. Gurdjieff planeó hacer un viaje tan pronto como llegara algo de dinero. Llegó, pero después de haber pagado los recibos, sólo quedaban cien francos. ¿Qué puede hacer uno con cien francos?... Las más veces el Sr. Gurdjieff lo aceptaba con indiferencia y no se molestaba en absoluto. Pero otras, pretendía culparla de pagar los recibos en vez de pensar en su necesidad de dinero... más ella sentía siempre que debía pagar primero todas las deudas del "Prieuré" y sólo después disponer del resto del dinero. Era siempre una tarea dura para ella.

> El 5 de julio de 1924, el Sr. Gurdjieff era aguardado en el "Frieuré" como siempre a eso de las cinco de la tarde. Yo lo esperaba porque

a él le gustaba trabajar en la música conmigo después de regresar de París.
En su lugar, llegó un policía y me dijo que el Sr. Gurdjieff había tenido un accidente de automóvil y había sido llevado en ambulancia, inconsciente, al hospital de Fontainebleau. Fui allá inmediatamente con el Dr. S. y nos quedamos hasta la mañana siguiente cuando trajimos al Sr. Gurdjieff a casa, aún completamente inconsciente.
Lo que sucedió en la mañana de este día en París, lo describirá mi esposa con sus propias palabras:
"El 5 de julio, en vez de ir al "Café de la Paix", fui al nuevo apartamiento del Boulevard Pereire, pues el Sr. Gurdjieff había planeado ir fuera de la ciudad y ver una cantidad de equipo especial que yo había escogido y encargado ya. Para mi asombro, él no estaba listo y cuando le advertí que debíamos salir inmediatamente, dijo que lo aplazara hasta el día siguiente. Esto me sorprendió aún más, sabiendo cuan considerado era con la gente fuera del Trabajo. Le dije que todo estaba preparado y esperando y que el encargado del negocio se molestaría mucho, pero él fue muy firme y me dijo que le telefoneara que vendríamos mañana. Después el Sr. Gurdjieff me dijo que escribiera en seguida a mis padres en Retrogrado, pidiéndoles que vendiesen todo y vinieran al "Prieuré", porque iba a haber pronto una seria hambruna.
"Más tarde fuimos él y yo a su garaje y me pidió —como su Francés no era aún fluido— decirle al mecánico que revisara su Citroen a fondo, en especial el volante de dirección. (Fue precisamente el volante de dirección el que se rompió y el que probablemente causó el accidente, hasta donde pudimos determinarlo después.) Él me dijo que iría a almorzar a un restaurante Armenio, después de lo cual tomaría el auto e iría directamente al "Prieuré". Yo debía regresar a su nuevo apartamiento para hacer un inventario y tomar después el tren de las cinco de vuelta al "Prieuré", sola. Como yo siempre regresaba con él en su auto, me sorprendió de nuevo y, por supuesto, me sentí defraudada, pensando cuan egoísta era él al hacerme tomar el tren en ese día terriblemente caluroso.
"Regresé al apartamiento para cumplir con mis tareas. A eso de las tres telefoneé al garaje para ver si el auto del Sr. Gurdjieff todavía estaba allí, pues tenía algunos paquetes para meter en el. Me dijeron que él acababa de salir. Sintiéndome cansada, me senté en una poltrona frente a la ventana que había en la planta baja y me dormí. Entonces oí la voz del Sr. Gurdjieff llamándome: "Olga Arcadievna". Salté. Corrí a la ventana, pensando que había cambiado de parecer y venia a buscarme, pero ni el Sr. Gurdjieff ni su auto estaban allí. Le pregunté a la conserje: '¿Ha regresado el Sr. Gurdjieff?' Dijo que no lo había visto aunque había estado sentada a la puerta por algún tiempo. Vi mi reloj: eran las cuatro y treinta: el tiempo justo para tomar mi tren.
"Cuando bajé del tren en Fontainebleau uno de los nuestros me recibió y me dijo lo que había sucedido. Corrí por la escalera de la estación a la calle, detuve un camión que pasaba, y persuadí al

conductor para que me llevara al hospital. Allí encontré al Sr. De Hart-mann y al Dr. S. en la habitación donde estaba el señor Gurdjieff inconsciente, con la cabeza y las manos vendadas. Decidimos que nuestros doctores Rusos en París, ambos muy conocidos, el uno cirujano y el otro médico general, deberían ser traídos de inmediato. Fui a buscar al doctor que había admitido al Sr. Gurdjieff en el hospital para pedirle no sólo su permiso para hacer venir a los otros doctores, sino también para saber la realidad de la condición del Sr. Gurdjieff. Después de mucha dificultad, lo localicé finalmente en una recepción. Estaba muy dispuesto a que nuestros doctores vinieran a ver al Sr. Gurdjieff y me dijo que su condición era muy crítica: había graves heridas en la cabeza y laceraciones en las manos, pero, hasta donde él podía afirmarlo, no había fracturas.

"El Dr. Alexinsky y el Dr. Sirotinine llegaron al hospital a eso de las cuatro de la mañana y después de examinar al Sr. Gurdjieff dijeron que podía ser llevado al Prieuré". Confirmaron que no había huesos rotos;

en su opinión no había fractura del cráneo, y aun cuando la concusión parecía ser muy grave, su condición real podría conocerse sólo después de varios días. No había instrucciones para un tratamiento especial.

"El Sr. Gurdjieff estuvo inconsciente por cinco días en su dormitorio del "Prieuré", cuidado por su esposa, mi marido y por mí. Recuerdo que una vez cuando el doctor vino a cambiarle los vendajes de la cabeza, me dijo que sujetara la muñeca del Sr. Gurdjieff, y aunque todavía estaba inconsciente, sentí su puño cerrarse con gran fuerza."

La convalecencia del Sr. Gurdjieff después de su serio accidente fue en realidad una gran prueba para nosotros todos. Continuamos sintiendo que él podía hacerlo todo y saberlo todo, y que era ridículo tratar, por así decirlo, de indicarle lo que debía hacer.

Y al mismo tiempo mi esposa y yo, y también la esposa del Sr. Gurdjieff, veíamos muy claramente que él no estaba bien, que no era el mismo de antes, que algo no había vuelto aún a el. Hasta su vista estaba afectada. Sentíamos que debíamos protegerlo, aunque podríamos estar equivocados. No conocíamos su condición real. ¿Cómo podíamos? Pero dejarle hacer todo como si fuera una persona completamente sana —como por ejemplo, guiar un auto de nuevo muy pronto— nos sentimos obligados a intervenir. Teníamos que hacerlo y tratar de hacerlo de tal modo que nadie pudiese notarlo y que él mismo no se diera cuenta de nuestra intención si él no estuviere todavía bien recuperado.

Tan pronto como el Sr. Gurdjieff pudo levantarse y caminar con la ayuda de su esposa o de uno de nosotros, empezó a pedir que cortaran árboles altos para hacer grandes fogatas en el parque casi cada día. Nadie de los nuestros sabía cómo cortar árboles de tal manera que cayesen en la dirección deseada. Esto era para nosotros una constante fuente de inquietud. El fuego le agradaba evidentemente al Sr. Gurdjieff; pensábamos que extraía de él una especie de fuerza, y tratamos de proveerle con cuantas

más era posible. Pero el derribar los árboles era un asunto difícil.
El Sr. Gurdjieff comenzó pronto a ir al "Study House" para mostrarnos nuevos ejercicios. Recuerdo vivamente uno, el cual era tan complicado y a la vez tan preciso que aun una persona perfectamente sana tendría gran dificultad en mostrarlo en la forma como el Sr. Gurdjieff lo hizo.
Poco a poco la vida en el "Prieuré" reasumió su actividad, pero había algo nuevo. El Sr. Gurdjieff empezó a viajar por Francia y Suiza, llevando siempre varias personas con él.
Cuando él se quedaba en el "Prieuré", trabajaba mucho conmigo en la música, pero no para los movimientos. Tuve tiempos muy difíciles y de prueba con esta música. El señor Gurdjieff generalmente silbaba o tocaba con un dedo en el piano una clase muy complicada de melodía, como lo son todas las melodías Orientales, aunque parezcan ser al principio monótonas.
Captar esta melodía, escribirla en la notación Europea, requería una especie de "tour de forcé" y muy a menudo —probablemente para hacerme la tarea más difícil— la tocaba de nuevo, un poco diferente. ..
La música del Sr. Gurdjieff tenía gran variedad. La más profundamente conmovedora era la que él recordaba haber oído en templos desconocidos en sus viajes Asiáticos. Al oír esta música uno era tocado hasta lo más profundo de su Ser...

25 DE MAYO DE 1956

Aquí, inesperadamente, el escrito de Thomas De Hartmann se detuvo. No había leído siquiera lo que había escrito. Sucedió tan de repente.
La tarde anterior había tocado con fuerza tremenda su Segunda Sonata para Piano, dedicada a la idea de P. D. Ouspensky de la cuarta dimensión, para un grupo de músicos amigos que no iban a tener posibilidad de ir al concierto que iba a darse en dos semanas.
Así me quedé con un manuscrito inconcluso, que Thomas De Hartmann sentía ser muy importante como puede verse por su Introducción. En los cuatro primeros capítulos describía en detalle un período del Trabajo del Sr. Gurdjieff del cual nadie más vive aún. Sentí que el escrito de Thomas De Hartmann no debía dejarse sin terminar, pero sólo puedo continuarlo describiendo mis propias experiencias.
Ser imparcial, no muy personal y tan sincera como sea posible, es una tarea muy seria para mí. Ha de ser un relato de nuestros últimos años con el Sr. Gurdjieff como fue visto por los ojos de uno de sus discípulos. Espero que el mismo Sr. Gurdjieff me ayudará a que no me afecten los juicios de otras personas sobre lo que yo escriba.
Mi veneración del Sr. Gurdjieff y de su enseñanza es profunda. De modo que me siento libre para decir lo que juzgo ser cierto, por subjetivo que sea.

O. DE HARTMANN

CONTINUACIÓN DEL LIBRO DE THOMAS DE HARTMANN

Aunque desde afuera, la vida en el "Prieuré" continuaba como antes del accidente, no era la misma, y nos causaba una gran inquietud y preocupación: primero que todo ciertamente la salud del Sr. Gurdjieff mismo, que no mejoraba tan rápido como esperábamos; y después, la salud de Mme. Ostrovsky. Otra tensión muy grande, para nosotros personalmente, era la llegada de mis padres y de mi hermana, porque su edad no les permitía participar en nuestras actividades y sufrían de esta situación.

Dije antes que ellos vinieron porque el Sr. Gurdjieff insistió la mañana del accidente en que yo escribiese y les dijera que viniesen sin tardanza. Es seguro que tuvo una premonición de lo que iba a suceder en Petrogrado. Les fueron preparadas habitaciones en el "Corredor de los Monjes" cerca de la nuestra, y se quedaron hasta 1929. Lo que era más difícil para ellos y les molestaba era la forma brutal en la que muchas veces el Sr. Gurdjieff hablaba con todos sus alumnos. Nosotros también nos resentíamos, pero sabíamos que estábamos allí por una razón, por eso lo aceptábamos.

Una mañana vi al Sr. Gurdjieff y a mi padre sentados en un banco en el jardín. Tenía que hacerle una pregunta muy simple; él me contestó en una forma terrible y vi que mi pobre padre estaba a punto de irse. Pero el Sr. Gurdjieff se volvió en seguida hacia él y dijo: "¿Ve Ud., padre, lo que me obliga a hacer? Ud. nunca le gritó a su hija, así que ella no ha tenido esta experiencia, y toda clase de impresiones son necesarias para las personas. En consecuencia me veo obligado a hacerlo en lugar de usted..." Mi padre cambió su actitud inmediatamente y pude ver por la expresión de su cara que comprendió que todo lo que el Sr. Gurdjieff hacía por nosotros era para damos nuevas experiencias.

Durante su recuperación el Sr. Gurdjieff no dormía muy bien de noche y a menudo despertaba a uno de nosotros para llevarle caté y quedarse con él.

Una noche le llevé café. No había dinero para mantener el "Prieuré", de modo que el Sr. De Salzmann y el Sr. De Hart-mann tomaron empleos, y debían levantarse temprano para ir a París.

Esa noche el Sr. Gurdjieff me preguntó si estaba demasiado somnolienta para tomar las notas que iba a dictarme. Tomé cuaderno y lápiz y traté de escribir tan rápido como pude, pues no sabía taquigrafía. Habiendo dictado, en Ruso, unas dos páginas, me preguntó si me gustaba, y yo, en mi forma directa acostumbrada, especialmente con el Sr. Gurdjieff, le dije que no me gustaba nada. El Sr. Gurdjieff dijo: "Bien, vamos a probar otra cosa." Rompí contenta las páginas en seguida.

El Sr. Gurdjieff comenzó entonces a dictar de nuevo: "Era en el año 223 después de la creación del mundo... Por el Universo volaba la nave Karnak de comunicación "transes-pacial"..." No paró de dictar hasta haber escrito tres páginas y yo estaba sentada allí, transportada a otro planeta, tratando con todas mis fuerzas de captar todo lo que el señor Gurdjieff estaba dictando sin dejar fuera una sola palabra. No era fácil,

porque él inventaba muy a menudo palabras que no existían en el lenguaje Ruso, pero sin embargo transmitían maravillosamente lo que él deseaba decir.
Se detuvo y preguntó: "¿Y ahora, desea Ud. continuar?" Contesté, aunque no usé palabras. Así nació "Belcebú", y en la primera versión desde el principio hasta la última página —que fue escrita sobre una pequeña mesa redonda de mármol en el "Café de la Paix" de París— trabajó sólo conmigo.

Durante estos años murió la madre del Sr. Gurdjieff. Pronto después el estado de salud de Mme. Ostrovsky se volvió alarmante. Ya no había duda: ella tenía cáncer. La cirugía y el tratamiento eran inútiles, así que el Sr. Gurdjieff, por consejo de los médicos de ella, la llevó de regreso al "Prieuré". Él se quedaba gran parte del tiempo en su habitación al final del corredor del "Ritz". Era un bello, amplio cuarto y se hacía todo por su comodidad. Se le trajo un piano vertical porque ella amaba la música y pedía frecuentemente al señor De Hartmann que tocase para ella. Cuando un día el Sr. Gurdjieff estaba en París, le preguntó a él: "¿Como el Sr. Gurdjieff no está aquí, tocaría Ud. algo de Chopin para mí?"
Sabíamos que sus días estaban contados y seguramente ella misma se daba cuenta de ello, porque pidió a mi esposo que le buscara un sacerdote Polaco (ella era Polaca por nacimiento) que hablase Ruso. Él fue en seguida a París y encontró uno. No olvidaré su semblante feliz cuando le dije que el cura había llegado.
Dos de los alumnos más jóvenes la atendían, pero nosotros entrábamos y salíamos de su habitación constantemente.
Recuerdo vivamente el día cuando el Sr. Gurdjieff, sentado en una poltrona cerca de la ventana en el cuarto de Mme. Ostrovsky, pidió medio vaso de agua. No bebió de él, sino que lo mantuvo en sus manos por unos cinco minutos, y después me dijo que se lo diera a beber a Mme. Ostrovsky; aun cuando le dije al Sr. Gurdjieff que ella no podía tomar ni siquiera agua, él insistió en que se lo diera. Mme. Ostrovsky la tragó sin dolor y luego le fue posible tomar algún alimento líquido por varios días.
Esta mejoría no podía durar para siempre, por supuesto; en unos días Mme. Ostrovsky cayó en coma y a las cuatro de la mañana el Dr. S. nos dijo, a todos los que estábamos en el cuarto de ella o en el "largo corredor", que había muerto.
Nosotros, que habíamos conocido a Mme. Ostrovsky desde Essentuki, habíamos perdido un eslabón esencial en el Trabajo, aunque ella pasaba, por así decirlo, al mismo tiempo desapercibida y sin embargo estaba siempre allí. Le gustaban las conversaciones en Ruso con el Sr. De Hartmann en las que hablaba sobre su vida, de la cual nosotros sabíamos tan poco. Juntos ellos recordaban todo lo que habíamos vivido desde que nos habíamos encontrado. Yo estaba en cuenta de que su vida había estado llena de sufrimiento, pero todos nosotros habíamos presenciado un cambio extraordinario en ella en sus últimos años.

Desde el momento en el que el Sr. Gurdjieff comenzó a escribir "Belcebú", continuó casi sin interrupción día y noche en el café de Fontainebleau, en el "Café de la Paix" que era su "Cuartel General", y en

sus viajes. Escribía él mismo o me dictaba. Después, tenía que tipografiarlo. Él corregía y yo tenía que repetirlo en la máquina una y otra vez, en ocasiones hasta diez veces. Cuando él encontraba que el texto Ruso había tomado la forma que él quería, el Sr. De Hartmann lo traducía literalmente al "Inglés", palabra por palabra, con un diccionario, y luego lo pasaba al Sr. Orage, quien lo vertía al Inglés verdadero. Yo confrontaba después junto con el Sr. Orage esta primera traducción con el texto Ruso, y después de esto se lo leíamos al Sr. Gurdjieff. Esta verificación continuaba aún durante nuestros viajes y, recuerdo muy bien que una vez el Sr. Gurdjieff, quien todavía no hablaba mucho Inglés, detuvo a Orage y dijo que el Inglés no correspondía en absoluto con su idea original. Tuve que traducir de nuevo para Orage, tratando de ayudarle a comprender lo que el Sr. Gurdjieff deseaba, aunque yo estaba segura que la traducción de Orage era muy exacta. Al fin, después de muchos intentos, el señor Gurdjieff estuvo satisfecho.
Cuando finalmente el Sr. Gurdjieff aprobó la traducción Inglesa, alguien la leía en alta voz en la noche a varias personas, y él observaba las expresiones en sus caras. Estas lecturas continuaban hasta tarde en la noche. A veces se les permitía asistir a los visitantes.
Al mismo tiempo proseguía el trabajo indispensable para el mantenimiento de la casa. La composición de música, los movimientos, las charlas del Sr. Gurdjieff en el "Study House" y el trabajo individual con los alumnos; todo esto continuó como antes. Y nada, pero nada, se hacía en el "Prieuré" que no tuviese el propósito de dar experiencias a uno u otro de nosotros, la mayor parte del tiempo completamente inesperado para la persona a quien era dado y enteramente inadvertido e incomprendido por otras a quienes no les atañía.
Un incidente ilustrará quizás cómo comprendía el Sr. Gurdjieff la vida interior de los hombres y cómo podía él sentirla aun a distancia... Regresábamos de un viaje tarde una noche de invierno. Sentí que el Sr. Gurdjieff estaba conduciendo demasiado rápido y temerariamente. Mi nerviosidad se agravaba por el hecho de estar el Sr. De Hartmann en el coche. El señor Gurdjieff se daba cuenta de ello muy bien, así que cuando no pude tolerarlo más y le dije que condujera con más cuidado, me reprendió brutalmente, diciéndome que yo no tenía que interferir en lo que él estaba haciendo. No recibí bien esto, y sintiendo que yo estaba en lo justo, le contesté, sin darme cuenta en absoluto de lo que hacía en ese momento, por el hecho de estar el Sr. De Hartmann en el coche. El señor Gurdjieff detuvo el auto. Bajé, el Sr. De Hartmann me siguió, y el Sr. Gurdjieff se marchó. Era una noche fría de invierno y ninguno de nosotros llevaba abrigo. Pensamos pedir a un coche que pasara, que nos llevase a casa, pero el Sr. Gurdjieff mismo regresó a buscarnos, y seguimos hasta el "Prieuré" en un silencio pesado. Traté de eludirlo los días siguientes porque todavía temblaba de rabia. Pasaron los días, y entonces comencé a pensar: "¿Cómo podía portarme así ante mi Maestro?" Una especie de remordimiento surgió en mí. Fui a una habitación en el corredor del "Ritz" donde casi nadie más que yo tenía derecho a entrar, me senté y comencé a pensar en mí misma en una forma absolutamente nueva. Justo en ese momento se abrió la puerta y vi al Sr. Gurdjieff entrar. En una voz y en una manera en las cuales no había reproche, nada que me recordase

lo que había sucedido, dijo: "Estaba buscándola. Tengo un montón para tipografiar. Venga en seguida. . ."

El Sr. Gurdjieff emprendió en 1929 otro viaje a Nueva York por insistencia del Sr. Orage. Pero esta vez él no deseaba mostrar las "Danzas Sagradas". El planeaba dar a conocer su libro "Belcebú", que fue intitulado "Del Todo y de Todo". Por consecuencia, sólo el Sr. De Hartmann y yo lo acompañamos. Este viaje fue mucho más interesante y descansado para nosotros que el primero en 1924 con los veintidós alumnos. Viajamos de nuevo en el "París". Desde el primer día de viaje el Sr. Gurdjieff empezó a hablar con el Sr. De Hartmann de cómo había llegado para él el tiempo de organizar su vida en París independientemente del "Prieuré" y de dedicarse a la composición. Mi esposo había empezado ya el año anterior a escribir música para películas bajo un seudónimo. Había sido necesario ganar dinero para el "Prieuré" así como para nosotros personalmente.
Las conferencias empezaron en seguida en Nueva York con la ayuda del Sr. Orage. Había muchas personas nuevas que deseaban conocer al Sr. Gurdjieff y generalmente se encontraban con él en uno de los restaurantes "Child". Algunas veces había muchas mesas ocupadas por gente que esperaba su turno para hablar con él. La escritura y la traducción proseguían también, y las personas que deseaban leer el libro del Sr. Gurdjieff venían durante el día a nuestro apartamiento. Nosotros vivíamos un piso más arriba del Sr. Gurdjieff en una casa en Park Avenue South, y mi obligación era darles a leer el texto por un cierto pago. El invitaba a personas por las noches a su apartamiento para la cena, que él mismo preparaba.
Era un tiempo extremadamente agotador para mí porque el Sr. Gurdjieff ponía más y más presión tanto sobre el señor De Hartmann como sobre mí. Estuve muchas veces a punto de dejarlo todo y echar a correr. El Sr. Gurdjieff nos reiteró que al regresar a París nos ayudaría a arreglar nuestra vida allí, insistiendo en que debíamos tomar una casa pequeña y tener a nuestros padres viviendo con nosotros. Esto iba a ser difícil porque nuestras vidas eran tan diferentes y mis padres eran entonces muy viejos. Ellos deseaban vivir en una casa Rusa para ancianos que era muy buena y en la cual tenían muchas amistades. Para entonces mi hermana estaba casada. Pero el Sr. Gurdjieff insistió en que lo hiciéramos como él propuso, diciendo que eventualmente yo le estaría muy agradecida. Vivieron nueve años con nosotros. El señor Gurdjieff tenía razón. Le estoy agradecida hasta este día...
A nuestro regreso de Nueva York el Sr. Gurdjieff no mencionó más lo de arreglar nuestra vida en París. Pero cuando hizo algunos cambios en el "Prieuré", tuvimos que mudar temporalmente a mis padres a casa de mi primo en París, y entonces buscamos casa y encontramos una. Sin embargo, continuamos viviendo en el "Prieuré". La tensión aumentó más y más. Pero nosotros no podíamos creer en realidad que él deseaba verdaderamente que nos fuéramos, pues lo habíamos seguido tanto tiempo a pesar de toda clase de penalidades. El señor Gurdjieff hizo finalmente las condiciones imposibles y un día, después de una conversación muy tirante y difícil no pudimos hacer otra cosa que irnos.

Yo estaba muy triste y nerviosa, y el Sr. De Hartmann, que era mucho más sensible e individualista por naturaleza, no podía tolerarlo y estuvo al borde de una crisis nerviosa.
Él no podía siquiera pensar en regresar al "Prieuré" una vez que habíamos salido, pero su actitud hacia el Sr. Gurdjieff y su enseñanza nunca cambió. Una vez, más tarde, cuando alguien dijo en su presencia algo duro sobre el Sr. Gurdjieff. el Sr. De Hartmann lo sacudió tan violentamente, que el hombre huyó asustado. Pero el Sr. De Hartmann no objetaba el que yo continuara yendo al "Prieuré", aunque no podía ir con regularidad debido al estado de mi salud, y muchos de mis deberes tenían que ser cumplidos por otros. A pesar de todo, me fue posible ir con el Sr. Gurdjieff a Berlín en el otoño. Este fue otro momento de dura prueba, y tengo muy tristes memorias de ese viaje.
A nuestro regreso de Berlín fui una noche al "Prieuré". El Sr. Gurdjieff me pidió hacer algo que sentí que no podía hacer. Me fui a mi cuarto. Más tarde el Sr. Gurdjieff vino y me dijo que si no hacía lo que él me había pedido, algo malo le sucedería a mi marido. El Sr. De Hartmann estaba en París y no teníamos teléfono, de modo que no podía comunicarme con él ni podía regresar a París pues no había trenes tarde; en todo caso, lo que habría hecho sería alarmarlo al regresar inesperadamente. Estaba completamente desesperada, sopesando frenéticamente el si y el no... En medio de esta lucha recordé de pronto cómo el Sr. Gurdjieff decía tan a menudo que debíamos tener fe sólo en algo más Alto en nosotros mismos. Sentí hondo dentro de mí que si yo podía asirme a esto y no temía a absolutamente nada que viniese de afuera —aun de mi Maestro— nada malo podría suceder. Quizás mi Maestro estaba sólo probándome con el propósito de hacerme ver algo que había olvidado. Pero a pesar de este razonamiento, a pesar del destello de comprensión, yo sufría mucho.
Fui a casa en el primer tren de la mañana y encontré a mi marido pacíficamente dormido en cama.
Vino después el día, en Octubre de 1929, cuando el Sr. Gurdjieff estaba por viajar de nuevo a América con un número de personas. El Sr. Orage todavía estaba allí. Varios días antes de la partida el Sr. Gurdjieff me pidió venir al "Prieuré" y seleccionó toda la noche sus papeles, cartas y pasaportes que estaban en un gabinete, y quemó muchas cosas en la gran chimenea de su habitación. La llave de este gabinete estaba siempre conmigo, no con él, porque el Sr. Gurdjieff no deseaba que nadie la encontrara en sus bolsillos. Él mostraba así completa confianza en mi a la vez que me hacía mi vida insoportable.
El día de su partida a Nueva York, fui a su piso temprano en la mañana a petición suya para ciertos arreglos finales, y tuve una maravillosa conversación con él, una conversación que sólo podía ocurrir en momentos excepcionales.
Fuimos luego a la estación y nos sentamos en un café. Me dijo que yo era la única persona que nunca había hecho lo que él pedía sin quererlo yo misma. Le creí realmente entonces y me sentí feliz. Mas, de pronto empezó a hablar de lo mucho que necesitaba al Sr. De Hartmann y a mí en Nueva York, que nadie era capaz de ayudarlo en la misma forma, y que yo tenía que hacerle posible a mi marido reunirse con él en el término de una semana. Respondí en seguida que eso no era posible; yo sabía que el

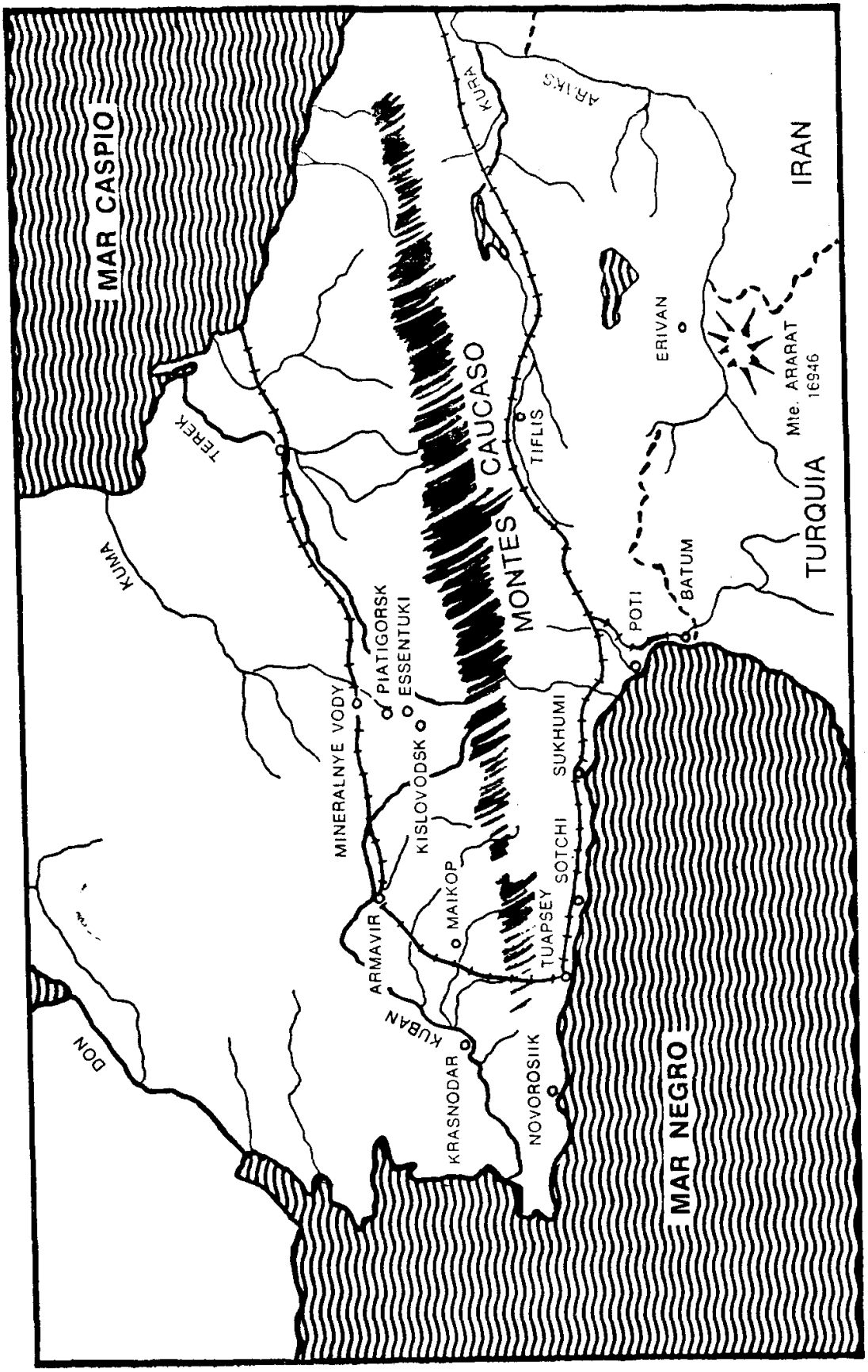
Sr. De Hartmann aún no estaba bien del todo; quizás le gustaría a él que yo fuese, le dije, pero yo no lo dejaría solo...
La hora de la partida se aproximaba y caminamos lentamente, en silencio, a lo largo del andén hacia el tren. Estaba muy triste porque el Sr. Gurdjieff se marchaba por largo tiempo, pero aún más porque él podía pedirme que presionara a mi marido cuando él sabía el estado en el cual se encontraba.
Oí la primera señal para subir al tren. El Sr. Gurdjieff subió al estribo del vagón comedor. Afortunadamente ninguna de las personas que iban con él estaba allí. Se detuvo en la plataforma del coche, yo en el andén, pensando en los numerosos viajes que había hecho con él...
"Arregle todo y venga en una semana", dijo el Sr. Gurdjieff.
"No puedo. Ud. lo sabe, Sr. Gurdjieff."
"Entonces no volverá a verme más."
"No diga eso, Sr. Gurdjieff, Ud. sabe que no puedo. ¿Porqué lo pide ahora?"
Él repitió: "Entonces Ud. no volverá a verme más."
Estaba petrificada, pero dije: "Entonces... no volveré... a verle a Ud.. . . más. . ."
El tren arrancó. El Sr. Gurdjieff se mantuvo inmóvil mirándome. Yo lo miré sin apartar mis ojos de su cara. Sabía que era para siempre. . .

Me quedé allí hasta que el tren desapareció de mi vista. En mis pensamientos vi ante mí al Príncipe Liubovetzky marcharse y dejar al Sr. Gurdjieff solo. Cuando él estaba dictándome este capítulo de los "Hombres notables", me sorprendía este trágico momento de su vida y me aterrorizaba que pudiera sucederme a mí.
Luego fui a casa lentamente, comprendiendo que al haber dicho lo que dije, todo había terminado. ¿Que más podía haber hecho? Si mi Maestro me dijo eso, él debió haber sabido lo que estaba haciendo, y que yo no podía actuar o contestar en forma diferente.
Con el pretexto de un terrible dolor de cabeza fui a mi cuarto, corrí las cortinas para quedarme en la oscuridad, y me fui a la cama... Lo que viví no se puede describir. Pero no quería hacer sufrir a mi marido, así que no podía decirle nada... Pasaron cuatro días antes de sentirme suficientemente fuerte para levantarme y reasumir mi vida.

Por varios años después que dejamos el "Prieuré", el señor De Hartmann continuó escribiendo música para películas bajo un seudónimo para ganarse la vida. Tan pronto como tuvo suficiente dinero de esta actividad, pudo dedicar todo su tiempo a su propia música. Terminó su Sinfonía que fue interpretada el mismo año por la Asociación Lamoureux en París y en Bruselas, y ésta fue seguida por otras obras orquestales, todas las cuales fueron interpretadas por una u otra de las asociaciones en París. Su Concierto para Cello fue presentado en Boston. Sus Sonatas fueron ejecutadas en la radio con el Sr. De Hartmann en el piano. Sus obras vocales las cantaba yo a veces en sus conciertos. Daba lecciones de composición y orquestación a varios músicos distinguidos. Varios alumnos del Sr. Gurdjieff venían a tomar lecciones del Sr. De Hartmann. Algunos organizaban conciertos de sus composiciones en sus grandes

salones, de modo que el contacto nunca se cortaba. Nosotros continuamos viendo a la señora De Salzmann tanto como era posible.
Habiendo vendido el "Prieuré" en 1933, el Sr. Gurdjieff vino a vivir a París. Varias veces mandó a alguien para pedirnos que regresáramos, pero yo tenía un fuerte sentimiento de que no podía y no debía hacerlo, a pesar de lo mucho que yo lo deseaba. Sin embargo, ni mi esposo ni yo cambiamos nuestra actitud hacia el Sr. Gurdjieff. Siempre quedó como nuestro Maestro, y siempre continuamos siendo fieles a su Enseñanza.
Pasaron unos veinte años. Estábamos viviendo en Garches, muy cerca de París. Una noche tarde en octubre de 1949 durante una nevada, Mme. De Salzmann nos telefoneó desde el Hospital Americano de París, diciéndonos que el Sr. Gurdjieff estaba seriamente enfermo y acababa de ser llevado allí. Dijo que nos lo comunicaba por si queríamos venir al hospital y también porque le gustaría que nosotros estuviéramos con ella. Cuan agradecidos le estábamos a ella...
Mi esposo estaba en cama con un ataque de palpitaciones a las cuales era propenso. Oyendo esto, saltó de la cama, me dijo que buscara el auto, nuestro viejo "Panhard", y fuimos inmediatamente al hospital. No pudimos ver al Sr. Gurdjieff porque estaba muy débil. Pero nadie creía que el fin estaba tan cerca. Avanzada la noche fuimos a casa con la intención de regresar temprano al día siguiente, esperando verlo. Pero la mañana siguiente a las nueve. Mme. De Salzmann nos telefoneó y dijo que un cuarto de hora antes, el Sr. Gurdjieff había muerto...
Fuimos en seguida al hospital. El cuerpo del Sr. Gurdjieff yacía en la pequeña capilla del hospital. Su cara tenía una maravillosa expresión de paz y belleza... Estuvo por cuatro días en esta capilla, pues por razones religiosas el entierro no podía efectuarse antes. La capilla estaba plena de gente día y noche.
El día antes del entierro el cuerpo fue puesto en una urna y transportado a la iglesia Rusa de la calle Daru. Vino aquí un pequeño grupo de gente para asistir a una breve oración. Cuando el sacerdote concluyó la ceremonia y entró en el altar, cerró las cortinas. En ese instante la luz eléctrica se fue. Creíamos que el sacerdote la había apagado. La iglesia se sumió en la oscuridad, iluminada sólo por las pequeñas velas que ardían ante las imágenes. Estuvimos en esa tenue luz unos cinco minutos en concentración profunda y paz.
Después Mme. De Salzmann, mi esposo y yo fuimos a la casa del sacerdote a indagar acerca de la apología que él se proponía decir en la ceremonia del entierro. Dijo que lamentaba el habernos tenido que quedar en la oscuridad porque por alguna razón inexplicable la luz eléctrica se había ido justo cuando él había cerrado las cortinas del altar.
Por temor a que el sacerdote dijese algo inapropiado, el Sr. De Hartmann le dio una apología que había preparado para él. Como estaba muy al corriente de los reglamentos de la Iglesia Rusa, la escribió de tal manera que las últimas palabras pronunciadas por el sacerdote frente a la urna del Sr. Gurdjieff en la Iglesia Rusa fuesen palabras de "La Lucha de los Magos".

> *"Dios y todos sus ángeles nos guarden de hacer el mal ayudándonos siempre y dondequiera a recordarnos de nosotros mismos".*


MAR CASPIO
TEREK
KUMA
DON
KUBAN
KURA
ARAKS
IRAN
TURQUIA
MONTES CAUCASO
TIFLIS
ERIVAN
Mte. ARARAT
16946
BATUM
POTI
SUKHUMI
SOTCHI
TUAPSEY
NOVOROSIIK
KRASNODAR
ARMAVIR
MAIKOP
KISLOVODSK
ESSENTUKI
PIATIGORSK
MINERALNYE VODY
MAR NEGRO